mente, y esto bastaba. Había adelantado mucho en la lectura y escritura, y se sabía de corrido la doctrina cristiana, con cuya luz las Micaelas reputaban á su discípula suficientemente alumbrada para guiarse en los senderos rectos ó tortuosos del mundo; y tenían por cierto que la posesión de aquellos principios daba á sus alumnas increíble fuerza para hacer frente á todos los conflictos morales que se les pudieran presentar. Verdad que había que contar con la índole, con el esqueleto espiritual, con esa forma interna é inmutable de la persona, que suele sobreponerse á todas las transfiguraciones superficiales producidas por la enseñanza; pero con respecto á Fortunata ninguna de las madres, ni aún las que más de cerca habían tratado á Fortunata, tenían motivos para creer que fuera mala. Al contrario, considerábanla buena por los ejemplos de docilidad que en ella veían. Verdad que en todo lo que corresponde al reino inmenso de las pasiones, las monjas ejercitaban su facultad educatriz, bien porque no conocieran aquel reino, bien porque les pareciera impropio penetrar en él.

Debe decirse que aquella tarde, cuando Maximiliano habló á su futura de próxima salida, los sentimientos de Fortunata experimentaron un retroceso. ¡Salir, casarse!... En aquel instante parecióle su novio más antipático que nunca, y advirtió con terror que aquellas regiones felicísimas de la hermosura del alma no habían sido descubiertas por ella en la soledad y santidad de las Micaelas, como le anunciara Nicolás Rubín á pesar de haber rezado tanto y de haber oído *tantísimos* sermones. Porque lo que los curas decían en el púlpito era que debemos hacer todo lo posible para salvarnos, que seamos buenos y que no pequemos; también decían que se debe amar á Dios sobre todas las cosas y que Dios es hermosísimo por sí y tal como el alma le concibe; pero á ella se le figuraba que por bajo de esto quedaba libre el corazón para el amor mundano, y que éste entraba por los ojos ó por la simpatía, y no tenía nada que ver con que el objeto amado fuera más ó menos perfecto moralmente. De este modo caía por tierra toda la doctrina de Rubín, el cual entendía tanto de amar como de herrar mosquitos.

M.C.D.2020

2ª

En resumen, que los sentimientos de Fortunata hacia su marido futuro no habían cambiado en nada. No obstante, cuando Maximiliano le dijo que ya tenía elegida la casita que iba á alquilar y la consultó acerca de los muebles que compraría, aquella visión ó presunción de su hogar honrado despertó en el ánimo de Fortunata la dignidad de la nueva vida, estimulando también su amor propio, y tuvo un movimiento de aproximación hacia aquel hombre que la redimía y la ennoblecía. La gratitud hizo lo demás, y de este modo vino á mostrarse complacidísima con la salida próxima, y dijo mil cosas oportunas acerca de los muebles, de la vajilla y hasta de la batería de cocina y otros temas que fueron objeto de la consulta del enamorado joven.

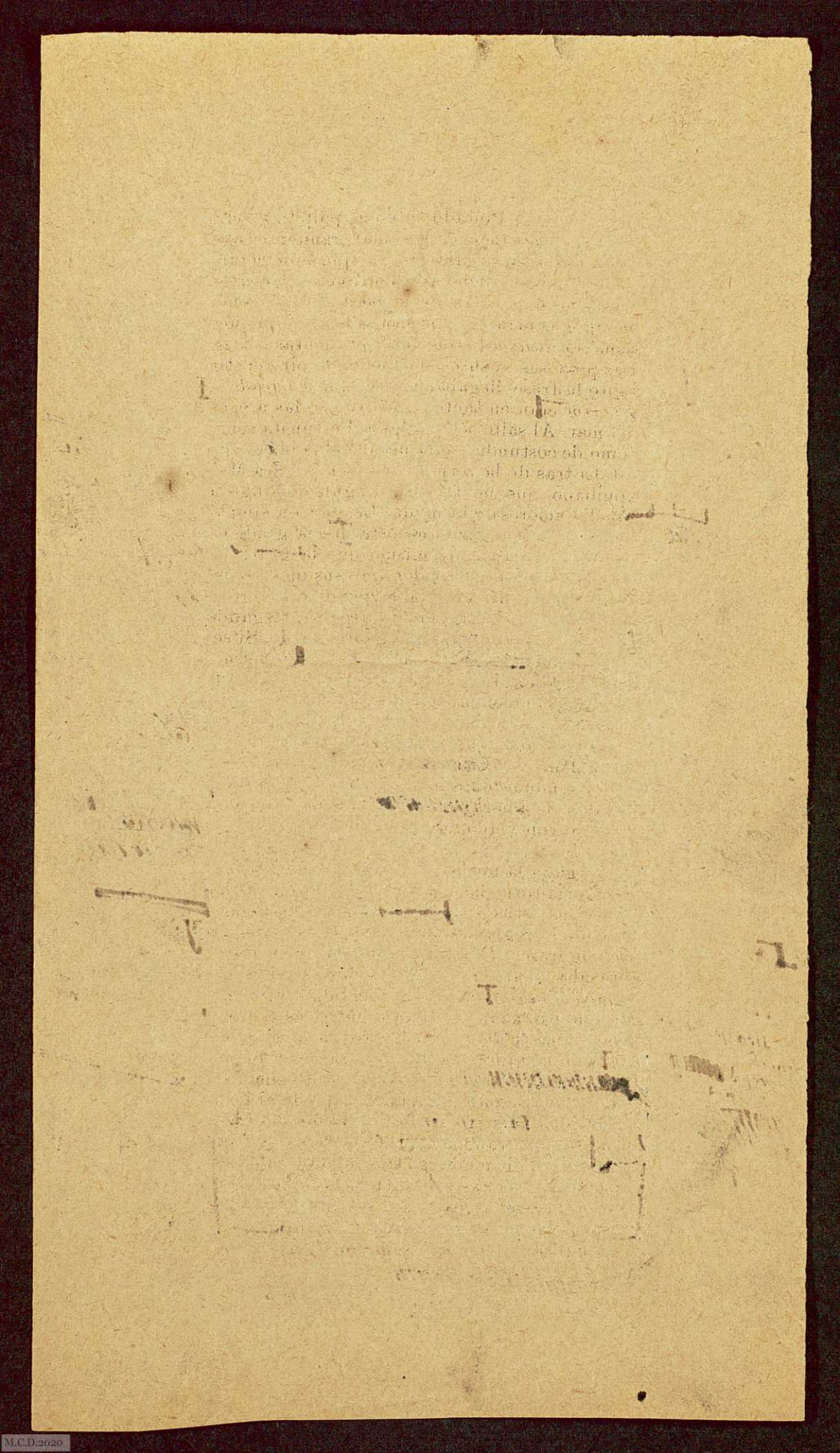
Despidiéronse muy gozosos, y Fortunata se retiró con la mente hecha á aquel orden de ideas. ¡Un hogar honrado y tranquilo!... ¡Si era lo que ella había deseado toda su vida!... ¡Si jamás había tenido afición al lujo ni á la vida de aparato y disipación!... ¡Si su anhelo había sido la oscuridad y la paz, y su maldito destino la llevaba á la publicidad y á la inquietud!... ¡Si ella había soñado siempre con verse rodeada de un pequeño círculo de personas amadas y vivir como Dios manda, queriendo bien á los suyos y bien querida de ellos, pasando la vida sin afanes!... ¡Si fué lanzada á la mala vida por despecho y contra su voluntad, y no le gustaba, positivamente no le gustaba!... Después de pensar mucho en esto hizo examen de conciencia, y se preguntó qué había obtenido de la religión en aquella casa. Si en lo tocante á prendarse de las hermosuras del alma había adelantado poco más que el grueso de un cabello, en otro orden no podía desconocer que había ganado preciosas enseñanzas. Gozaba de cierta paz interior, desconocida para ella en épocas anteriores, paz que sólo turbaba Mauricia arrojando en medio

de ella una maligna frase. Y no fué esta [redacted] la única [redacted], pues también prendió en ella [redacted] la idea de la resignación y el convencimiento de que debemos tomar las cosas de la vida como vienen, recibir con alegría lo que se nos da, y no aspirar á la realización cumplida y total de nuestros deseos. Esto se lo decía aquella misma claridad esencial, aquella [redacted] que salía de la custodia. Lo malo era que en aquellas largas horas, á veces aburrida, que pasaba ante el Sacramento de rodillas, la faz envuelta en un gran velo al modo de mosquitero, [redacted] fij[redacted] más [redacted] en la custodia [redacted], marco y continente de la sagrada forma, que en la forma misma, por las asociaciones de ideas que aquella joya despertaba en su mente, [redacted] que la [redacted] forma le decía con familiar lenguaje semejante al de ella: "No mires tanto este cerco de oro y piedras que me rodea, y mírame á mí que soy la verdad. Yo te he dado el único bien que puedes esperar. Con ser poco, es más de lo que mereces. Acéptalo y no me pidas imposibles. ¿Crees que estamos aquí para mandar, verbigracia, que se alteren las leyes de sociedad sólo porque á una marmotona como tú se le antoja? El hombre que me pides es un señor de muchas campanillas y tú una pobre muchacha. ¡Te parece fácil que Yo haga casar á los señoritos con las criadas ó que á las muchachas del pueblo las convierta en señoras! ¡Qué cosas se os ocurren, hijas! Y además, [redacted] tonta, no ves que es casado, casado por mi religión, ¡y con quién! con uno de mis ángeles hembras. ¿Te parece que no hay más que enviudar á un hombre para satisfacer el antojito de una corrida como tú? Cierto que lo que á mí me conviene, como tú has dicho, es traerme acá á Jacinta. Pero eso no es cuenta tuya. Y supón que la traigo, supón que se queda viudo. ¡Bah! ¿Crees que se va á casar contigo? Sí, para tí estaba. ¡Pues no se casaría si te hubieras conservado

honrada, cuanto más, sosona, habiéndote echado tan á perder. Si es lo que Yo digo: pareces que estás ya contas rematada, y que el vicio os ha secado la mollera. Me pedís unos disparates que no sé cómo los oigo. Lo que importa es dirigirse á Mí con el corazón limpio y la intención recta, como os ha dicho ayer vuestro capellán, que es un poco bruto; pero, en fin, sabe su obligación. A tí, Fortunata, te miré con predilección entre las descarriadas, porque volvías á Mí tus ojos alguna vez y Yo ví en tí deseos de corrección; pero ahora, hija, me sales con que sí, serás honrada y lo quieres, siempre que te dé el hombre que quieres y que te guste... ¡Vaya una gracia!... Pero en fin, no me quiero enfadar. Lo dicho, dicho: soy infinitamente misericordioso contigo, dándote un bien que no mereces, deparándote un marido honrado y que te adora, y todavía te resistes y pides más, más, más... Ved aquí por qué se cansa Uno de decir que sí á todo... No [illegible], no se hacen cargo estas desgraciadas. Dispone Uno que á tal ó cual hombre se les meta en la cabeza la idea de regenerarlas, y luégo vienen ellas poniendo peros. Ya salen con que ha de ser bonito, ya con que ha de ser Fulano ó Citano. Hijas de mi alma, Yo no puedo alterar mis obras ni hacer mangas y capirotes con mis propias leyes. ¡Para hombres bonitos está el tiempo! Con que resignarse, hijas mías, y tú, Fortunata, agradéceme sinceramente el bien inmenso que te doy y que no te mereces, y déjate de poner reparos y de pedir gollerías, porque entonces no te doy nada y [illegible]. Con que, cuidadito...„

Cuando las recogidas, al retirarse, se quitaban el velo, la Superiora notó que Fortunata se reía... Se reía, sí, de aquella supuesta admonición familiar de la forma que ella oyó en las discusiones entabladas en su espíritu. Contestó que no se reía de nada, y Sor Natividad le dijo que reirse de nada es señal de simpleza.

[illegible]



VIII

Es cosa muy cargante para el historiador verse obligado á hacer mención de muchos pormenores y circunstancias enteramente pueriles, y que más bien han de excitar el desdén que la curiosidad del que lee, pues aunque luégo resulte que estas nimiedades tienen su engranaje efectivo en la máquina de los acontecimientos, no por esto parecen dignas de que se las traiga á cuento en una relación verídica y grave. Ved por qué pienso que se han de reir los que lean aquí ahora que Sor Marcela tenía miedo á los ratones; y no valdrá seguramente añadir que el miedo de Sor Marcela era grande, espantoso, ocasionado á desagradables incidentes y aun á derivaciones trágicas. Como ella sintiera en la soledad de la noche el bulle bulle del maldecido animal, ya no pegaba los ojos en toda la noche. Le entraba tal rabia, que no podía ni siquiera rezar, y la rabia, más que contra el ratón, era contra Sor Natividad, que se habia empeñado en que no hubiera gatos en el convento, porque el último que allí existió no participaba de las ideas de la Superiora en punto al aseo de todos los rincones de la casa.

De aquellas noches de Agosto fué tan mala para la pobre Sor Marcela, que el diminuto huésped de su celda, que se levantó al amanecer con la firmísima resolución de cazarlo y hacer el más terrible de los escarmientos. Era tan insolente el tal ratón, que hasta en pleno día se paseaba por la celda muy tranquilo y miraba á Sor Marcela con sus ojuelos negros y pillines. "Verás, verás—dijo ésta subiéndose con gran trabajo á la cama, porque la idea de que el ratón se acercase á uno de sus piés, aunque fuera el de palo, causábale horror,—lo que es hoy no te escapas... déjate estar, que ya te compondrémos.

Llamó á Fortunata y á Mauricia [illegible], y en breves palabras las puso al [illegible] de la situación. Ambas recogidas, particularmente [illegible], no querían otra cosa. Ó se apoderaban del enemigo, ó no eran ellas quienes eran. Bajó Sor Marcela á la iglesia, y las dos mujeres emprendieron su campaña. No quedó trasto que no removieran, y para separar de su sitio la cómoda, que era pesadísima, estuvieron haciendo esfuerzos varoniles, cosa de un cuarto de hora, no acabando antes porque las risas les cortaban

las fuerzas. Por fin, tanto trabajaron, que cuando Sor Marcela salió de la iglesia, una monja le dió la feliz noticia de que el ratón había sido cogido, subió á su celda, y las risas y algazara de las recogidas le anunciaron las diabluras de Mauricia, que tenía el ratón vivo en la mano y asustaba con él á sus compañeras.

Costó algún trabajo restablecer el orden y que Mauricia diese muerte á la víctima y la arrojase. Sor Marcela dispuso que le volviesen á poner los trastos de la celda lo mismo que estaban, y acabóse el cuento del ratón.

El día siguiente fué uno de los más calurosos de aquel verano. En las habitaciones que caían al Mediodía era imposible parar, porque faltaba el aire respirable. Donde quiera que daba el sol, el ambiente seco, quieto y abrasador tostaba. Ni aun las ramas más tenues de los árboles de la huerta se movían, y el disco de Parsons, inmóvil, miraba á la inmensidad como una pupila cuajada y moribunda. De doce á tres, se suspendía todo trabajo en la casa, porque no había cuerpo ni espíritu que lo resistiera. Algunas monjas se retiraban á su celda á dormir la siesta; otras se iban á la iglesia que era lo más fresco de la casa, y sentadas en las banquetas, apoyando en la pared su espalda, ó rezaban con somnolencia, ó descabezaban un sueñecillo [cuyendo que rezaban, y que les entraba algo de éxtasis].

Las *Filomenas* caían también rendidas de cansancio. Algunas se iban á sus dormitorios, y otras se tendían en el suelo de la sala de labores ó de la escuela. Las monjas que las vigilaban permitían aquella infracción de la regla, porque ellas tampoco podían resistir, y cerrando dulcemente sus ojos, arrullaban su mente y se mecían en un plácido arrobo, conservando aún en las facciones, como una careta, el mohín de la maestra, cuya obligación es mantener la disciplina.

En la sala de escuela había dos ó tres grupos de mujeres sentadas en las banquetas, con la cabeza y el busto descansando sobre las mesas. Algunas roncaban con estrépito. La monja se había dormido también con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. En una de las carpetas de estudio, dos recogidas velaban; una era Belén, que tenía delante su libro de rezos, leía con aplicación entusiasta, y la otra Mauricia la Dura, que tenía la cabeza inclinada sobre la carpeta, apoyando la frente en el puño cerrado, y no dormía ni oraba. Al principio, su vecina Belén creyó que rezaba, porque oyó cierto murmullo y algún silabeo fugáz. Pero luégo observó que lo que hacía Mauricia era llorar; pero de qué manera...

"¿Qué tienes, Mauricia?—le dijo Belén, alzándole á viva fuerza la cabeza.

Mauricia no contestó nada; mas la otra pudo observar que el rostro estaba tan bañado en lágrimas como si le hubiesen echado por la frente un cubo de agua, y sus ojos encendidos y aquella grandísima humedad igualaban el rostro de Mauricia al de la Magdalena; así al menos lo vió Belén. Tantas preguntas le hizo ésta y tanto cariño le mostró, que al fin obtuvo respuesta de la pobre mujer desolada, que no parecía tener consuelo sin hartarse nunca de llorar.

"¿Qué he de tener, desgraciada de mí?—exclamó al fin bebiéndose sus lágrimas,—sino que hoy, sin saber por qué ni por qué no, me veo tal y como soy; soy mala, mala, más que mala, y se me vienen al pensamiento toditos los pecados que he cometido, desde el primero hasta el último...

—Pues, hija—dijo Belén, con aquella unción que había aprendido y que tan bien se acomodaba á su figura angelical y á sus modositos insinuantes—ten entendido que aunque tus crímenes fueran tantos como las arenas de la mar, Dios te los perdonará si te arrepientes de ellos.

Oir esto Mauricia y dar un gran berrido y soltar otra catarata de lágrimas, fué todo uno.

"No, no, no—murmuró entre sollozos tales que parecía que se ahogada.—A mí no me puede perdonar, á mí no, porque he sido muy desvergonzada, pero mucho, y cuanto pecado hay lo he cometido. Y si no, dí uno, nómbrame el que quieras, y de seguro que lo tengo aquí...

—Que cosas tienes, mujer—observó Belén muy apurada, acordándose de cuando fué corista y representándose con terror el escenario de la Zarzuela;—otras han hecho también pecados feos, de los más feos, y han llorado como tú, y han sido perdonadas.

Mauricia tenía un pañuelo en la mano; pero con la humedad del lloro y del sudor era ya como una pelota. Lo amasaba en la mano y se lo pasaba por la angustiada frente.

"¿Pero cómo te ha dado así... tan de repente —díjola otra confusa.—¡Ah! es que Dios toca en el corazón cuando menos lo piensa una. Llora, hija, desahógate, y no te asustes... ¿Sabes lo que vas á hacer? Mañana te confiesas... Puede que se te haya quedado algo por decir y confesar, porque siempre se queda algo sin saber cómo; pues dílo todo, todito. Así lo hice yo, y hasta que lo hice no tuve tranquilidad. Luégo el perro de Satanás me atormentaba por vengarse, y cuando

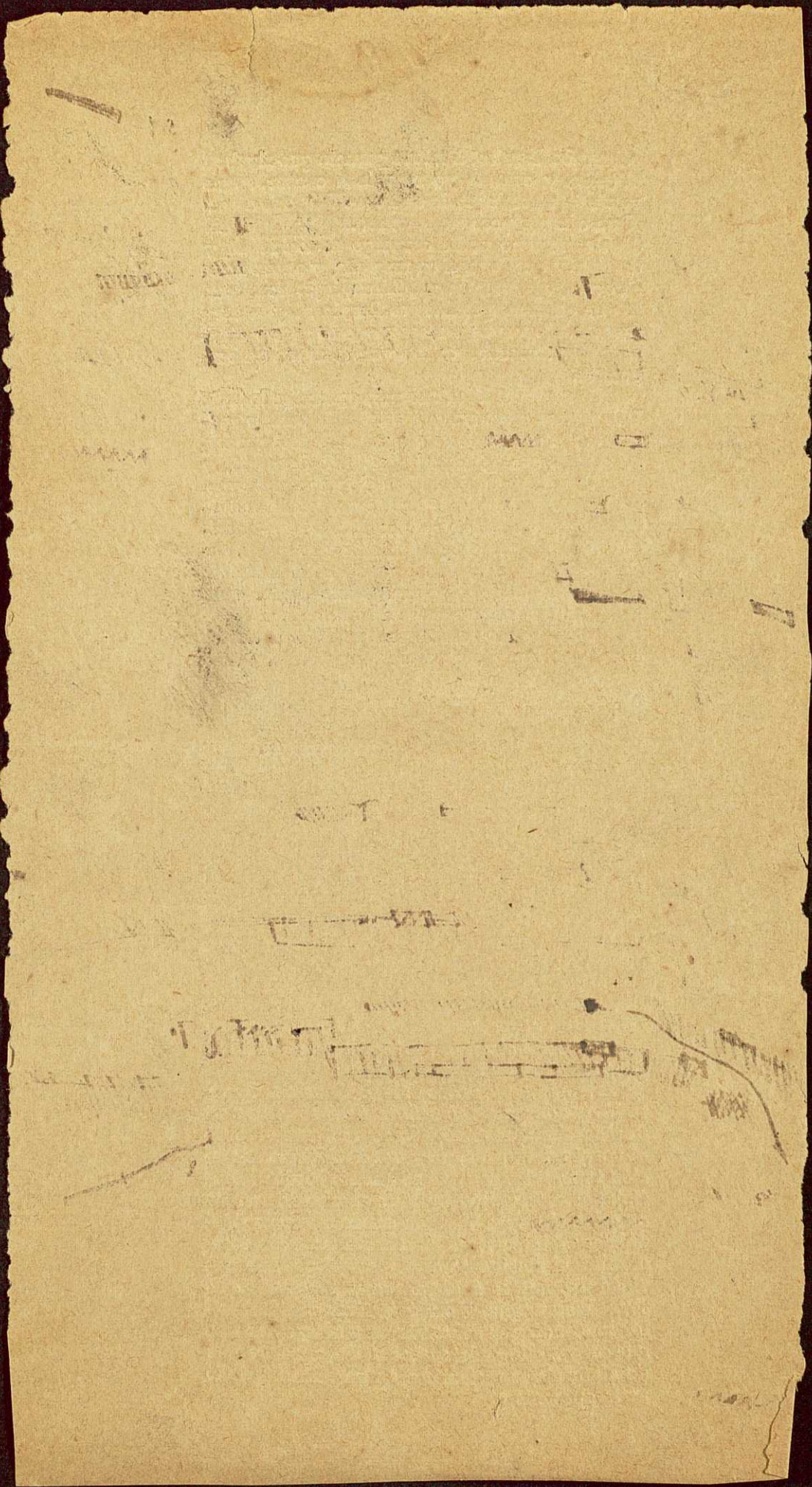
M.C.D.2020

...a la misa, á mí me parecía que alzaban ...ón, y cuando yo rompía á cantar, se me ...nía á la boca aquello de [redacted], que dice... Y un día por poco no lo suelto... [redacted] del diablo; pero no podía conmigo ni con mi fé, y tanto hice que lo metí en un puño, y ahora [redacted] atreve á jugar conmigo... Llora, hija, llora todo lo que quieras, que Dios te iluminará y te dará fuerzas. No vayas á creerte que por que tus pecados son muchos te los van á dejar de perdonar...

Ni por esas. Mientras más consuelos le daba Belén, más inconsolable estaba la otra, y mayor era el [redacted] de sus lágrimas. Sor Antonia, la madre que gobernaba allí, se despertó, y para disimular su descuido, dió una fuerte voz, sin [redacted] incomodarse mucho con las durmientes y añadiendo que hacía un calor horrible. Un instante después, Belén y la monja cuchicheaban, sin duda á propósito de Mauricia [redacted], á quien miraban. Tenía Belén vara alta con las señoras, por su humildad y devoción y por la diligencia con que iba á contarles cuanto hacían y decían sus compañeras.

Era [redacted], y á las cuatro toda la comunidad entró en la iglesia donde había ejercicio y sermón. Las *Filomenas* ocuparon su sitio detrás de las monjas, unas y otras con los velos por la cabeza. Las *Josefinas* permanecían en la habitación que hacía de coro. Belén y las otras cantoras [redacted] entonar [redacted] mientras duró el Manifiesto, en las cuales se decía que tenían el *pecho ardiendo en llamas de amor* y otras [redacted] por el estilo. La que tocaba el *harmonium* hacía en los descansos unos ritornellos muy cursis [redacted] Pero á pesar de estas profanaciones artísticas, la iglesita estaba muy mona, como diría doña Manolita, [redacted], inundada de la fragancia de las flores naturales, [redacted]

A Fortunata le tocó al lado Mauricia. Cuenta la que después fué señora de Rubín, que en una ocasión que miró á su compañera, observó al través del velo suyo y del de ella una expresión tan particular que se quedó atónita. Mauricia, al entrar, lloraba, pero al cabo de un rato [redacted] más bien parecía reirse con contenida y satánica risa. Fortunata no pudo comprender el motivo de esto, y creyó que la oscuridad del velo le desfiguraba la realidad de la cara de su pareja. Volvió á mirar con disimulo, haciendo que se volvía para ahuyentar una mosca, y... ello podría ser ilusión, pero los ojos de Mauricia parecían dos áscuas. En fin, todo sería aprensión.



Don León Pintado subió al púlpito y echó un sermonazo lleno de los amaneramientos que el tal usaba en su oratoria. Lo que aquella tarde dijo habíalo dicho antes mil veces, y ciertas frases no se le caían de la boca. Tronó, como siempre, contra los librepensadores, á quienes llamó *apóstoles del error* unas quinientas veces. Las piadosas oyentes, en fuerza de oir repetir tanto la frase, llegaban á creer que los *apóstoles del error* eran en tanto número como las arenas del mar. Al salir de la iglesia, Fortunata echó, como de costumbre, una mirada al público, que estaba tras de la verja de madera, y vió á Maximiliano, que no faltaba ningún domingo á aquella amorosa cita muda. Le vió con simpatía. Notaba con gozo que ésta crecía gradualmente en su alma, lo mismo que la gratitud. Empezaban á perder valor ante sus ojos los defectos físicos del apreciable joven, y á conformarse con su desagradable aspecto, llegando casi casi á verlo con indulgente cariño. Si serían aquellos los brotes del amor por la hermosura del alma. Lo que más consolaba á Fortunata era la creencia cada día más firme, porque el capellán se lo había dicho no pocas veces en el confesonario, que cuando se casase y viviese santamente con su marido á la faz del mundo á la sombra de las leyes divinas y humanas, le había de amar; pero no así de cualquier modo, sino con verdadero calor del alma.

IX

Llegada la noche, y recogidas las *Josefinas* á su dormitorio, las madres permitieron que las *Filomenas* estuvieran en la huerta hasta más tarde de lo reglamentario, por ver si salía un poco de fresco. Eran ya las nueve, y la tierra abrasaba, el aire no se movía, las estrellas parecían haberse bajado según el fulgor vivísimo con que brillaban, y veíanse entre las grandes y medianas mayor número, al parecer, de las pequeñitas, tantas, tantas que era como un polvo de plata sobre aquel azul intentísimo. La luna nueva se puso temprano, bajando al horizonte como una hoz, rodeada de aureola blanquecina, que anunciaba más calor para el día siguiente. Por donde la luna se puso había escasas nubes sueltas y deshilachadas, que se volvieron negras al paso del satélite tras ellas. Después las nubes se alargaron, despezándose, y figuraron un murciélago con las alas abiertas y clavadas en el cielo.

Las recogidas formaban diferentes grupos sentadas en el suelo y en la escalera de madera que comunicaba el corredor principal con la huerta, y se quitaban las tocas para disminuir el calor de la piel. Algunas miraban el motor de viento que seguía inmóvil. Al borde del estanque que estaba al pié del aparato, había tres mujeres: Fortunata, Felisa y doña Manolita, sentadas sobre el muro de ladrillo, gozando de la frescura del agua próxima. Era aquel el mejor sitio; pero no lo decían, porque el egoismo les hacía considerar que si se enracimaban allí todas las mujeres, el escaso fresco del agua se repartiría más y tocarían á menos. En el opuesto lado de la huerta, que era el sitio más apartado y más feo, había un tinglado bajo el cual se veían muchos tiestos vacios ó rotos, un montón de mantillo que parecía café molido, dos carretillas, regaderas y varios instrumentos de jardinería. En otro tiempo hubo allí un cubil, y en el cubil un cerdo que se criaba con los desperdicios; pero el Ayuntamiento mandó quitar el animal de San Antón, y el cubil estaba vacío.

Desde el anochecer se puso allí Mauricia la Dura, sola, sobre el montón de mantillo; y como era el sitio más caldeado, nadie la quiso acompañar. Alguna se le acercó en son de burla; pero no pudo obtener de ella una sola palabra. Estaba sentada á lo moro, con los brazos caídos, la cabeza derecha, más napoleónica que nunca, la vista fija enfrente de sí con una dispersión vaga más bien de persona soñadora que meditabunda. Parecía lela ó quizás tenía semejanza con esos brahmines que se están tantísimos días seguidos mirando al cielo sin pestañear, en un estado medio entre la modorra y la contemplación. Ya era tarde cuando se le acercó Belén sentándosele al lado sobre el montón de mantillo que parecía café molido. La miró atentamente, preguntóle que qué hacía allí y en qué pensaba, y por fin Mauricia desplegó los labios de esfinge, y dijo estas palabras que le produjeron á Belencita una corriente fría de punta á punta de su espinazo:

—He visto á la Virgen.

—¿Qué dices, Mauricia, qué te pasa?—le preguntó la ex-corista con ansiedad muy viva.

—He visto á la Virgen—repitió Mauricia

con una seguridad y aplomo que dejaron á la otra como quien no sabe lo que le pasa.

—¿Tú estás segura de lo que dices?

—¡Oh!... ~~si no lo estuviera...~~ Te lo juro por estas cruces — dijo [illegible] con voz trémula, besándose las manos. — La he visto... bajó por allí, donde está el [illegible] de la noria... Bajaba en mitad de una luz... ¿cómo te lo diré?... de una luz que no te puedes figurar... de una luz que era, verbi gracia, como la miel...

—¡Como la miel!—repitió Belén no comprendiendo.

—Pues... tan dulce que... Después vino andando, andando hacia [illegible] y se puso allí, delantito. Pasó por entre vosotras, y vosotras no la veíais. Yo sola la veía... No traía el niño en brazos. Dió dos ó tres pasitos más y se paró otra vez. Mira, ¿ves aquella piedrecita? Pues allí y me estuvo mirando... Yo no podía respirar.

—¿Y te dijo algo, te dijo algo? — preguntó Belén toda ojos, pálida como una muerta.

—Nada... pero lloraba mirándome... sí, llora-ba. No traía ~~niño~~ ~~parecía~~ que se lo habían quitado. Después dió la vuelta para allá y volvió á pasar entre vosotras sin que la viérais, hasta llegar á aquel arbol... Allí ví muchos angelitos que subían y bajaban del tronco á las ramas y...

—Y de las ramas al tronco...

—Y después... ya no ví nada... Me quedé como ciega... quiero decir, enteramente ciega, estuve un rato sin ver gota, sin poder moverme. Sentía aquí, entre mí, una cosa, una cosa...

—Como [illegible]...

—Como [illegible] no, un consuelo...

Se acercó entonces Fortunata, y ambas callaron.

—Si están de secreto, me voy—dijo.

—Yo creo—dijo Belén, después de una gran pausa,—que eso debes consultarlo con el confesor.

Mauricia se levantó andando lentamente se retiró á la habitación donde dormía y tenía su ropa. Creyeron las otras dos que se había ido á acostar; y quedáronse allí haciendo comentarios sobre el extraño caso, que Belén transmitió á Fortunata con todos los pelos y señales. Belén lo creía ó afectaba creerlo, Fortunata no. Pero de pronto vieron que Mauricia volvía y se sentaba de nuevo sobre el montón de mantillo. Miráronla con recelo y se alejaron de ella.

De pronto sonó en la huerta un ¡ah! prolongado y gozoso, como los que lanza la multitud en presencia de los fuegos artificiales. Todas las recogidas miraban al disco que se había movido solemnemente, dando dos vueltas y parándose otra vez. "Aire, aire—gritaron varias voces. Pero el [illegible] no dió después más que media vuelta, y otra vez quieto. El vástago de hierro chilló un instante, y las que estaban junto al estanque oyeron en lo profundo de la bomba una regurgitación ténue. El caño escupió un salivazo de agua, y todo quedó después en la misma quietud grandiosa.

Belén se había puesto á charlar por lo bajo con una monja llamada Sor Facunda, que era la marisabidilla de la casa, muy leída y escribida, bondadosa é inocente hasta no más, directora de todas las funciones extraordinarias, camarera de la Virgen y de todas las imágenes que tenían alguna ropa que ponerse, muy querida de las *Filomenas* y aún más de las *Josefinas*, y persona de corazón tan lleno de simplicidad santa, que cuanto le decían, sobre todo si era bueno, se lo creía como el Evangelio. Lo malo era lo que entraba con dificultad en su optimista mollera. Basta decir en elogio de la *sancta simplicitas* de esta señora, que en sus confesiones jamás tenía nada de qué acusarse, pues ni con el pensamiento había pecado nunca; mas como creyera que era muy desairado no ofrecer nada absolutamente ante el tribunal de la pe-

nitencia, buscaba y rebuscaba su magín algo que pudiera tener siquiera un tufillo de maldad, y rebañaba su conciencia sacando unas cosas tan sutiles y sin sustancia, que el capellán se reía para su sotana. Como el pobre D. León Pintado tenía que vivir de aquello, lo oía seriamente, y hacía que tomaba muy en consideración aquellos pecados tan superfirolíticos que no había cristiano que los comprendiera... Y la monja se ponía muy compungida, diciendo que no lo volvería á hacer; y él, que era muy tuno decía que sí, que era preciso tener cuidado para otra vez, y que patatín y que patatán... Tal era Sor Facunda, dama ilustre de la más alta aristocracia, que dejó riquezas y posición por meterse en aquella vida, mujer pequeñita, no bien parecida, modosa y cariñosa, muy aficionada á hacerse querer de las jóvenes y que llevaba siempre tras sí, en las horas de recreo, un hato de niñas aficionadas á la santidad, preguntonas, rezonas y cuya conducta, palabras y [illegible] pertenecía á lo que podría llamarse *el pavo del misticismo*.

Difícil es averiguar lo que pasó en el cotarro que formaban Sor Facunda y sus amiguitas. Ello fué que Belén, temblando de emoción y con la cara ansiosa, dijo á la monja: "Mauricia ha visto á la Virgen...„ Y poco después repetían las otras con indefinible asombro: "Ha visto á la Virgen!„ Oyóse alguna expresión de incredulidad, que Sor Facunda corrigió en tono autoritario, diciendo: "El que haya sido muy pecadora no quita que cuando menos se piensa obre el Señor en ella algún prodigio. Por lo mismo quizás... ¿En dónde está...? Yo quiero verla.„

Sor Facunda, seguida de su escolta, se acercó á Mauricia, á quien miró un buen rato sin decirle palabra. Estaba la infeliz mujer en la misma postura primitiva, la cabeza apoyada sobre las rodillas. Parecía llorar.

"Mauricia—le dijo Sor Facunda con aquella buena fe que en ella equivalía á la gracia divina.—Porque hayas sido muy mala no vayas á creer que Dios te niega su perdón.

Oyóse un gran berrido, y Mauricia mostró su cara inundada de llanto. Dijo algunas palabras á las que Sor Facunda y compañía no sacaron ninguna sustancia, inclinándose á creer que eran cosas de visión mística aquellos dis-

varones. De repente se levantó Mauricia. Su rostro, á la claridad de la luna, tenía una belleza grandiosa que las circunstantes pudieron apreciar. Sus ojos despedían llamaradas. Se apretó el pecho con ambas manos en actitud semejante á las que la escultura ha puesto en algunas imágenes, y dijo con acento patético estas palabras:

"¡Oh gran señora!... te lo traeré, te lo traeré...

Echó á correr hacia la escalera con gran presteza, y pronto desapareció. Sor Facunda habló con las otras madres. Cuando toda la comunidad, á la voz de la Superiora, se recogía, abandonando la huerta y subiendo lentamente á las habitaciones, la mayor parte de las mujeres de mala gana, porque el calor de la noche convidaba á estar al aire libre, corrió la voz de que [illegible] se había acostado.

Fortunata, que pocos días antes [illegible] trasladada al dormitorio en que estaba Mauricia, vió que ésta se había acostado vestida y descalza; acercóse á ella y por su bronca respiración creyó entender que dormía profundamente. Mucho daba qué pensar [illegible] el singular estado en que su amiga se había puesto, ~~estado cuyas causas creía conocer~~, y esperaba qué le pasaría pronto como otras ~~crisis~~ semejantes, aunque de diverso carácter. Largo tiempo estuvo desvelada, pensando en aquello y en otras cosas, y á eso de las doce, cuando en el dormitorio y en la casa toda reinaban el silencio y la paz, notó que Mauricia se levantaba, ~~lo mismo que en el lecho estaba, vestida y descalza~~. "¿A dónde irá esta loca?—pensó Fortunata, pero no se atrevió á hablarle ni á detenerla, por no turbar el silencio del dormitorio, iluminado por una luz tan débil que le faltaba poco para extinguirse. Mauricia atravesó la estancia sin hacer ruído, como sombra, y se fué. Poco después Fortunata sentía sueño y se ~~derraba~~, mas en aquel estado indeciso entre el dormir y velar, creyó ver á su compañera entrar otra vez en el dormitorio sin que se le sintieran los pasos. Metióse debajo de la cama, donde tenía un cofre, y revolvía ~~después~~ entre los colchones... Después Fortunata ni se hizo cargo de nada, porque se durmió de veras.

Mauricia salió al corredor, y atravesándolo todo, se sentó en el primer peldaño de la escalera.

"Te digo que me atreveré... ~~Estate sin cuidado~~.

¿Con quién hablaba? Con nadie, porque estaba enteramente sola. No tenía más compañía en aquella soledad que las altas estrellas.

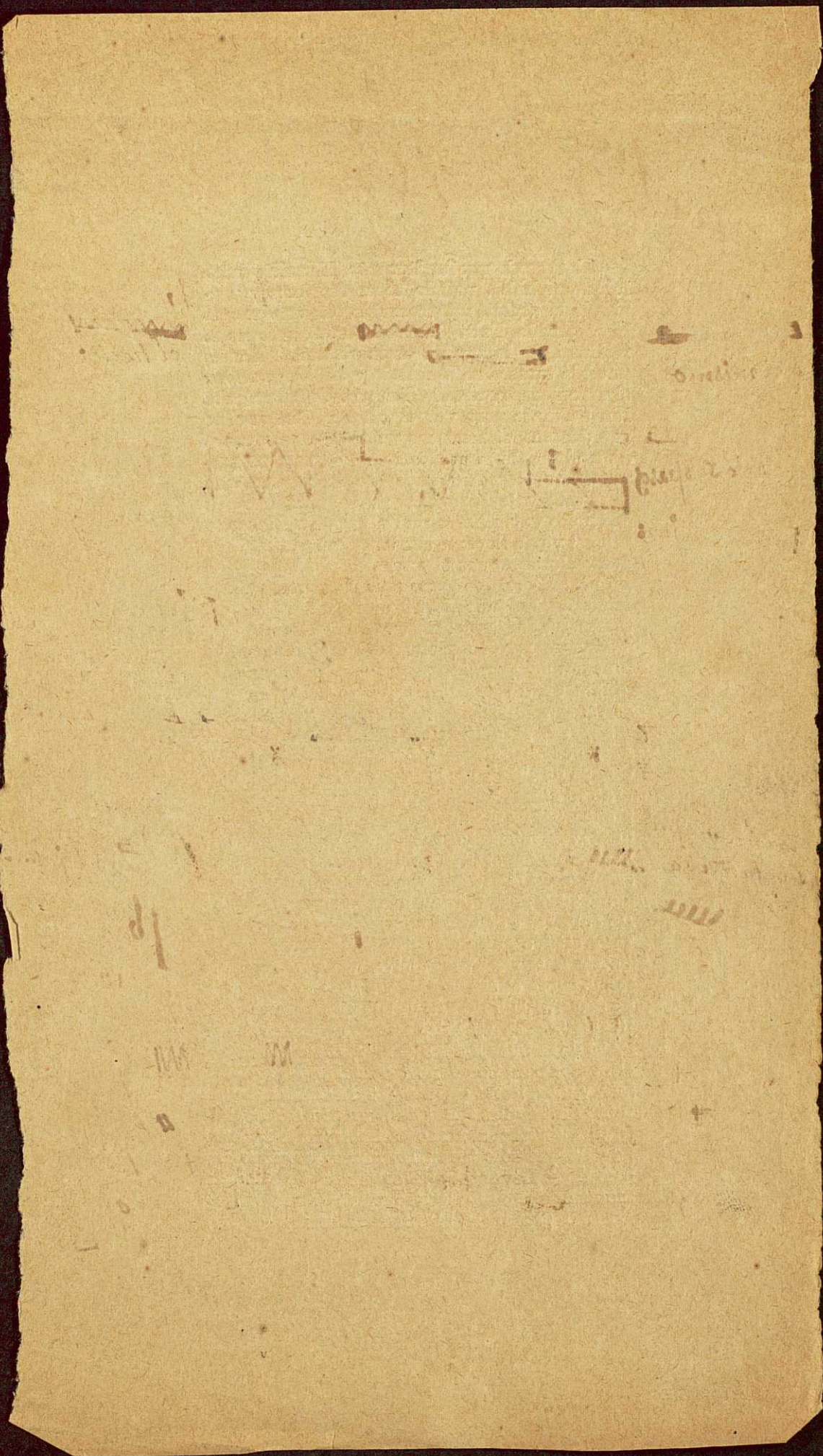
"¿Qué dices?—preguntó después como quien sostiene un diálogo.—Habla más ~~claro~~ que con el ruído del órgano no se oye ~~una pastelera palabra~~. ¡Ah! ya entiendo... Estate tranquila, que aunque me maten, yo te lo traeré. Ya sabrán quién es Mauricia la Dura, que no teme ni á Dios... Já, já, já... Mañana, cuando venga el capellán y bajen pasteleras ~~madres~~ á la iglesia, ¡qué chasco se van á llevar!

Soltando una risilla insolente, se precipitó por la escalera abajo. ¿Qué demonios pasaba en aquel cerebro?... Entró por la puerta pequeña que comunica el patio con el largo pasillo interior del edificio, y una vez allí pasó sin obstáculo al vestíbulo, tentando las paredes porque la oscuridad era completa. Se le oía un cierto rechinar de dientes y algún monosílabo gutural que lo mismo podía ser signo de risa que de cólera. Por fin llegó ~~tocando paredes~~ á la puerta de la capilla, cuya cerradura buscó con las manos y empezó á rasguñar en el hierro. La llave no estaba puesta... "~~La llave~~ llave —murmuró con un rugido de hondísimo despecho. Probó á abrir valiéndose de la fuerza y de la maña. Pero ni una ni otra valían en aquel caso. La puerta del sagrado recinto estaba bien cerrada. La infeliz mujer siguió exhalando gemidos, como los de un perro que se ha quedado fuera de su casa y quiere que le abran. Después de media hora de inútiles esfuerzos, se desplomó en el quicio de la puerta, é inclinando la cabeza se durmió. Fué uno de esos sueños que se parecen ~~a una muerte~~ instantánea. La cabeza dió contra el canto como una piedra que cae, y la torcida postura en que quedaba el cuerpo al caer doblándose con violencia, fué causa de que la respiración se dificultara, produciéndose en los conductos de la respiración un silbido agudísimo que siguió un estertor como de líquidos que hierven.

Letra 16

Aletargada profundamente, Mauricia hizo lo que no había podido hacer despierta y prosiguió la acción interrumpida por una puerta bien cerrada. Faltó ~~la acción~~ real, pero no la realidad ~~de la acción~~ en la voluntad. Entró, pues, la tarasca en la iglesia y allí pudo andar sin tropiezo, porque la lámpara del altar daba luz bastante para ver el camino. Sin vacilar fué derecha al altar mayor y se subió en él, diciendo: "ahora es la mía..." Si por un momento había podido creer quien la viera que le faltaba valor, pronto se rehizo pensando así: "Si no te voy á hacer mal ninguno... Diosecito mío, si voy á llevarte con tu mamá que está ahí fuera llorando por tí y esperando á que yo te saque... ¿Pero qué?... no quieres ir con tu mamaita... Mira que te está esperando... tan guapa, tan maja, con aquel manto todito lleno de estrellas y los piés encima del *bicornio* de la luna... Verás, verás, qué bien te saco yo, monín... Si te quiero mucho; ¿pero no me conoces?... Soy Mauricia la Dura, ~~que aunque tiene mala fama, no es mala, sólo que~~ Soy tu amiguita" ~~se acercaba paso á paso empleando~~ mucho tiempo en llegar al altar, porque la capilla, que era tan chica, se había vuelto muy grande. Lo menos había media legua desde la puerta al altar... Y mientras más andaba, más lejos ~~iba~~. Llegó por fin y subió las dos, tres, cuatro escaleras, y le causaba tanta extrañeza verse en aquel sitio mirando tan de cerca la mesa aquella cubierta con finísimo y alto lienzo, que un rato estuvo sin poder dar el último paso. Le entró una risa convulsiva cuando puso su mano sobre el ara sagrada... ¿Quién me había de decir?... ¡Oh, mi re-Dios de mi alma que yo... ji! ji! ji!... Apartó el Crucifijo que está delante de la puerta del sagrario, alargó luégo el brazo; pero como no alcanzaba, alargábalo más y más, hasta que llegó á dolerle mucho de tantos estirones... Por fin, gracias á Dios, ~~trata~~ pudo abrir con mano temblorosa la puerta aquella que solo tocan las manos ungidas del sacerdote. Levantó la cortinilla, buscó un momento en el misterioso, santo y venerando hueco... ¡Oh! no había nada. Busca por aquí,

M.C.D.2020



busca por allí y nada... ¡Ah! por fin, tropezaba con sus dedos con el metálico pié de la custodia. Pero qué frío estaba, tan frío que quemaba. El contacto del metal llevó por todo lo largo del espinazo de Mauricia una corriente glacial... Vaciló. ¿Lo cogería, si ó no? Sí, sí mil veces, aunque muriera, era preciso cumplir. Con exquisito cuidado mas con gran decisión, empuñó la custodia y la sacaba... Orgullo y alegría inundaban el alma de la atrevida mujer al mirar en su propia mano la representación visible de Dios... ¡Cómo brillaban los rayos de oro que circundan el disco, y qué misteriosa y plácida majestad la de la hostia purísima, guardada tras el cristal, blanca, divina y con todo el aquel de persona, sin ser más que una sustancia de delicado pan!

Con increíble arrogancia, Mauricia bajaba sentía peso alguno. Se alzaba como la alza el sacerdote para que la adoren los fieles... "¿Veis cómo me he atrevido?—pensaba la atrevida mujer... ¿No decíais que no podía ser?... Pues pudo ser." Seguía por la iglesia adelante. La purísima hostia, con no tener cara, miraba cual si tuviera ojos... Mauricia, al llegar bajo el coro, empezaba á sentir miedo de aquella mirada. "No, no te suelto, ya no vuelves allí... Irás con tu mamá—dijo Mauricia, atreviéndose á agasajar contra su pecho la sagrada forma. Entonces [illegible] como extremecimientos subterráneos que las puertas de la iglesia se alejaban y se desvanecían. La sagrada forma no sólo tenía ya ojos profundos tan luminosos como el cielo, sino también voz, una voz que oyó resonar en su oído con lastimero son. Había desaparecido toda sensación de la materialidad de la custodia; no quedaba más que lo esencial, la representación, el símbolo puro, y esto era lo que Mauricia apretaba furiosamente contra sí. "—le decía la voz,—no me saques, vuelve á ponerme donde estaba. No hagas locuras... Si me sueltas no te perdonaré pecados, que son muchos si te obstinas en llevarme, te condenarás. Suéltame y no temas, que yo no le diré nada á D. León ni á las monjas para que no te riñan... Mauricia, Mauricia... ¿Qué haces...? ¿Me comes, me comes...?"

M.C.D.2020

Y nada más... ¡Qué desvarío! Por grande que sea un absurdo siempre tiene cabida en de la mente humana.

X

Por la mañana tempranito, la Superiora y Sor Facunda se tropezaron al salir de sus respectivas celdas.

"Créame usted—dijo Sor Facunda,—algo hay de extraordinario. Consulte usted ahora mismo con D. León. Mauricia ha tenido visiones. Hay que examinar eso detenidamente.

Sor Natividad, que era mujer de mucho entendimiento y estaba acostumbrada á los pueriles entusiasmos de su compañera, no hizo más que sonreir con bondad. Hubiera dicho á Sor Facunda: "qué tonta es usted hija;„ pero no le dijo nada, y sacando un manojo de llaves se fué hacia el guardarropa. Poco después Sor Facunda se vió rodeada de Belén y de Felisa, que salieron del dormitorio con cara de sueño. Ambas monjas pasaban en dirección á la iglesia.

"¿Pero en dónde está esa loca?—preguntó después la Superiora.

—No parece por ninguna parte—dijo Fortunata, que por orden de Sor Marcela había bajado en busca de Mauricia.—Arriba no está.

En los dormitorios de las *Filomenas* había gran tráfico. Todas se lavaban la cara y las manos, riñendo por el agua, cuestionando sobre si tú me quitaste la toalla ó si esa es mi agua. "Que no, que mi agua es esta.„ Otra sacaba de debajo de la cama un zoquete de pan y empezaba á comérselo. "¡Ay, qué hambre tengo...! con estos calores... cuidado que suda una; no se puede vivir... ¡Y ponerse ahora la toca!

Sor Antonia entraba, imponía silencio y les daba prisa. Oíase el esquilón de la capilla. El sacristán se había asomado varias veces por la reja de la sacristía que da al vestíbulo diciendo sucesivamente: "Todavía no ha venido don León...„ "Ya está ahí D. León...„ "ya se está vistiendo.„ Oíanse en la parte alta los pasos de toda la comunidad que iba hacia la iglesia á oir la primera misa. Delante fueron las *Josefinas*, soñolientas aún y dando bostezos, empujándose unas á otras. Luego seguían las *Filomenas*, más ordenadamente, las más diligentes dando prisa á las perezosas. Donde hay muchas mujeres, tiene que haber ese rumor de colegio que se hace superior á la disciplina más rigorosa. En-

M.C.D.2020

tre chacota y risas se oía el rumorcillo de: "Mauricia... ¿no sabeis? Vió anoche la propia cara de la Virgen.

—Mujer, quita allá.

—Mi palabra... pregúntaselo á Belén.

—¡Bah! ni que fuéramos tontas...

—¿La cara de la Virgen?... Vaya... Sería la de Nuestra Señora del Aguardiente.

Pero Sor Facunda y las de su cotarro iban por la escalera abajo diciendo que el hecho podría ser falso, y podía también no serlo; que á ellas nadie les quitaba de la cabeza que hubiera sido, y que el ser Mauricia muy pecadora no significaba nada, porque de otras muchísimo más perversas se había valido Dios para sus fines.

Dijo la misa el capellán, que parecía *el padre figuilla* por la presteza con que despachaba. Había sido cura de tropa, y á las monjas no les acababa de gustar la prisa [illegible] con que celebraba el oficio. Más tarde, en ciertos días, don Hildebrando, cura francés de los de babero, el cual era lo contrario que Pintado, pues estiraba la misa hasta lo increible.

Cuando toda la comunidad salía de la capilla, doña Manolita, que había entrado de las últimas, sofocada, se acercó á la Superiora y le dijo que Mauricia estaba en la huerta sobre el montón de mantillo.

—Ya... en la basura...—replicó Sor Natividad frunciendo el ceño,—es su sitio.

Bajaron las recogidas al refectorio á tomar el chocolate con un pedazo de pan. Animación mundana reinaba en aquella hora, y aunque las monjas se esforzaban por mantener el orden cuartelesco, no lo podían conseguir.

"Ese plato es el mio. Dame mi servilleta... Te digo que es la mía... ¡Vaya! ¡Ay, San Antonio, qué duro está el pan!... Parece de la boda de San Isidro.

—¡A callar!

Algunas tenían un apetito voráz; se habrían comido triple ración, si se la dieran.

Inmediatamente después empezaba á distribuirse toda aquella tropa de mujeres como soldados que se incorporan á sus respectivos regimientos. Estas bajaban á la cocina, aquéllas subían á la escuela y salón de costura, y otras, quitándose las tocas y poniéndose la falda de *mecánica*, se dedicaban á la limpieza de la casa.

~~A Fortunata le tocaba aquel día lavar.~~

Estaba la Superiora hablando con Sor Antonia en la puerta de una celda, cuando llegó una recogida muy apurada diciendo: "Le he mandado que venga y no quiere venir. Me ha querido pegar. Si no echo á correr... Después cogió un monton de aquella basura y me lo tiró. Mire usted...

La recogida enseñó á las madres su hombro manchado de mantillo.

"Tendré que ir yo... ¡Ay, qué mujer!... ¡Qué guerra nos da!—dijo la Superiora...—¿Dónde está Sor Marcela? Que traiga la llave de la perrera. Hoy tenemos ~~contradanza~~, porque está más tocada que nunca. Dios nos dé paciencia.

—¡Y Sor Facunda que me ha dicho ahora mismo—indicó Sor Antonia con franca risa y vizcando más los ojos,—que Mauricia habia visto á la Virgen!...

La Superiora respondió á aquella risa con otra menos franca. Tres ó cuatro *Filomenas* de las más hombrunas bajaron á la huerta con orden expresa de traer á la visionaria.

Cunjie 21

—¡Pobre mujer y qué mala se pone! — dijo Sor Natividad dentro del corrillo de monjas que se iba formando.—Males de nervios, y nada más que males de nervios.

Y al decirlo, sus miradas chocaron con las de Sor Facunda, que se acercaba con semblante afligido.

"¿Pero no ha consultado usted este caso tan grave con el señor capellán?—le dijo.

—Sí—replicó Sor Natividad con un poco de humorismo,—y el capellán me ha dicho que la meta en la perrera.

—¡Encerrarla, porque llora!... — exclamó la otra que en su timidéz no se atrevía á contradecir de otro modo á la Superiora.—El caso podría ser más grave de lo que parece.

—Para preverlo todo—indicó Sor Natividad—avisarémos tambien al médico.

—¿Y qué tiene que ver el médico... En fin, yo no sé. Quien manda, manda. Pero me parecía... Ello podrá ser cosa física; ¿pero si no lo fuera? Si efectivamente Mauricia... No es que yo lo afirme; pero tampoco me atrevo á negarlo. Aquel llorar contínuo, ¿qué puede ser sino arrepentimiento? Si el Señor se empeña en una cosa, y nosotras en otra, no sé, no sé.

Y se retiró á su celda, decidida á no intervenir en un asunto que, á su parecer, no se trataba con el debido acierto. Casi, casi se dieron un encontronazo Sor Facunda alejándose, y Sor Marcela que al corrillo se acercaba, dando balances y golpeando el suelo ruidosamente con su pié de madera. Su semblante, descompuesto por la ira, estaba más feo que nunca, y con la prisa que tria apenas podía respirar, y las primeras [illegible] le salieron de la boca desmenuzadas por el enojo: "Ya, ya sabemos... Bribona... parece mentira... ¡Ay, Dios mío! Si es para volverse loca...

perdida

observó

extraordinariamente

merecía examinarse.

la vizcaina,

A saber los medios que

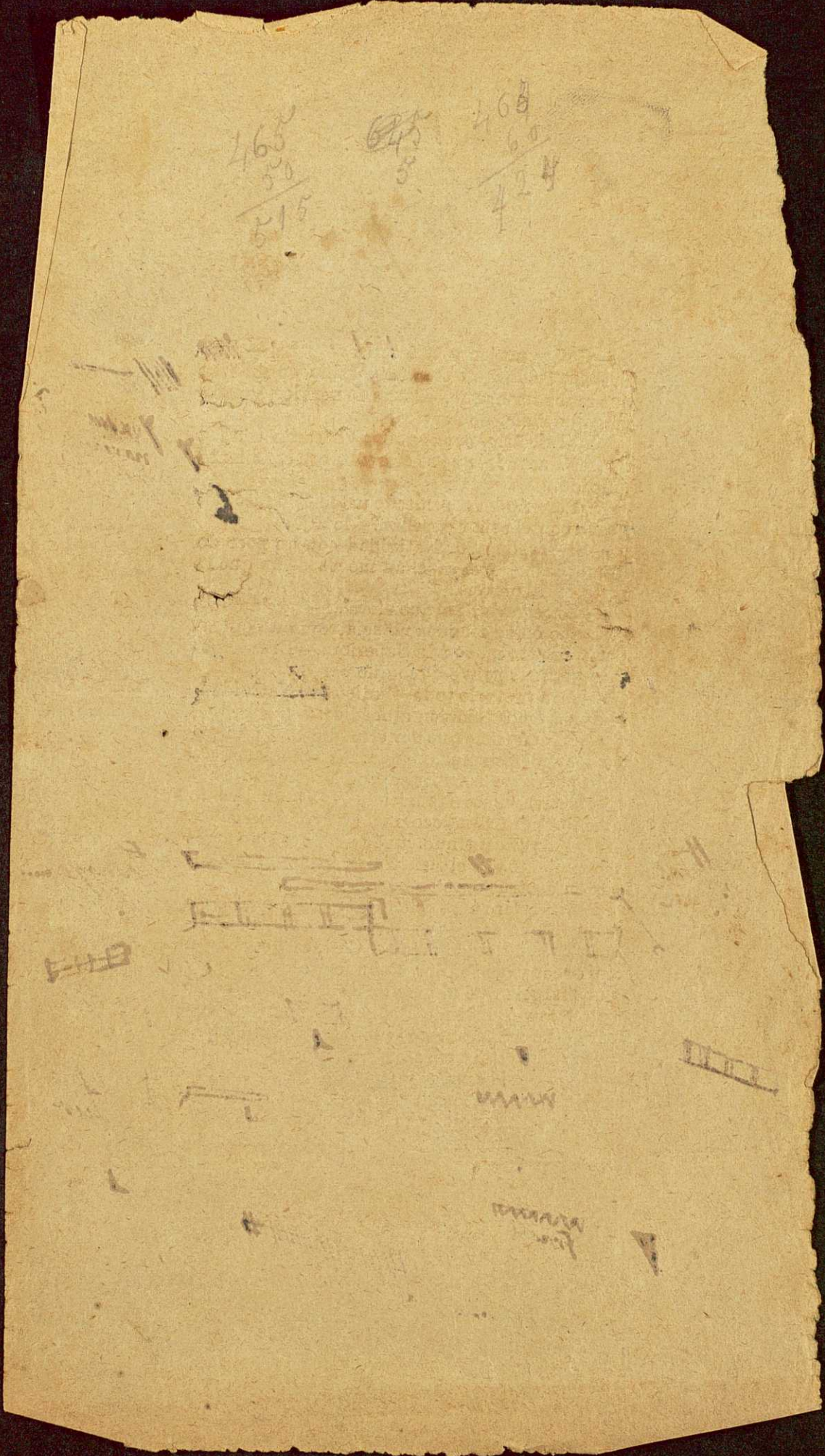
escoge....

ai

dur

frases

¡San Antonio!...



Habló algunas palabras en voz muy baja con la Superiora, quien al oirlas, ~~frunció de tal modo las cejas, que parecía que la una se enlazaba con la otra.~~

"Yo... bien lo sabe usted...—balbució Sor Marcela,—lo tenía para mi mal del estómago... coñac superior.

—¡Pero ~~cómo~~ esa maldita... Si esto parece... ¡Jesús me valga! Estoy horrorizada. Pero cuándo...

—Es muy sencillo. Hágase usted cargo. Anteayer, cuando estuvo en mi celda moviendo los trastos para coger el ratón.

A la Superiora se le escapó, sin poderlo remediar, una ligera sonrisilla; mas al punto volvió á ponerse seria, muy seria. Y ~~Sor Marcela~~ corrió hacia donde estaban las recogidas, y lo mismo que dijera á Sor Natividad se lo repitió á Fortunata, sin poner un freno á su ira: "¿Habráse visto ~~tribada~~ semejante?... ¿Qué te parece? ¡Estamos todas horrorizadas!„

Fortunata no dijo nada y se puso muy seria. Quizás no la cogía de nueva la declaración de la monja. Obedeciendo á ésta, subió al dormitorio en busca de pruebas del nefando crimen imputado á su amiga.

"Ahí tienen ustedes—decía la Superiora á las que más cerca de ella estaban,—cómo esa ~~desgraciada~~ ha visto ~~visiones~~... ¡Ya! ¡qué no vería ella!... ¿Pero no viene al fin? Yo le juro que no vuelve á hacernos otra. Es preciso ajustarle bien las cuentas...

~~Sor Marcela~~ se presentó otra vez en el corrillo mostrando la enorme llave de la perrera; la esgrimía como si fuera una pistola, con amenaza homicida. Realmente estaba ~~muy incomodada~~, y el topetazo de su pié duro sobre el suelo tenía una violencia y sonoridad excepcionales. En esto llegó Fortunata trayendo ~~en la mano~~ una botella, que al punto le arrebató ~~Sor~~ Marcela.

"¡Vacía, enteramente vacía!—exclamó ésta levantándola en alto y mirándola al traslúz.—Y estaba ~~enteramente llena~~, casi llena, pues apenas.

Aplicó después su naríz ~~de rabadilla~~ á la boca de la botella, diciendo con lastimera entonación: "No ha dejado más que el olor... ¡Bribonaza! ya te daría yo bebida...„ De la naríz de la coja pasó el cuerpo del delito á la de Sor

Natividad y de ésta á otras narices próximas, resultando de la apreciación ~~hecha~~ del olor ~~como un~~ comentario ~~severísimo de la enormidad~~ del crimen.

"¡Qué ~~atrocidad~~...—exclamó la Superiora.—~~Qué asco~~ Ya... ¡cómo estará aquel cuerpo con todo ese líquido ardiente...! Nunca nos había pasado otra... La arreglarémos, la arreglarémos. ¿Pero viene ó no?

~~Ya iba á~~ bajar decidida á abreviar la tardanza del acto de justicia, cuando se oyó un gran tumulto. Las tres mujeronas que habían ido en busca de la delincuente, pasaban de la huerta al patio, por la puertecilla verde, huyendo despavoridas, dando voces de pánico. Sonó en ~~la~~ dicha ~~puertecilla verde~~ el estampido de ~~una piedra fuertemente lanzada~~

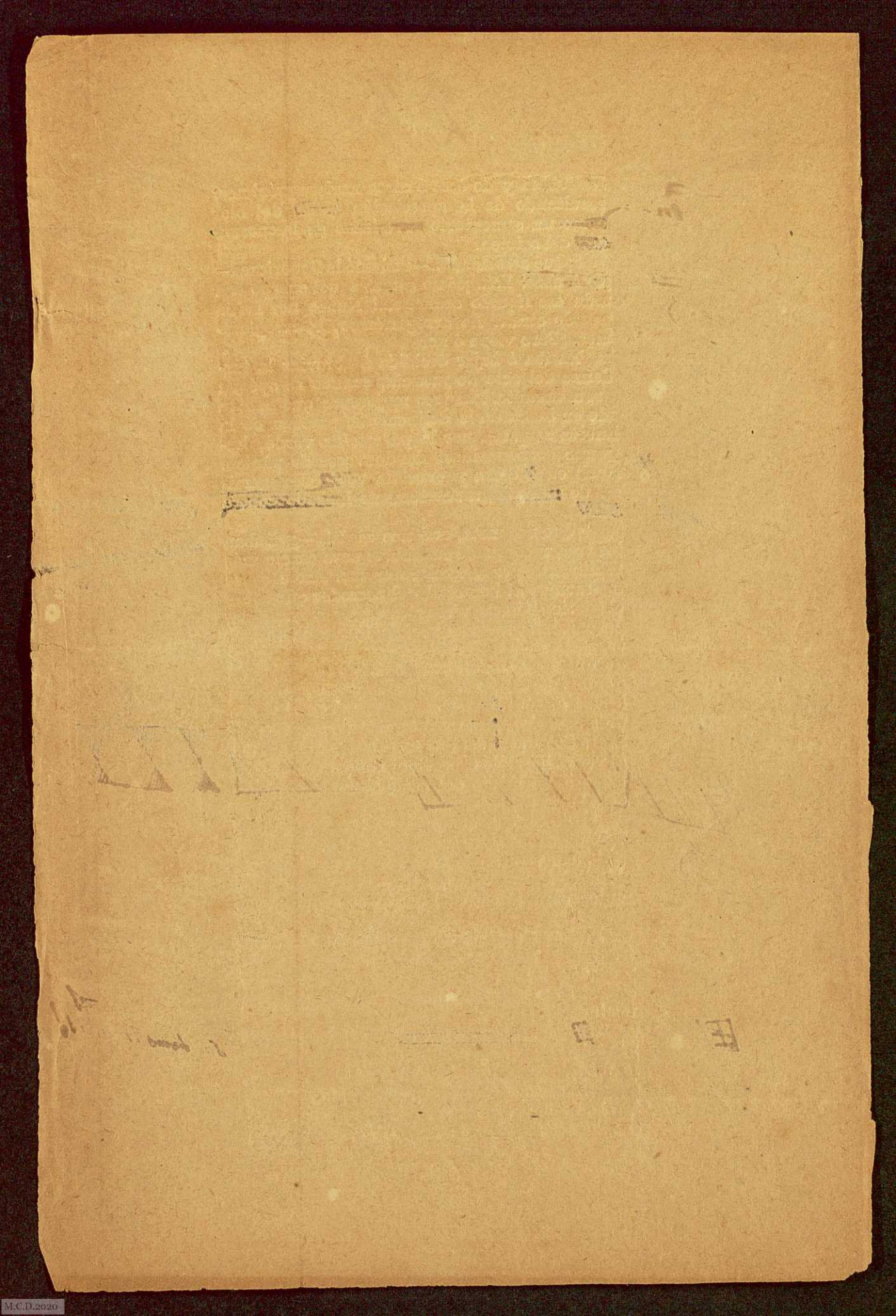
"¡Que nos mata, que nos mata!„—gritaban las tres, recogiendo sus faldas para correr más fácilmente por la escalera arriba. Asomáronse las ~~monjas~~ al barandal del corredor que sobre el patio caía, y vieron aparecer á Mauricia, descalza, las melenas sueltas, la mirada ardiente y extraviada, y todas las apariencias, en fin, de una loca. La Superiora, que era mujer de genio fuerte, no se pudo contener, y desde arriba gritó: "~~Borracha~~... infame, si no te estás quieta, verás.„ ~~Apareció también en aquel instante Sor Facunda, que no sabía lo que pasaba al ver el horrible espectáculo que ofrecía la visionaria en medio del patio hecha una verdadera furia del infierno.~~

"Una pareja, una pareja de Orden Público —apuntaron varias voces de monjas.

—No... veréis... Si yo me basto y me sobro... —indicó la Superiora, haciendo alarde de ser mujer para el caso.—Lo que es conmigo no juega.

Púsose Mauricia de un salto en el rincón frontero al corredor donde las madres estaban, y desde allí las miró con insolencia, sacando y estirando la lengua, y haciendo muecas y gestos indecentísimos.

"¡~~Pu~~rras, ~~más que zorras~~—gritaba, é inclinándose con rápido movimiento, cogió del suelo piedras y pedazos de ladrillo, y empezó á dispararlas con tanto vigor como buena puntería. Las monjas y las recogidas, que al sentir el alboroto salieron en tropel á los corredores



del principal y del segundo piso, prorrumpieron en chillidos. Parecía que se venía el mundo abajo. ¡Dios mío qué bulla! Y la tarasca respondía á las exclamaciones de arriba con aullidos salvajes.

Unas se agachaban resguardándose tras el barandal de fábrica cuando venía la pedrada; otras asomaban la cabeza un momento y la volvían á esconder. Los proyectiles menudeaban, y con ellos las voces de aquella endemoniada mujer. Parecía una amazona. Tenía un pecho medio descubierto, el cuerpo del vestido hecho girones, y las melenas cortas le azotaban la cara en aquellos movimientos de hondero que hacía con el brazo derecho. Su catadura les parecía horrible á las monjas; pero estaba bella en rigor de verdad, y más arrogante, varonil y napoleónica que nunca.

Sor Marcela intentó bajar valerosa; pero á los tres peldaños cogió miedo, y viró para arriba.

"¡Verás tú si bajo, infame trasto!—era su muletilla; pero ello es que no bajaba.

Por una reja de la sacristía que daba al patio, asomó la cara del sacristán, y poco después la del capellán D. León Pintado. Dos monjas que estaban de turno en la portería se asomaron también por otra ventana baja; pero lo mismo fué verlas Mauricia que empezar también á mandarles piedras. Nada, que tuvieron que retirarse. Asustadas las infelices, quisieron pedir auxilio. En aquel momento llamaron á la puerta del convento y entró una señora de visita, que pasó al salón, y enterándose de lo que pasaba, se asomó también á la ventana baja. Era Guillermina Pacheco, que se horrorizó al ver la tragedia que allí se había armado.

"¡Pero tú!... ¡Mauricia!... ¿Cómo se entiende?... ¿Qué haces? ¿Estás loca?

La portera y la otra monja no la pudieron contener, y Guillermina salió al patio por la puerta que lo comunicaba con el vestíbulo.

"Guillermina—gritó Sor Natividad desde arriba,—no salgas... Cuidado... Mira que es una fiera... Ahí tienes, ahí tienes la alhaja que tú nos has traído... Retírate por Dios, mira que está loca y no repara. Hazme el favor de llamar á una pareja de Orden Público.

—¿Qué pareja ni pareja?—dijo Guillermina incomodadísima. —¡Mauricia, ~~por amor de Dios!~~..

Pero no había tenido tiempo de decirlo cuando una peladilla de arroyo le rozó la cara. Si le da de lleno la descalabra.

"¡Jesús!... Pero no, no es nada.

Y llevándose la mano á la parte dolorida, clamó. "¡Infame, á mí, á mí me has tirado!

Mauricia se reía con horrible descaro.

"A usted, sí, y á todo el ~~clero~~ beato—gritó con voz ronca... so tía indecente. Váyase pronto de aquí.

Las monjas horrorizadas elevaban las manos al Cielo; algunas lloraban. En esto, D. León Pintado había abierto con no poco trabajo la reja de la sacristía, y salió al patio, única manera de comunicarse con el convento desde la sacristía, y abalanzándose á Mauricia, le sujetó ambos brazos.

"Suéltame ~~[illegible]~~—rugió la visionaria... ¡Capellancitos á mí!

Pero Pintado tenía manos de hierro, aunque era de pocos ánimos, y una vez lanzado al heroismo no sólo sujetó á Mauricia, sino que le aplicó dos sonoras bofetadas. La escena era repugnante. Tras el capellán salió también ~~el sacristán~~, y mientras los dos arreglaban á la Dura, las monjas, viendo sojuzgado el enemigo, arriesgáronse á bajar, y acudieron á Guillermina, que con el pañuelo se restañaba la sangre de su leve herida. Con ~~la mayor~~ tranquilidad ~~del mundo~~, y más risueña que enojada, la fundadora dijo á sus amigas: "Cuidado que pasan unas cosas... Yo venía á que me diérais los ladrillos y el cascote que os sobran, y mirad qué pronto me he salido con la mía... Nada, ponerla ahora mismo en la calle, y que se vaya á los quintos infiernos, que es donde debe estar.

"Ahora mismo, D. León, no la maltrate usted—dijo la Superiora.

—¡~~[illegible]~~!...—bramaba Mauricia, que ya tenía pocas fuerzas; había caído al suelo.—¡Un sacerdote pegando á una... señora!

—Que le traigan su ropa—dijo Sor Nativi-

dad.—Pronto, pronto.—No queremos aquí diablos del infierno.

Mauricia ya no se defendía. Había perdido su salvaje fuerza; pero su semblante expresaba aún ferocidad y extravío mental.

Poco después se vió que desde el corredor alto tiraban un par de botas, luégo un mantón...

Bajarlo, hijas, bajarlo—dijo desde el patio Sor Natividad, mirando hacia arriba, y ya recobrada la serenidad con que daba siempre sus órdenes. Fortunata bajó apresurada un lío de ropa y recogió las botas y se lo dió todo á Mauricia, es decir, se lo puso delante. Toda la espantosa escena descrita había impresionado desagradablemente á [illegible], que sintió profunda compasión de su amiga. Si las monjas se lo hubieran permitido, quizás ella habría aplacado á la fiera.

"Toma tu ropa, tus botas—le dijo en voz baja, y en tono fraternal.—Pero, hija, cómo te has puesto!... ¿No conoces ya que has estado trastornada?

—Quítate de ahí, pendoncillo... Quítate ó te...

—Dejarla, dejarla—dijo la Superiora.—No decirla una palabra. A la calle, y hemos concluído.

Con gran dificultad se levantó Mauricia del suelo y recogió su ropa. Al ponerse en pié pareció recobrar parte de sus [illegible].

"Que se te queda este lío...

—Las botas, las botas.

[illegible] lo recogió todo. Ya salía sin decir nada, cuando Guillermina la miró severamente.

"¡Pero qué mujer ésta! Ni siquiera sabe salir con decencia.

Iba descalza, cogidas las botas por las tiras.

—Póngase usted las botas—le gritó la Superiora.

—No me da la gana, so tía judía...

—Paciencia, hija, paciencia... necesitamos mucha paciencia,—dijo Sor Natividad á sus compañeras, dando un gran suspiro.

Se le franquearon todas las puertas, abriéndolas de par en par y resguardándose tras las hojas de ellas, como se abren las puertas del toril para que salga la fiera á la plaza. La última

que cambió algunas palabras con ella fué Fortunata que la siguió hasta el vestíbulo, movida de lástima y amistad, y quiso arrancarle alguna declaración de arrepentimiento. Pero la otra estaba ciega y sorda; no se enteraba de nada, y dió á su amiga tal empujón, que si no se apoya en la pared cae redonda al suelo.

Salió triunfante, echando á una parte y otra miradas de arrogancia y desprecio. Cuando vió la calle, sus ojos se iluminaron con fulgores de alegría y gritó: ¡Ay, mi querida calle de mi alma! Extendió y cerró los brazos, cual si en ellos quisiera apretar fuertemente todo lo que veían sus ojos. Respiró después con fuerza, paróse mirando azorada á todos lados, como el toro cuando sale al redondel. Luégo, orientándose, tiró muy decidida por el paseo abajo. Era cosa de ver aquella mujerona descalza, un lío bajo el brazo, las botas colgando de una mano. Las pocas personas que por allí pasaban, miráronla con curiosidad. Al llegar junto á los almacenes de la Villa, pasó por junto á varios chicos, barrenderos, que estaban sentados en sus carretillas con las escobas en la mano. Tuviéronla ellos por persona de poco más ó menos y se echaron á reir delante de su propia cara napoleónica.

"Vaya, ¡qué buena *curda* te llevas!

Y ella se les puso delante en actitud arrogantísima, alzó el brazo que tenía libre y les dijo:

"¡Apóstoles del error!

Prorrumpiendo al mismo tiempo en estúpida risa, pasó de largo. A los barrenderos les hizo aquello mucha gracia, y poniéndose en marcha con las carretillas por delante y las escobas sobre ellas, siguieron detrás de Mauricia, como una escolta de burlesca artillería, haciendo un ruído de mil demonios y disparándole bala rasa de groserías y chuscadas.

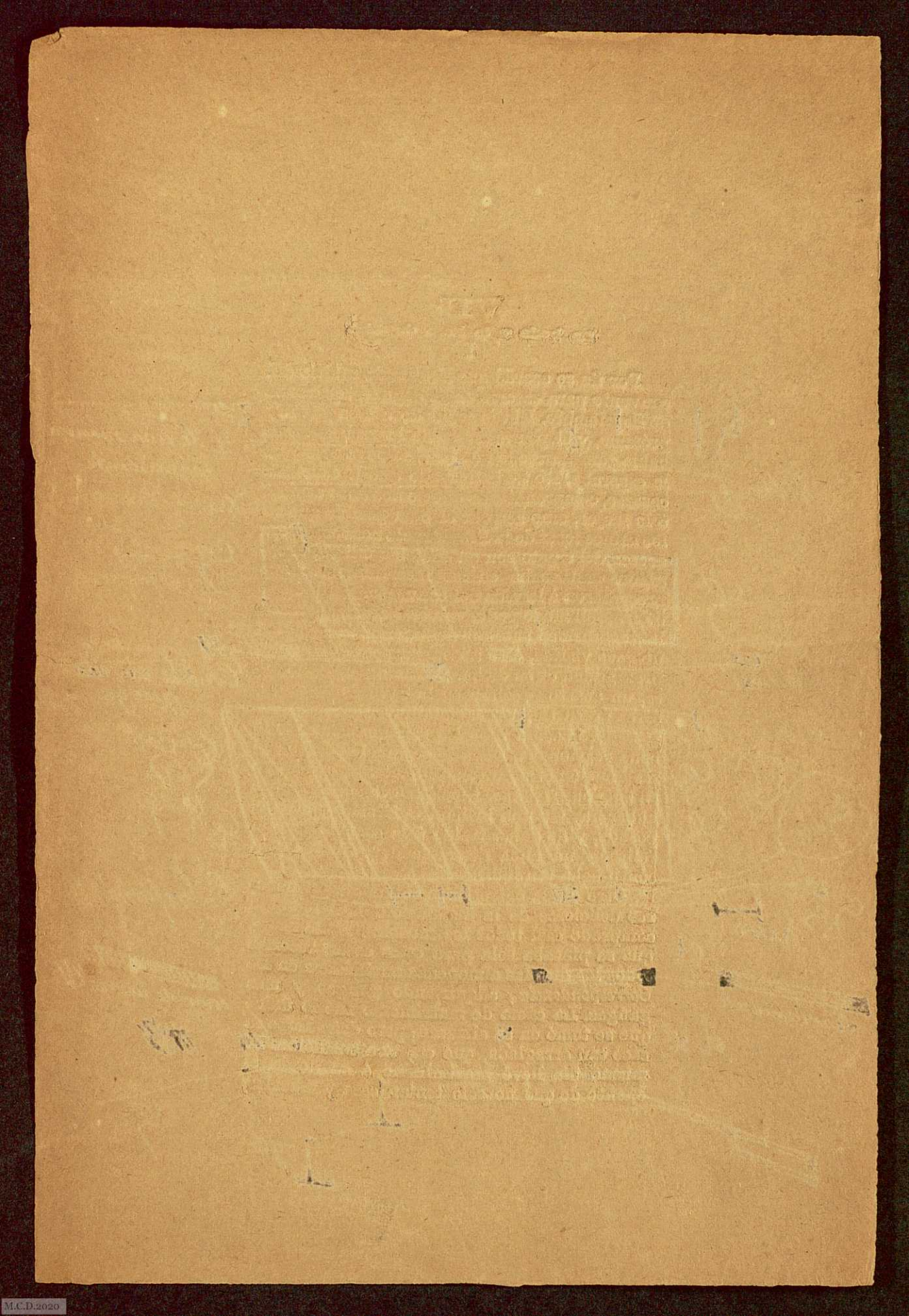
VII

La boda y la luna de miel

I

Por fin se acordó que Fortunata saldría del convento para casarse en la segunda quincena de Septiembre. El día señalado estaba ya muy próximo, y el pensamiento de la reclusa no se había familiarizado aún con la nueva vida que la esperaba. No tenía duda de que le convenía casarse, comprendiendo que no debemos aspirar á lo mejor, sino aceptar el bien posible que en los sabios lotes de la Providencia nos toca. Pero acerca del sujeto con quien debía unirse, el corazón continuaba en las incertidumbres que precedieron á la vida del convento. Verdad que de ningún modo podía volverse atrás, burlando la generosidad sublime del pobre chico. En las últimas visitas, [illegible] no hablaba más que de la proximidad de su dicha. [illegible] tenía tomada la casa, un cuarto precioso en la calle de Sagunto, cerca de su tía. Toda la familia habían ido enfrandose poco á poco las repugnancias que la boda ocasionaba. Doña Lupe, que la aceptó con resignación como un mal inevitable, estaba ya *en muy buen sentido*. Nicolás se vanagloriaba de haber ganado una brillante victoria contra el pecado, y de haber traído á la sociedad y á la religión un alma descarriada, y Juan Pablo continuaba tan indiferente como antes.

Otro [illegible] la entretenían [illegible] entendiéndole pormenores deliciosos de la instalación. Ya se habían comprado casi todos los muebles. Doña Lupe, que se pintaba sola para estas cosas, recorría todos los días las almonedas anunciadas en *La Correspondencia*, adquiriendo gangas y más gangas. La cama de matrimonio fué lo único que se tomó en [illegible] almacén; pero doña Lupe la sacó tan arreglada, que era [illegible] Un día llevó Maximiliano á su novia el cuento de que no sólo tenían casa y muebles,



sino también criada. Torquemada les [illegible] recomendó una que servía para todo, que guisaba muy bien, [illegible] mujer de edad mediana, formal, limpia y sentada. Bien podía decirse de ella que era también ganga como los muebles, porque el servicio estaba muy malo en Madrid, pero muy malo. Á-base Patricia, pero Torquemada, por abreviar, la llamaba *Patria*, pues era hombre tan económico que ahorraba hasta las letras, y era muy amigo de las abreviaturas por ahorrar saliva cuando hablaba y tinta cuando escribía.

Otra [illegible] le dió Maxi una hermosa sorpresa. Cuando Fortunata entró en el convento, las papeletas de las alhajas y ropas de lujo que estaban empeñadas quedaron en poder del joven, que hizo propósito de liberar aquellos objetos en cuanto tuviese medios para ello. Pues bien, aquel día anunció á su amada con indecible gozo que cuando entrara en la nueva casa, encontraría en ella las prendas de vestir y de adorno que la infeliz mujer había arrojado al mar el día de su naufragio. Por cierto que las alhajas le habían gustado mucho á doña Lupe por lo ricas y elegantes, y del abrigo de terciopelo dijo que reformado figuradamente sería una pieza espléndida. Esto le llevó naturalmente á hablar de la herencia. Ya había cogido su parte, y con un pico que recibió en [illegible] redimido las prendas empeñadas. Ya era propietario de inmuebles, y más valía esto que el dinero contante. Y á propósito de la herencia, también le contó que entre su hermano [illegible] y doña Lupe habían surgido ruidosas desavenencias. Juan Pablo [illegible] toda su parte y la empleó entera en pagar deudas que [illegible] y un descubierto que dejara en la administración carlista. No bastándole la herencia, había tenido el atrevimiento de pedir prestada una cantidad á doña Lupe, la cual se voló y le dijo tantas cosas! Total, que tuvieron una fuerte pelotera, y desde entonces no se hablaban tía y sobrino, y éste se había ido á vivir con una

30

querida ~~que tenía~~. "¡Y viva la moralidad! ¡Y lista me soy! Y luégo se viene con reparos. ~~¿Qué te parece mi hermanito?~~"

Hablaron otro día de la casa, que era preciosa, con vistas muy buenas. Como que del balcón del gabinete se alcanzaba á ver un poquito del Depósito de aguas; papeles nuevos, alcoba estucada, calle tranquila, poca vecindad. ~~No había más que~~ dos cuartos en cada piso, y sólo había principal y segundo. A tantas ventajas se unía la de estar todo muy á la mano: debajo carbonería, á cuatro pasos carnicería, y en la esquina próxima tienda de ultramarinos.

No podía ~~quedárseles en el tintero~~ el importante asunto de la carrera de ~~Maximiliano~~. A mediados de Septiembre se había examinado de la única clase que le faltaba para probar el último año, y lo más pronto que le fuera posible tomaría el grado. Desde luego entraría ~~á~~ practicar en la botica de Samaniego, el ~~gran amigo de su padre, Samaniego~~ estaba gravemente enfermo, y si se moría, ~~mejor para Maxi, porque~~ ~~[illegible]~~ viuda tendría que ~~poner~~ á ~~un~~ licenciado ~~al frente~~ de la farmacia. Maxi entraría seguramente de segundo, ~~y~~ con el tiempo llegaría á ser primero, y por fin amo del establecimiento. En fin, que todo iba bien, ~~que~~ el porvenir les sonreía. ~~Pedir más sería tomarle el pelo á la Divina Providencia.~~

Estas cosas daban á Fortunata ~~alegría~~ y esperanza, avivando los sentimientos de paz, orden y regularidad doméstica que habían nacido en ella. Con ayuda de la razón, estimulaba en su propia voluntad la dirección aquella, y se alegraba de tener casa, nombre y decoro. Esforzábase, y casi lo conseguía, en ver á Maxi mejorado en ~~sus~~ condiciones externas, y para esto procuraba ~~exagerar~~ sus prendas morales, pintándoselo como un santo, como un alma superior. La hermosura de alma de que le había hablado Nicolás, ¿llegaría á ser para ella ~~realidad sensible~~? ¿Por qué no?

~~algo mas que un terminacho?~~

Dos días antes de la salida, confesó con el padre Pintado; expurgación larga, repaso general de conciencia desde los tiempos más remotos. La preparación fué como la de un examen de grado, y el capellán tomó aquel caso con gran solicitud y atención. Allí donde la penitente no podía llegar con su sinceridad, llegaba el penitenciario con sus preguntas sugestionosas. Era perro viejo en aquel oficio y todo lo sabía. Como no tenía nada de gazmoño, la confesión concluyó por ser un diálogo de amigos. Dióle consejos sanos y prácticos, hízola ver con ejemplos ~~admirables~~, algunos del orden humorístico, la perdición que trae á la criatura el dejarse mover de los ~~sentidos~~, y le pintó las ventajas de una vida de continencia y modestia, dando de mano á la soberbia, al desorden y á los ~~vicios~~. Descendiendo de las alturas espirituales al terreno de la filosofía utilitaria, don León demostró á su penitente que el portarse bien es siempre ventajoso, que á la larga el mal, aunque venga acompañado de triunfos brillantes, acaba por ~~producir~~ á la criatura ~~amargos sabores~~, sin esperar á los de la otra vida, que son siempre infalibles. "Hágase usted la cuenta—le dijo también,—de que es otra persona, de que se ha muerto y resucitado en otro mundo. Si encuentra usted algún día por ahí á las personas que en aquella pasada vida la arrastraron á la perdición, figúrese que son fantasmas, sombras, y no las mire siquiera. Por fin, encomendóle la devoción de la Santísima Virgen, como un ejercicio del espíritu y una predisposición á las buenas acciones. Fortunata se quedó muy gozosa, y el día que hizo la comunión se observó con una tranquilidad que nunca había tenido.

La despedida de las monjas fué muy sentida. Fortunata se echó á llorar. Sus compañeras Belén y Felisa le dieron besos, regaláronle estampitas y medallas, asegurándole que rezarían por ella. Doña Manolita mostróse envidiosa y desconsolada. Ella también saldría, pues sólo estaba allí por una equivocación y ~~esta se declararía~~ pronto, y el ~~bruto~~ de su marido vendría á pedirle perdón y á sacarla de aquel encierro.

M.C.D.2020

Sor Marcelá, Sor Antonia, la Superiora y las demás madres mostráronse muy afables con ella, asegurando que era de las recogidas que les habían dado menos que hacer. Despidiéronla con sentimiento de verla salir; pero dándole parabienes por su boda y el buen fin que su reclusión había tenido.

En la sala la esperaban Maximiliano y doña Lupe, que la recogieron y se la llevaron en un coche de alquiler.

Sentía la señora de Jáuregui el goce inefable del escultor eminente á quien entregan un pedazo de cera y le dicen que modele lo mejor que sepa. Sus aptitudes educativas tenían ya [illegible] blanda en quien emplearse. De una salvaje [illegible] una señora [illegible] á su imagen y semejanza. Tenía que enseñarle todo, modales, lenguaje, conducta. Mientras más pobreza de educación revelaba la alumna, más gozaba la maestra con las perspectivas é ilusiones de su plan. [illegible] el trayecto en coche desde el convento á la casa, tuvo ocasión doña Lupe, con tanto regocijo en el alma como dignidad en el semblante, de empezar á aplicar sus enseñanzas. "No se dice — sino — Hija, hay que irse acostumbrando á hablar como Dios manda." Quería doña Lupe que Fortunata se acostumbrase á reconocerla por directora de sus acciones en lo moral y en lo social, [illegible] mostró desde los primeros momentos una severidad no exenta de tolerancia, como cumple á [illegible] que saben [illegible] su obligación.

Estaba convenido de antemano llevar á la novia á la casa del novio, cosa verdaderamente un poco irregular; pero como ella no tenía en Madrid parientes, al menos conocidos, la señora de Jáuregui no vió solución mejor al problema de alojamiento. La boda se verificaría el lunes 1.° de Octubre, dos días después de la salida del convento. Cuando iban en el coche, doña Lupe pensó que todo podría haberse arreglado disponiendo que Fortunata fuese del convento á la parroquia y de allí á su casa, ya casada; pero como no habían tenido la previsión de disponerlo así, no había que pensar ya en semejante cosa.

Destinósele una habitación contigua á la alcoba de doña Inés, y que le servía á ésta de guardarropa. Había allí tantos cachivaches y tanto trasto, que Fortunata apenas podía moverse; pero dos días se pasan de cualquier manera. Durante aquellos dos días, hallábase la joven muy cohibida delante de la que iba á ser su tía, porque ésta no bajaba del trípode ni cesaba en sus correcciones; y rara vez abría la boca Fortunata sin que la otra dejara de advertirle algo, ya referente á la pronunciación, ya á la manera de conducirse, mostrándose siempre autoritaria, aunque con estudiada suavidad, guardando las distancias. "En los conventos—decía,—se corrigen muchos defectos; pero también se adquieren modales encogidos. Suéltese usted y cuando salude á las visitas, hágalo con serenidad y sin atropellarse.

Estas cosas ponían á Fortunata de mal humor, y su encogimiento crecía. Molestaban extraordinariamente las visitas, que, según ella, sólo iban por curiosear. Doña Silvia no había podido resistir la curiosidad y se plantó en la casa el mismo día en que la novia salió del convento. Al otro día fué Paquita Morejón, esposa de D. Basilio Andrés de la Caña, y ambas parecieron á Fortunata impertinentes, fisgonas y vanas. Su finura especial afectada, como de personas ordinarias que se empeñan en no parecerlo. Pero aun así, Fortunata, estaba muy cohibida ante ellas y deseaba que se marchasen, no sabiendo contestar á sus preguntas, ni cómo corresponder á los saludos y ofrecimientos. Balbucía, se azaraba y no daba pié con bola.

"Vaya, hija—decía doña Lupe pedagógicamente,—que apenas le han oído á usted el metal de voz. Es preciso soltarse. Verdad que usted no tiene hábitos de sociedad.

Dijo esto con mucho énfasis. Fortunata consideraba que una vez que estuviera en su casa, se emanciparía de aquella tutela enojosa, sin chocar, por supuesto, porque además doña Lupe le parecía mujer de gran utilidad, que sabía mucho, y que aconsejaba algunas cosas muy puestas en razón.

Los visitantes daban á Fortunata la enhorabuena por su boda. En los ojos se les leía este pensamiento: "¡Vaya una ganga la de usted!" La señora de D. Basilio repitió la visita el segundo día. Iba vestida de pingajos de seda mal arreglados, queriendo aparentar. Hízose muy pegajosa; quería intimar y elogiaba la hermosura de la novia, como un medio indirecto de expresar las deficiencias de la misma en otro orden.

Otra visita honorable fué la de Juan Pablo, á quien llevó su hermano. Doña Lupe y el mayor de los Rubines no se hablaban después de la marimorena que tuvieron cuando repartieron la herencia. Dió Juan Pablo á su dinero el destino que creyó conveniente, quedándose sin una triste peseta que entregar á doña Lupe para que la uniese á sus negocios; y como doña Lupe creía que todo dinero que á ella no se le entregase era dinero tirado á la calle, se puso echa un veneno, sobre todo al ver que Juan Pablo, después de no darle nada, todavía tenía el atrevimiento de pedirle. Cierto que Rubín había pagado sus deudas; pero doña Lupe no lo creía ó afectaba no creerlo.

Con gran sorpresa de [illegible], Juan Pablo estuvo afectuoso con ella. Diríase que intentaba hacer rabiar á su tía, concediendo su benevolencia á la persona de quien aquella había dicho tantas perrerías. Durante la visita, que no fué breve, sentóse Fortunata en el borde de una silla, como una paleta, atontada como siempre, y no sabiendo qué decir para sostener la conversación con un hombre que se expresaba tan bien. Al despedirse, dióle Juan Pablo un fuerte apretón de manos, diciéndole que asistiría á la boda.

Luégo fueron tía y sobrina á ver la casa matrimonial. Doña Lupe le mostró uno por uno

los muebles, haciéndole notar lo buenos que eran, y que su colocación, dispuesta por ella, no podía ser más acertada. El juicio que había que hacer sobre cada parte de la casa, y sobre los trastos y sobre la [redacted]ción, dábalo ya por anticipado y completo doña Lupe, de modo que la otra no tuviese que decir más que "sí... verdad..."

De vuelta, ya avanzada la tarde, á la calle de Raimundo Lulio, se ocuparon en disponer varias cosas para el día siguiente. Maximiliano había salido á invitar á algunos amigos, y doña Lupe salió también diciendo que volvería antes de anochecido. Quedóse sola Fortunata y se puso á hacer en su vestido de gro negro, que se había de poner para la ceremonia, ciertos arreglos de escasa importancia. No tenía más compañía que la de Papitos, que se salía de la jurisdicción de la cocina para ponerse al lado de la señorita, cuya hermosura admiraba tanto. El peinado de Fortunata la arrebataba, y habría dado ella un dedo de la mano por poder imitarlo. Sentóse á su lado y no se hartaba de contemplarla, llenándose de regocijo cuando la otra solicitaba su ayuda, aunque sólo fuera para la cosa más insignificante. En esto llamaron á la puerta; corrió á abrir la [redacted], y Fortunata no supo lo que le pasaba cuando vió entrar en la sala á Mauricia la Dura.

II

El sentimiento que le inspiraba aquella mujer en el convento; la misteriosa mescolanza de terror y atracción, produjose en aquel instante en su alma con mayor fuerza. Mauricia le [redacted] miedo, y al propio tiempo una simpatía irresistible [redacted], como un agente de sugestión que le infundía la idea de cosas reprobables y al mismo tiempo gratas á su corazón. Miró á Mauricia sin hablarle, y ésta se le acercó sonriendo, como si quisiera decir: "lo que menos esperabas tú era verme aquí ahora...

—¿De veras eres tú...?

Y observó que Mauricia traía unos zapatos muy bonitos de cuero amarillo, atados con cordones azules terminados en madroños.

—¡Y qué bien calzada!... dijo Fortunata.

—¿Qué te creías tú?

Después le miró la cara. Estaba muy pálida; los ojos parecían más grandes y acechadores, fulminando en sus profundos huecos vio-

lados, bajo la ceja recta y negra. La nariz parecía de marfil, la boca más acentuada y los dos ~~arrugas~~ pliegues que la limitaban más enérgicos. Todo el semblante revelaba melancolía y profundidad de pensamiento, al menos así lo consideraba Fortunata sin poder expresar por qué. Traía Mauricia un mantón nuevo y á la cabeza un pañuelo de seda, de fajas azul turquí y rojo vivo, delantal de cuadritos y falda de ~~tafetán~~, y en la mano un bulto atado con un pañuelo por las cuatro puntas.

"¿No está doña Lupe?—dijo sentándose sin ninguna ceremonia.

—Ya le he dicho que no—replicó Papitos con mal modo.

—No te he preguntado á tí, respondona, entrometida. Lárgate á la cocina, y déjanos en paz.

Papitos se fué refunfuñando.

—¿Qué traes por aquí?—le preguntó Fortunata, que desde que la vió entrar, sentía palpitaciones muy fuertes.

—Pues nada... Estoy otra vez corriendo prendas, y aquí traigo unos mantones para que los vea esa tía pastelera...

—¡Qué manera de hablar! Corrígete mujer... Y te has olvidado ya de lo que hiciste en el convento ¡Vaya un escándalo! Lo sentí mucho por tí.

Aquel día me puse mala.

—Chica, no me hables... Vaya, que me trastorné aquel día. Pero una tentación cualquiera la tiene. ¿Y qué? dije muchas barbaridades. Yo no me acuerdo. No estaba en mí, no sabía lo que hacía. Sólo me acuerdo de que quise entrar en la iglesia y coger al Santísimo Sacramento. ¿Pero ves, ves? ¡Qué cosas se le ocurren á una cuando se sube el mengue á la cabeza! Créemelo, porque yo te lo digo: cuando se me serenó el sentido, estaba abochornada... El único á quien guardaba rencor era el capellán. Me lo hubiera comido á bocados. Pero á las señoras no. Me daban ganas de ir á pedirles perdón; pero por [illegible] de la *dinidad*. Lo que más me escocía era haberle tirado un ladrillazo á doña Guillermina. Esto sí que no me lo paso, no me lo paso... Y le he cogido tal miedo, que cuando la veo venir por la calle, se me sube toda la color á la cara, y me voy por otro lado para que no me vea. A mi hermana le ha dicho que me perdona, ¿ves? y que todavía cuenta hacer algo por mí.

—Es que eres atroz...—le dijo Fortunata.—Si no te quitas ese vicio, vas á parar en mal.

—Quita, mujer, y no me digas nada... Pues si desde que salí de las Micaelas, no he vuelto á catarlo... Hoy ahora [illegible] otra. No quiero vivir con mi hermana, porque Juan Antonio y yo no casamos bien; pero á [illegible] no me gana nadie ahora. Créetelo, porque yo te lo digo. No lo vuelvo á catar. Y si no, tú lo has de ver... Y pasando á otra cosa, ya sé que te casas mañana.

—¿Por dónde lo has sabido?—preguntó Fortunata con vivo interés.

—Eso, acá yo... Todo se sabe—replicó la Dura con malicia.—Vaya, que te ha caído la lotería. Yo me alegro, porque te [illegible] desear...

En esto Mauricia se inclinó bruscamente y recogió del suelo un objeto pequeño. Era un botón.

"Buen agüero, mira—dijo Mauricia mostrándolo á Fortunata.—Señal de que vas á ser dichosa.

—[illegible]

—¡Toma! ¿no sabes? Qué tonta eres. Cuando una se encuentra un botón, quiere decirse que á una le va á pasar algo. Si el botón es como éste, blanco y con cuatro *ojeritos*, buena señal; pero si es negro y con tres, mala.

—Eso es un disparate.

—Chica, es el Evangelio. Lo he probado [illegible] veces. Ahora vas á estar en grande. ¿Sabes una cosa?

Dijo esto último con tal intención, que Fortunata, cuya ansiedad crecia sin saber por qué, vió tras el *sabes una cosa* una confidencia de extraordinaria gravedad.

—¿Qué?

—Que te quemas.

—¿Cómo que me quemo?

—Nada, mujer, que te quemas, que le tienes muy cerca. Te gustan las cosas claras, ¿verdad? Pues allá va. Volvió de Valencia muy bueno y muy enamoradito de ti. Lo que yo te decía, chica, lo mismo fué enterarse de que estabas en las Micaelas haciéndote la católica, que se le encendió el celo, y todas las tardes pasaba por allí en su coche. Los hombres son así, lo que tienen lo desprecian, y lo que ven guardado con llaves y candados, eso, eso es lo que se les antoja.

—Quita, quita...—dijo Fortunata, queriendo aparecer serena.—No me vengas con cuentos.

—Tú lo has de ver.

—¿Cómo que lo he de ver? Vaya, que tienes unas cosas...

Mauricia se echó á reir con aquel desparpajo que á Fortunata le parecia el humorismo de un hermoso y tentador demonio. En medio de [illegible] infernal risa, brotaba esta frase que [illegible] á Fortunata los pelos de punta: "¿Te lo digo?... ¿Te lo digo?

—¿Pero qué?

Se miraron ambas. Dentro de los cóncavos y amoratados huecos de los ojos, acechaban las pupilas de Mauricia con ferocidad de pájaro cazador.

"¿Te lo digo?... Pues el tal [illegible]. Vaya, que es listo y ejecutivo. Te ha armado una trampa, en la cual vas á caer... Como que ya has metido la patita dentro.

—¿Yo...?

—Sí... tú. Pues ha alquilado el cuarto de la izquierda de la casa en que vas á vivir; el tuyo es el de la derecha.

—¡Bah!... no digas desatinos—[illegible] Fortunata, queriendo echárselas de valiente.

Deslizóse de sus rodillas al suelo la falda de [illegible] negro que estaba arreglando.

"Como lo oyes, chica... Allí lo tienes. Desde que entres en tu casa, le sentirás la respiración.

—Quita, quita... no quiero oirle.

—Si sabré yo lo que me digo. Para que te enteres: hace media hora que he estado hablando con él en casa de una amiga. Si no caes en la trampa, creo que el pobrecito ~~se muere~~... tan ~~chiflado~~ está por tí.

—El cuarto de al lado... ~~á~~ á la izquierda, cuando entramos... De modo que... No me vuelvas loca...

—Lo ha tomado por cuenta de él una que llaman Cirila... Tú no la conoces; yo sí: ha sido también corredora de alhajas y tuvo casa de huéspedes. Está casada con uno que fué de ~~don Pública~~, y ahora tu señor me le ~~ha~~ colocó en ~~la ministración de la Ministencia~~.

Fortunata sintió que se congestionaba. Su cabeza ardía.

"Vaya, todo eso es cuento... ¿Piensas que me voy á creer esas ~~papas~~?... Como no se acuerde él de mí... ni falta.

—Tú lo has de ver. ¡Ay qué chico! Da pena verle... loquito por tí... y arrepentido de la partida serrana que te jugó. Si la pudiera reparar, la repararía... Créetelo porque yo te lo digo.

~~Pues yo~~...

En esto entró Papitos con pretexto de preguntar una cosa á la señorita, pero realmente con el único objeto de curiosear. Lo mismo fué verla Mauricia que echarle los tiempos del modo más ~~insolente~~.

"Mira, chiquilla, si no ~~te callas~~, verás.

La amenazó con un movimiento de brazo, precursor de una gran bofetada; pero ~~Papitos~~ se le rebeló, ~~diciendo~~: "No me da la gana... ¿Y á usted qué?... ¡Mía esta!...„ Fortunata le dijo: "Papitos, vete á la cocina,„ y obedeció la rapaza, aunque de muy mala gana.

"Pues yo...—dijo Fortunata acabando el concepto,—si es verdad, le diré á mi marido que tome otra casa.

—Tendrías que decirle el motivo.

—Se lo diré... vaya.

—Bonita escandalera armarías... Nada, hija, que la trampa te la ponen donde quiera que vayas, y ¡pum!... ídem de lienzo.

—Pues ea... no me casaré—dijo la novia en el colmo ya de la confusión.

—¡Quiá! Por tonta que te quieras hacer, no llegarás á eso... ¿Crees que esas brevas caen todos los días? Que se te quite eso de la cabeza... Casadita, puedes hacer lo que quieras guardando la *comenencia*. La mujer soltera es una esclava; no puede ni menearse. La que tiene un espantajo de marido, tiene bula para todo.

Fortunata callaba, mirando vagamente al suelo, con la barba apoyada en la mano.

"¿Qué miras?—dijo la otra inclinándose.—¡Ah! otro botón... y este es negro, con tres *ujeros*... Mala señal, chica. Esto quiere decir que si no te casas, mereces que te azoten.

Recogiendo el botón, lo miraba de cerca. Anochecía, y la sala se iba quedando á oscuras. Poco después Fortunata veía sólo el bulto de su amiga y el brillo de sus ojos. Empezaba á cogerle miedo; pero no deseaba que se marchase, sino que hablara más y más del mismo peligroso asunto.

"Te digo que no me caso—repitió Fortunata, sintiendo que se renovaba en su alma el horror al matrimonio con el chico de Rubín. Y las ideas tan trabajosamente construídas en las Micaelas, se desquiciaron de repente. Aquel altarito levantado á fuerza de meditaciones y de gimnasias de la razón, se resquebrajaba horrible como si le temblara el suelo.

"El cuarto de la izquierda... de modo que... Eso es estar vendida... Una puerta aquí, otra allí...

—Lo que te digo, una patita en la trampa; sólo te falta meter la otra.

Y rompió á reir otra vez con aquella franqueza insolente que á Fortunata le agradaba, cosa extraña, despertando en su alma instintos de dulce perversidad.

"Nada, yo no me caso, que no me caso, ¡ea! —dijo la novia levantándose y dando pasos de aquí para allí, cual si moviéndose quisiera ~~hurtarse~~ la energía que le faltaba.

—Como lo vuelvas á decir —añadió Mauricia haciendo un gesto de ~~cómica~~ amenaza.— ¿Piensas que un ~~primo~~ como éste se encuentra detrás de cada esquina? Nada, chica, á casarse tocan. En ese espejo quisieran verse otras. Y para acabar, chica, cásate, y haz por no caer en la trampa. Vaya, ponte á ser honrada, que de menos nos hizo Dios ~~Mira lo que vas á hacer~~.

Fortunata se detuvo ante su amiga, y ésta la obligó á sentarse otra vez á su lado.

"Nada, te casas... porque casarte es tu salvación. Si no, vas á andar de mano en mano hasta la *consunción* de los siglos. Tu no seas boba; si quieres ser honrada, *serlo*, hija. ~~Mira lo que vas á hacer~~ sino que te pondrán un puñal al pecho para que peques.

—Pues nada—dijo Fortunata animándose, —¿qué me importa á mí la trampa? Como yo no quiera caer...

—Claro... El otro ahí junto... Pues que le parta un rayo. ¿A tí qué? Tú dí "soy honrada,, y de ahí no te saca nadie. A los pocos días le dices á tu ~~esposo~~ que la casa no te gusta, y tomais otra.

—Dí que sí... tomamos otra, y se acabó la trampa—observó Fortunata tomando en serio los consejos de su amiga.

—Verdad que él no se acobardará, y á donde vayas, él detrás. ~~Si te digo~~ que está loco. Y te ~~mata~~. La criada que tienes, esa Patricia que le recomendó á doña Lupe el señor de Torquemada, está vendida.

—¡Vendida!... ¡Ah!... —exclamó Fortunata con nuevo terror.— ~~Y~~ por qué esa mujer

M.C.D.2020

no me gustó cuando la ví esta mañana. Es muy adulona, muy relamida, y tiene todo el aire de una ~~grandísima alcahueta~~... Pues nada, le diré á mi marido que no me gusta, y mañana mismo la planto en la calle.

—Eso... y ~~naturalmente~~. Tú mira bien lo que te digo: si quieres ser honrada, *serlo;* pero dejarte de casar, que no se te pase por la cabeza, hija de mi alma.

Fortunata parecía recobrar la calma con esta exhortación de su amiga, expresada de una manera cariñosa y fraternal.

"Otra cosa se me ocurre—dijo luégo con la alegría del náufrago que ve flotar una tabla cerca de sí.—Le diré á mi marido que estoy mala y que me lleve á vivir al pueblo ese donde ha cogido la herencia.

—¡Pueblo!... ¿Y qué vas á hacer tú en un pueblo?—dijo Mauricia con expresión de desconsuelo, como una madre que se ocupa del porvenir de su hija.—Mira tú, y créelo porque yo te lo digo: más difícil es ser honrada en un pueblo chico que en estas ciudades grandes donde hay mucho personal, porque en los pueblos se aburre una; y como no hay más que dos ó tres personas finas y siempre las estás viendo, acabas por encapricharte con alguna de ellas. Yo conozco bien lo que son los pueblos de corto personal. Resulta que el alcalde, y si no el alcalde el médico, y si no el juez, si lo hay, te hacen tilín, y no quiero decir nada. En último caso, tanto te aburres, que caes con el señor cura...

—Quita, quita, ¡qué asco!

—Nada, hija, no pienses en salir de Madrid —~~dijo Mauricia~~ agregó la tabernera cogiéndola por los brazos y atrayéndola á sí y sentándola sobre sus rodillas.—Hija de mi alma, ¿á quién quiero yo? A tí nada más. Lo que yo te diga es por tu bien. Déjate llevar; cásate, y si hay trampa, que la haya. Lo que debe pasar, pasa... Deja correr y haz caso de mí, que te he tomado cariño y soy mismamente como tu madre.

Fortunata iba á responder algo; pero la campanilla anunció que se aproximaba doña Lupe.

Cuando ésta penetraba en la casa, ya sabía por Papitos que estaba allí Mauricia.

"¿En dónde está esa loca?—entró diciendo.—¡Pero qué oscuridad! No veo gota. Mauricia...

—Aquí estoy, mi señora doña Lupe. Ya nos podían traer una luz.

Fortunata fué por la luz, y en tanto doña Lupe dijo á su corredora.

"¿Qué traes por ahí? ¡Cuánto tiempo! ¿Y qué tal? ¿Te has enmendado? Porque el padre Pintado le contó á Nicolás horrores de tí...

—No haga caso, señora. D. León es muy fabulista y boquea más de la cuenta. Fué un pronto que tuve.

—¡Un pronto!... ¿Y qué traes ahí?

Fortunata entró con la lámpara encendida, y empezó á mostrar mantones de Manila, un tapiz japonés, una colcha de malla y...

"Mire, mire qué primores. Este pañolón es de la señá marquesa de Tellería. Lo da por un pedazo de pan. Anímese señora, para que haga un regalo á su sobrina, el día de mañana, que así sea el principio de todas las felicidades.

—¡Quita allá!... ni para qué quiere esta mantones. ¡Buenos están los tiempos! ¿Y qué precio?... ¡Cincuenta duros! Ajajá... ¡qué gracia! Los tengo yo del propio Senquá, mucho más floreados que ese y los doy á veinticinco.

—Quisiera verlo... ¿Sabe lo que le digo? Que me caiga ahora muerta aquí mismo, si no es verdad que me han ofrecido treinta y ocho y no lo he querido dar... Mire, por estas cruces.

Y haciendo la cruz con dos dedos, se la besó.

"¡A buena parte vienes!... Si estoy yo de mantones...

—Pero no serán como este.

—Mejores, cién veces mejores... Pero me alegro de que hayas venido. Te voy á dar un aderezo para que lo corras.

Y siguieron picoteando de este modo hasta que entró Maximiliano, y doña Lupe mandó sacar la sopa. El novio, enterándose de que había visita en la sala, acercóse despacito á la puerta para ver quién era. "Es Mauricia—le dijo Fortunata saliendo á su encuentro.

Ambos se fueron al comedor, esperando allí á que su tia despachase á la corredora. Cuando esta se fué no quiso Fortunata salir á despedirla, por temor de que dijese algo que la pudiese comprometer.

III

Maximiliano habló á su futura de las invitaciones que había hecho, y ella le oía como quien oye llover; mas no reparó el joven en esta distración por lo muy exaltado que estaba. Como era tan idealista, quería hacer el papel de novio con todas las reglas recomendadas por el uso, y aunque se vió solo en el comedor con su amada, trató con aquellos miramientos que impone el pudor más exquisito. No se decidía ni á besarla, gozando con la idea de poderlo hacer á sus anchas después de recibidas las bendiciones de la Iglesia, y aun de hacerle otras caricias con la falsa ilusión de no habérselas hecho antes. Mientras comían, Fortunata se sintió anegada en tristeza, que le costaba trabajo disimular. ~~Su futuro se le hizo más antipático que nunca~~, inspirándole el próximo estado tanto temor y repugnancia, que le pasó por el pensamiento la idea de escaparse de la casa, y se dijo: "No me llevan á la Iglesia ni atada."

Doña Lupe, que gustaba tanto de hacer papeles y de poner en todas las ~~cosas~~ la corrección social, no quería que los novios se quedasen solos ni un momento. Había que emplear una ficción moral como tributo á la moral misma, y en prueba de la importancia que debemos dar á la forma en todas nuestras acciones.

Fortunata estuvo muy desvelada aquella noche. Lloraba á ratos como una Magdalena, y ~~después rabas~~ á recordar cuanto le dijo el padre Pintado, y el remedio de la devoción á la Santísima Virgen. Durmióse al fin rezando, y soñó que la Virgen la casaba, no con Maxi, sino con su verdadero hombre, con el que era suyo á pesar de los pesares. Despertó sobresaltada, diciendo: "Esto no es lo convenido." En el delirio de su ~~inseguro~~ insomnio, pensó que D. León le había engañado y que la Virgen se pasaba al enemigo. "Pues para esto no se necesitaba tanto Padre Nuestro y tanta Ave María...," Por la mañana reíase de aquellos disparates, y sus ideas fueron más reposadas. Vió claramente que era locura no seguir el camino por donde la llevaban, que era sin duda el mejor. Sería honrada á todo trance. Ya defendería de todas las trampas que se quisieran armar.

Doña Lupe dejó las ociosas plumas á las cinco de la mañana cuando aún no era de día, y arrancó de la cama á Papitos, tirándole de una oreja y la mandó encender la lumbre. Flojita tarea la de aquel día; un almuerzo para doce personas. Llamó á Fortunata para que se fuera arreglando, y acordaron dejar dormir á Maxi hasta la hora precisa, porque los madrugones le sentaban muy mal. Dió la señora sus disposiciones á Fortunata para que empezara á trabajar en la cocina y se fué á la compra con Papitos, llevando el cesto más grande que en la casa había.

Lo que doña Lupe llamaba el *menudo* era excelente: riñones salteados, sesos, merluza, pajeles si los había, chuletas fritas con picadillo dentro de papeles. Esto corría de cuenta de doña Lupe, y Fortunata se comprometió á hacer una paella. A las ocho ya estaba doña Lupe de vuelta, y parecía una pólvora; tal era su actividad. Como que á las diez debían ir á la Iglesia. Pero no, no iría, porque si iba, de fijo hacía Papitos algún desaguisado. La suerte fué que vino Patricia, y entonces se decidió la señora á asistir á la ceremonia.

Púsose la novia su vestido de seda negro, y doña Lupe se empeñó en plantarle un ramo de azahar en el pecho. Hubo disputa sobre esto... que sí, que no. Pero la señora de D. Basilio había traído el ramo y no se la podía desairar. Como que era el mismo ramo que ella se había puesto el día de su boda. Fortunata estaba hermosísima y Papitos buscaba mil pretextos para ir al gabinete y admirarla aunque sólo fuera un instante. "Esta sí que no tiene algodón en la delantera—pensaba.

Doña Lupe se puso su *visita* adornada con avalorio, y doña Silvia se presentó con pañuelo de Manila, lo que no agradó mucho á doña Lupe, porque parecía boda de pueblo. Torquemada fué muy majo; llevaba el hongo nuevo, el cuello de la camisa sucio, corbata negra algo deshilachada y en ella un alfiler con magnífica perla que había sido de la marquesa de Casa-Bojío. El bastón de roten y las enormes rodilleras de los calzones le acababan de caracterizar. Era hombre muy humorístico y tenía una baraja de chistes referentes al tiempo. Cuando diluviaba, entraba diciendo: "Hace un polvo atroz." Aquel día hacía mucho calor y sequedad, motivo sobrado para que mi hombre se luciera diciendo: "¡Vaya una nevada que está cayendo!" Estas gracias sólo las reían doña Silvia y doña Lupe.

Maxi llevaba levita nueva y la chistera que aquel día se puso por primera vez. Extrañaba mucho aquel desusado armatoste, y cuando se lo veía en la sombra, parecíale de tres ó cuatro varas de alto. Dentro de casa, creía que tocaba con su sombrero al techo. Pero en orden de chisteras, la más notable era la de D. Basilio Andrés de la Caña, que lo menos era de catorce modas atrasadas, y databa del tiempo en que Bravo Murillo le hizo Ordenador de Pagos. Las botas miraban con envidia al sombrero por el lustre que tenía. Nicolás Rubín presentóse desaliñado como siempre, sintiendo no haber podido traer á León [illegible]. *Ulmus Silvestris*, *Quercus gigantea*, y *Pseudo Narcissus odoriferus*, condiscípulos de *Rubinius vulgaris*, presentáronse muy guapetones, de levitín, y alguno de ellos con guantes acabados de comprar, y rodearon á la novia, y la felicitaron, y aun le dieron bromas, viéndose ella apuradísima para contestarles. Por fin, doña Lupe dió la voz de mando, y á la iglesia todo el mundo.

Fortunata tenía la boca extraordinariamente amarga, cual si estuviera mascando hojas de cicuta. Al entrar en la parroquia sintió un horrible miedo. Creyó que su enemigo estaba escondido tras un pilar. Si sentía pasos, creía que eran los de él. La ceremonia verificóse en la sacristía, y duró poco tiempo. Impresionaron mucho los símbolos del Sacramento, y por poco se cae redonda al suelo. Y al propio tiempo sentía en sí una [illegible] nueva, el choque de la dignidad que entraba. La idea del señorío enderezó su espíritu que estaba como una columna inclinada y próxima á perder el equilibrio. ¡Casada! ¡honrada, ó en disposición de serlo! Se reconocía otra. Estas ideas, que quizás [illegible] procedían de un fenómeno espasmódico, la confortaron; pero al salir volvió á sentirse acometida del miedo. Si por acaso el enemigo se le aparecía... Porque Mauricia le había dicho que rondaba, que rondaba, que rondaba... ¡Aquí de la Virgen! Pero ¡qué cosas! ¡Si María Santísima protegía ahora al otro! Esta idea extravagante no la podía echar de sí. ¿Cómo era posible que la Virgen protegiera el pecado? ¡Tremendo disparate! Pero disparate y todo, no había medio de destruirlo.

De regreso á la casa, doña Lupe no cabía en

su pellejo; de tal modo se crecía y se multiplicaba atendiendo á tantas y tan diferentes cosas. Para todo bastaba su grande actividad; ya recomendaba en voz baja á Fortunata que no estuviese tan displicente con doña Silvia; ya corría al comedor á disponer la mesa; ya [illegible] con Papitos y con Patricia, y parecía que á la vez estaba en la cocina, y en la sala, y en la despensa y en los pasillos. Creeríase que había en la casa tres ó cuatro doñas Lupes funcionando á un tiempo. Su mente se acaloraba con fuerza ante la temerosa contingencia de que el almuerzo saliera mal. Pero si salía bien, ¡qué triunfo! El corazón le latía con fuerza, comunicando calor y fiebre á toda su persona, y hasta la pelota de algodón parecía recibir también su parte de vida, palpitando y permitiéndose doler. Por fin, todo estuvo á punto y los convidados entraron en el comedor. Juan Pablo, que había ido á la iglesia, pero que se había unido á la comitiva al volver de ella, buscaba un pretexto para retirarse. Entró en el comedor cuando sonaba el pataleo de las sillas en que se iban acomodando los comensales, y contó... "Me voy—dijo,—para no hacer trece." Algunos protestaron de esta superstición, y otros la aplaudieron. A D. Basilio le parecía esto incompatible con las luces del siglo, y lo mismo creía doña Lupe; pero se guardó muy bien de detener á su sobrino por la ojeriza que le tenía, y Juan Pablo se fué, quedando en la mesa la cifra de comensales en la tranquilizadora cifra de doce.

Durante el almuerzo, que fué largo y fastidioso, Fortunata siguió cohibida, sin atreverse á hablar, haciéndolo con mucha torpeza cuando no tenía más remedio. Tantas personas de cumplimiento la imponían respeto. Temía no comer con bastante finura y revelar demasiado su educación. El temor de parecer ordinaria era causa de que las palabras se detuvieran en sus labios en el momento de ser pronunciadas. Doña Lupe, que la tenía al lado, estaba al [illegible] de lo que hacía, para corregirla si fuera menester, y en los más de los casos respondía por ella, si algo se le presentaba, ó le soplaba con disimulo lo que había de decir.

A un tiempo notaron Fortunata y doña Lupe que Maximiliano no se sentía bien. El pobrecito quería engañarse á sí mismo, haciéndose el valiente; mas al fin se entregó. "Tú tie-

nes jaqueca—le dijo [illegible]. „Sí que la tengo,—replicó él con desaliento, llevándose la mano á los ojos, pero quería olvidarla á ver si no haciéndole caso, se pasaba. Pero es inútil. No me escapo ya. Parece que se me abre la cabeza. Ya se ve, la agitación de ayer, la mala noche, porque á las tres de la mañana desperté creyendo que era la hora, y no volví á dormir más.".

"Es sabido—dijo uno de los comensales—cuando se sale [illegible] del régimen habitual, jaqueca al canto.

Hubo en la mesa un coro compasivo. Todos dirigían al pobre jaquecoso miradas de lástima y algunos le proponían remedios extravagantes.

"Es mal de familia—observó Nicolás,—y con nada se quita. Las mías han sido tan tremendas, que el día que me tocaba, no podía menos que compararme á San Pedro Martir, con el hacha clavada en la cabeza. Pero de algún tiempo á esta parte se me alivian con jamón.

—¿Cómo es eso?... ¿aplicándose una tajada á la cabeza?

—No, hija... comiéndolo...

—¡Ah! uso interno...

—Vale más que te retires—dijo Fortunata á su marido, cuyos sufrimientos crecían por instantes.

49

Doña Lupe fué de la misma opinión, y Maximiliano pidió permiso para retirarse, siéndole concedido con otro coro de lamentaciones. El almuerzo tocaba ya á su fin. Fortunata se levantó para acompañar á su marido, y no hay que decir que, sintiendo el motivo, se alegraba de abandonar la mesa, por verse libre de la etiqueta y de aquel suplicio de las miradas de tanta gente. Maxi se echó en su cama; su mujer le arropó bien y cerrando las maderas, fué á la cocina á hacer un té. Allí se tropezó con doña Lupe, que le dijo:

"Primero es el café. Ya lo están esperando. Ayúdame, y luégo harás el té para tu marido. Lo que él necesita es descanso.

La sobremesa fué larga. Pegaron la hebra D. Basilio y Nicolás sobre el carlismo, la guerra y su solución probable, y se armó una gran tremolina, porque intervinieron los farmacéuticos que eran atrozmente liberales, y por poco se tiran los platos á la cabeza. Torquemada procuraba pacificar, y entre unos y otros molestaban mucho al enfermo con ~~el ruido~~ que hacían. Por fin, á eso de las cuatro fueron desfilando, teniendo ~~Fortunata~~ que oir los plácemes empalagosos que le dirigían, ~~mezclados~~ con bromas de mal gusto, y contestar á todo como Dios le daba á entender. ~~Toda~~ la tarde ~~la pasó~~ Maxi muy mal; le dieron vómitos y se vió acometido de aquel hormigueo epiléptico que era lo que más le molestaba. Al anochecer se empeñó en que se había de ir á la nueva casa, y su mujer y ~~la~~ tía no podían quitárselo de la cabeza.

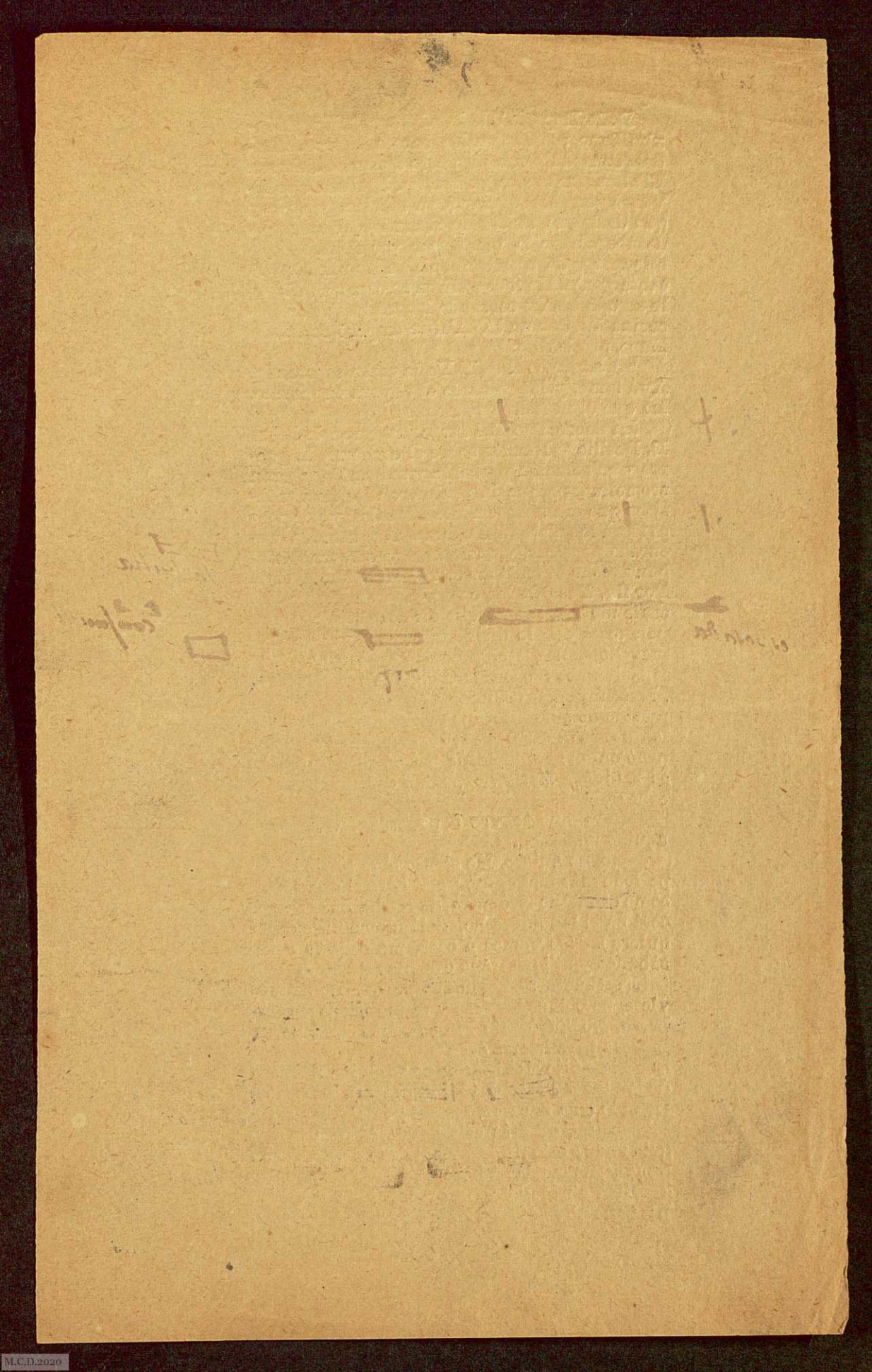
"Mira que te vas á poner peor. Duerme aquí, y mañana...

—No, no quiero. Me siento algo aliviado. El período más malo pasó ya. Ahora el dolor está como ~~atontado~~ y dentro de media hora aparecerá en el lado derecho, dejándome libre el izquierdo. Nos vamos á casa, me acuesto entre sábanas y allí pasaré lo que me resta.

Fortunata ~~se obstinaba~~ en que no se moviese, pero él se levantó y se puso capa ~~y sombrero~~. No hubo más remedio que ~~ponerse en~~ marcha para la otra casa.

"Tía—dijo Maxi,—que no se olvide el frasco de láudano. ~~Tómalo~~ tú ~~le llevarás~~ Fortunata. Cuando ~~coja~~ la cama, trataré de dormir y si no lo consigo, echarás seis gotas, cuidado... seis gotas nada más de esta medicina en un vaso de agua y me las da~~s~~ á beber.

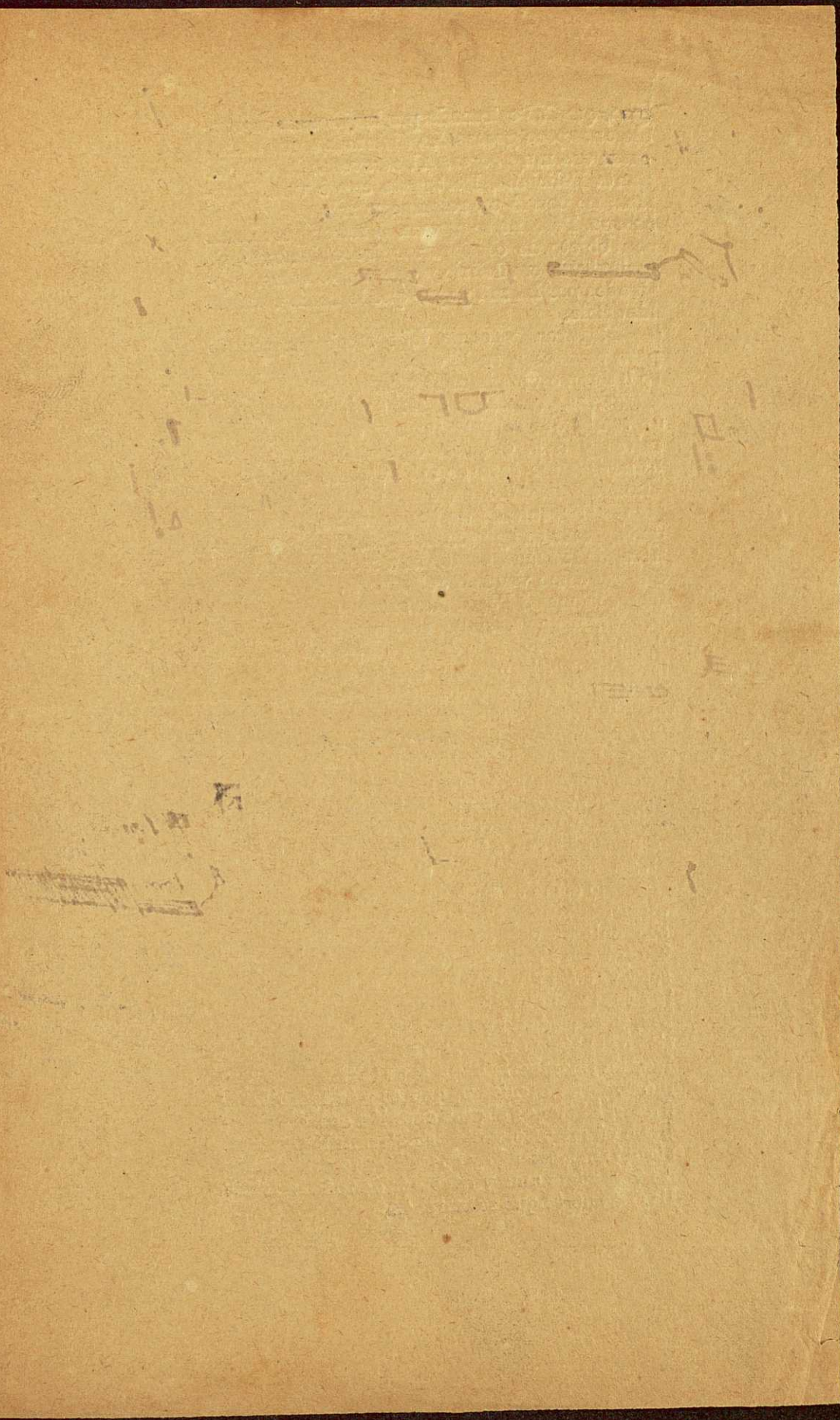
~~Bien~~ abrigado y la cabeza bien envuelta para que no le diese frío, ~~le llevaron~~ á la ~~nueva~~



casa que fué estrenada ~~por los jóvenes~~ en condiciones poco gratas. La distancia entre ambas ~~casas~~ era muy corta. Al atravesar la calle de Santa Feliciana, Fortunata creyó ver... juraría... Le corrió un ~~relámpago~~ frío por todo el cuerpo. Pero no se atrevía á mirar para atrás con objeto de cerciorarse. Probablemente no ~~sería~~. Todo era delirio y ~~terror~~ de su alma, motivados por las mil ~~papas~~ que le había contado Mauricia.

Llegaron, y como todo estaba preparado para pernoctar, nada echaron de menos. Sólo se habían olvidado unas bujías y Patricia bajó á traerlas. Acostaron á Maxi y sucedió lo que se temía, que se puso peor, y vuelta á los vómitos y á la desazón espasmódica. "Tú no quieres hacer caso de mí... ¡Cuánto mejor que hubieras dormido en casa esta noche! Ahí tienes el resultado de tu terquedad." Después de expresar su opinión autoritaria de esta manera, doña Lupe, viendo á su sobrino más tranquilo y como vencido del sopor, empezó á dar instrucciones á Fortunata sobre el gobierno de la casa. No aconsejaba, sino que disponía. Por dar órdenes, hasta le dijo lo que había de mandar traer de la plaza al día siguiente y ~~todos los días~~. "Y cuidado con no dejar de tomarle la cuenta á la muchacha al céntimo, pues ~~aunque~~ Torquemada la abona, ~~no me fío y ...~~ Si te falta algún cacharro en la cocina, no lo compres; yo te lo compraré, porque á ti te clavan... ~~Trena para fregar no me la tengas en un papel. Yo te mandaré una artesa vieja~~... Nada de comprar petróleo en latas... El fuego me horripila. Desde mañana vendrá el petrolero de casa. Cuidado cómo te sales de un diario de dieziseis diezisiete reales todo lo más... El día que sea conveniente un extraordinario, me lo avisas... Yo iré con Papitos á la plaza de San Ildefonso, y te traeré lo que me parezca bien... A Maxi le pones mañana dos huevitos pasados, ya sabes, y un sopicaldo. Los demás días su chuletita con patatas fritas. No compres nunca merluza en Chamberí. Papitos te la traerá. Mucho ojo con este carnicero, que es más ladrón que Judas. Si tienes alguna cuestión con él, nómbrame á mí y le verás temblar...." Y por aquí siguió amonestando y apercibiendo con ínfulas de verdadera ama y canciller de toda la familia. La suerte que se marchó.

M.C.D.2020



Serían las diez cuando Fortunata se quedó sola con su marido y con la criada. Maxi no acababa de tranquilizarse, por lo que fué preciso apelar al remedio heróico. El mismo enfermo lo pidió, dejando oir una voz quejumbrosa que salía de entre las sábanas, y que por su tenuidad no parecía corresponder á la magnitud de la cama. Fortunata cogió el cuenta gotas y acercando la luz preparó la pócima. En vez de siete gotas no puso más que cinco. Le daba miedo aquella medicina. Tomóla y al poco rato se quedaba dormido con la boca abierta, haciendo una mueca irónica.

IV

Al ver dormido á su esposo, parecióle á Fortunata que se alejaba; encontróse sola, rodeada de un silencio alevoso y de una quietud traidora. Dió varias vueltas por la casa, sin apartar el pensamiento y las miradas de todos los tabiques que separaban su cuarto del inmediato, y los tales tabiques se le antojaron transparentes, como delgadas gasas que permitían ver todo lo que de la otra parte pasaba. Andaba de puntillas por los pasillos y por la sala, y percibió rumor de voces. Aplicado el oido á la pared oiría quizás claramente; pero no se atrevió á aplicarlo. Por la ventana del comedor que daba á un patinillo medianero, veíase otra ventana igual con visillos en los cristales. Allí lucía una lámpara con pantalla verde, y alrededor de ella pasaban bultos, sombras de personas, cuyas caras no se podían distinguir.

Después de hacer estas observaciones, fué á la cocina, donde estaba la criada preparando los trastos para el día siguiente. Era muy hacendosa y tan corrida en el oficio, que la misma doña Lupe se admiraba de verla trabajar, porque despachaba las cosas en un decir Jesús, sin atropellarse. Pero á Fortunata le era antipática por [illegible] aquella amabilidad empalagosa tras de la cual vislumbraba la traición.

—Patricia—le dijo su ama, afectando una curiosidad indiferente.—¿Sabe usted quiénes son los vecinos del cuarto de al lado?

—Señorita—replicó la criada sin dejarla concluir;—como estoy aquí desde el día antes de salir usted del convento, ya conozco á toda la vecindad. En ese cuarto vive una señora muy fina que le llaman doña Cirila. Su marido es no sé qué del tren. Tiene una gorra con galones y letras. Esta noche, cuando bajé por las bujías, me encontré á doña Cirila en la tienda y me preguntó por el señorito. Me dijo que cualquier cosa que se ofreciera... Es muy amable. Ayer entró aquí á ver la casa, y yo pasé á la suya... Dice que tiene muchas ganas de hacerle á usted la visita.

—¡A mí!—exclamó Fortunata sentándose en la silla de la cocina, junto á la mesa de pino blanco.—Qué confianzudo está el tiempo. Y usted, ¿para qué se ha metido allá, sin más ni más?... ¿Qué sabía usted si á mí me gustaba ó no me gustaba entrar en relaciones...?

—Yo... señorita... calculé que...

—Nada, estoy vendida...—pensó Fortunata,—y esta mujer es una bribona.

Un rato estuvo meditando, hasta que Patricia, mientras ponía los garbanzos de remojo, la sacó de su meditación con estas mañosas palabras:

"Díjome doña Cirila que es usted muy linda; que esta mañana la vió á usted en la iglesia y que le fué muy simpática. Verá usted cuando la trate, que también ella tiene mucha gracia. Dice que se alegrará mucho de que usted pase á su casa cuando quiera y que de noche están jugando á la brisca hasta las doce.

—¡Que pase yo allá!... ¡yo!

—Claro... y esta noche misma puede pasar, puesto que el señorito duerme y no son más que las diez.

Diciendo esto, miraba á su ama con una expresión de falsa humildad y de lisonja traidora, que turbó más á Fortunata.

"¿Pero qué está usted diciendo? ¡Tiene usted el atrevimiento de...!

Fortunata se habría dejado llevar del primer impulso de cólera, si en el fondo de su alma no hubiera nacido otro impulso de tolerancia, componenda y relajación de conciencia. Se calló, y en aquel instante llamaron á la puerta.

"¡Llámán!... No abra usted, no abra usted—dijo con el azoramiento temeroso que infunde un próximo peligro.

—¿Por qué, señorita?... ¿A qué ese miedo?... Miraré por el ventanillo.

Y fué Patricia hacia la puerta. Desde la cocina oyó Fortunata cuchicheo en la puerta. Duró poco tiempo, y la criada volvió diciendo:

"Los de al lado... la misma señorita Cirila fué la que llamó. Nada; que si teníamos por casualidad azucarillos... Le he dicho que no. Me preguntó cómo seguía el señorito. Le he dicho que duerme como un lirón.

Fortunata salió de la cocina sin decir nada, cejijunta y con los labios temblorosos. Fué á la alcoba y observó á su marido que dormía profundamente, pronunciando, en su delirio opiáceo, palabras amorosas entremezcladas con términos de farmacia: "Idolo... ... De acetato de morfina, un centígramo... ... gramos... disuélvase...

Volvió á la cocina, mandó á la criada que se acostase; pero la señora Patria no tenía sueño. "Mientras la señorita no se acueste, ¿para qué me he de acostar yo? Todavía hay algo qué hacer." Y la muy picarona quería entablar conversación con su ama, mas esta, no le respondía á nada. De pronto, el oído de Fortunata, cuyo pensamiento estaba reconcentrado en la trampa que á su parecer se le armaba, creyó sentir ruído en la puerta. Parecía como si cautelosamente probaran llaves desde fuera para abrirla. Fué allá muerta de miedo, y al acercarse cesó el ruído; mas ella no las tenía todas consigo, y llamó á Patria: "¿No parece que alguien anda en la puerta... Pero qué, ¿no ha echado usted el cerrojo?

Observó entonces que el cerrojo no estaba corrido, y lo echó con mucho cuidado para no hacer ruído.

"¡Vaya, que si yo me fiara de usted para guardar la casa!... A ver, atención... No siente usted ruído como si alguien estuviera tentando la cerradura?... Ve usted ahora empujan... ¿qué es esto?

—No, señorita, es el viento que se ha metido en la escalera. No sea usted tan medrosica...

Lo más particular era que la misma Fortunata, al correr el cerrojo con tanto cuidado, ha-

bía sentido allá en [redacted] de su alma un [redacted] de volverlo á descorrer. Podría ser ilusión suya; pero estaba viendo, cual si la puerta fuera [redacted] cristal, á la persona que tras ella, á su parecer, estaba... Le conocía, ¡cosa más rara! en la manera de empujar, en la manera de rasguñar la fechadura, en la manera de probar una llave que no servía. Durante un rato, [redacted] señora [redacted] criada se miraban. A la primera le temblaban las manos y le andaba por dentro del cráneo un barullo tumultuoso. La [redacted] clavaba en la señora sus ojos de gato, y su sonrisa irónica podría ser lo mismo el único aspecto cómico de la escena que el más terrible y dramático. Pero de repente, sin saber cómo, criada y ama cruzaron [redacted] miradas, y en una mirada pareció que se entendieron. [redacted] le decía con sus ojos: "Abra usted, tonta, y déjese de remilgos." La señora decía: "¿Le parece á usted bien que abra?... ¿Cree usted que...?"

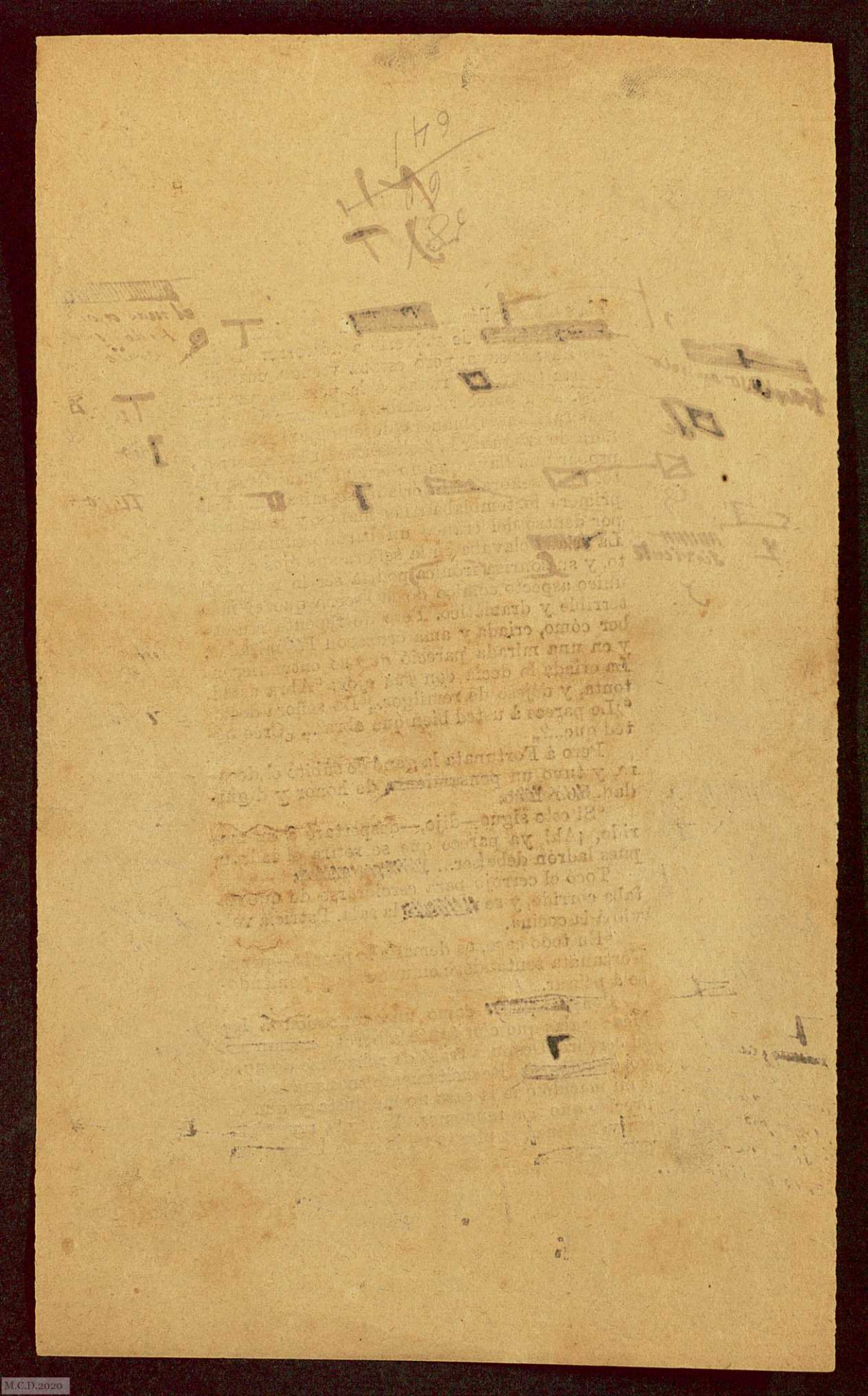
Pero á Fortunata la ganó de súbito el decoro, y tuvo un [redacted] de honor y dignidad. [redacted]

"Si esto sigue—dijo,—despertaré á mi marido. ¡Ah! ya parece que se retira el ladrón, pues ladrón debe ser... [redacted]

Tocó el cerrojo para cerciorarse de que estaba corrido, y se [redacted] la sala. Patricia volvió á la cocina.

"En todo caso, es demasiado pronto—pensó Fortunata sentándose en una silla y poniéndose á pensar.

[redacted] como una concesión á las ideas malas que con tanto alboroto [redacted] su cerebro. Después trató de rehacerse de nuevo [redacted] "Resueltamente, mañana le digo á mi marido que la casa no me gusta y que es preciso que nos mudemos. Y á esta [redacted] sin vergüenza la planto en la calle. [redacted]



¡Qué cosas pasan! De improviso, obedeciendo á un movimiento irresistible, casi puramente mecánico y fatal, Fortunata se levantó y salió de la sala y se acercó á la puerta. En aquel acto, todo lo que constituye la entidad moral había desaparecido con total eclipse del alma de la infortunada mujer; no había más que el impulso físico, y lo poco que de espiritual había en ello, engañábase á sí mismo creyéndose simple curiosidad. Aplicó el oído á la rejilla... Pues sí, la persona, el ladrón ó lo que fuera, continuaba allí. Instintivamente, como el suicida pone el dedo en el gatillo, llevó la mano al cerrojo; pero así como el suicida instintivamente también, se sobrecoge y no tira, ~~ella~~ apartó su mano del cerrojo, el cual tenía ~~la manivela~~ tiesa hacia adelante como un dedo que señala.

Entonces por los huecos de la rejilla, de fuera adentro, ~~se deslizaron~~ estas palabras adelgazadas por la voz, cual si hubieran de pasar por un tamiz finísimo: "Nena, nena... ~~abres?... ¿no sabes quién soy...?~~"

Fortunata no hizo movimiento alguno. Se había convertido en estátua. Creía estar sola, y vió que Patria se acercaba pasito á pasito, pisando como los gatos. Con aquella cara gatesca y aquella boca que parecía que se estaba siempre relamiendo, decía: "Señorita, abra usted y no haga más papeles. Si al fin ha de abrir mañana, ¿por qué no abre esta noche?"

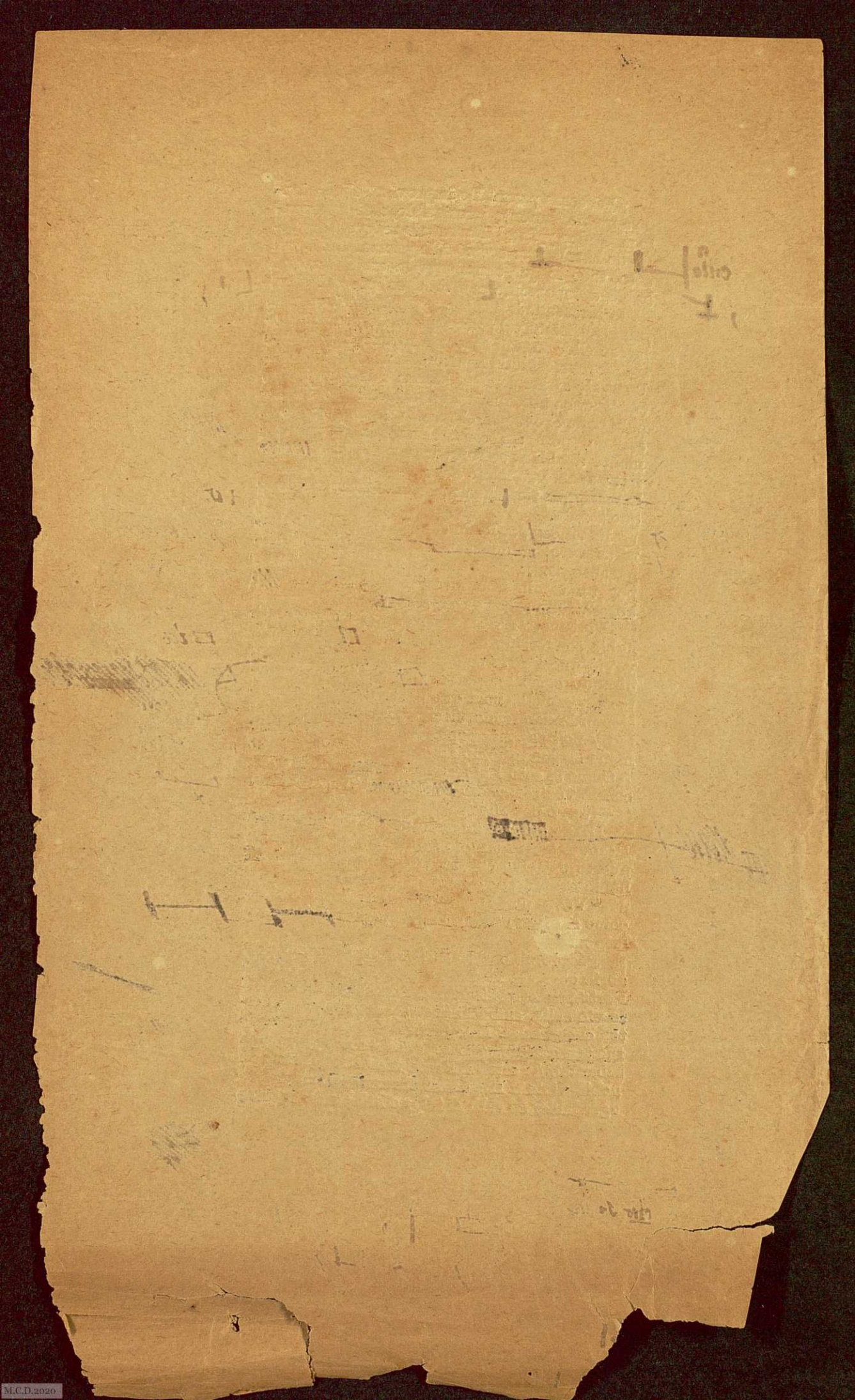
Como si esto hubiera sido ~~dicho~~ con la voz, con la voz respondió ~~Fortunata~~: "No, no abro.

—Vaya por Dios...

Largo ~~rato~~ silencio ~~que á esto siguieron~~. Después sintieron que se abría y se cerraba la puerta del otro cuarto. Fortunata respiró. Se había cansado de esperar y se retiraba.

"Vaya por Dios—~~volvió á decir~~ Patria, como si dijera: "Tanto repulgo para ~~abrirse~~ luégo...

Pasado un cuarto de hora, sintieron que se abría otra vez la puerta de la izquierda. Fortunata el ventanillo con ~~mucho~~ cuidado y... ~~lo vió salir~~, embozándose en su capa con vueltas encarnadas. La emoción que sintió al verle fué tan grande, que se quedó como yerta, sin saber dónde estaba. Hacía tres años que no le había visto... ~~Hizo una~~ observación muy desagradable. Al salir el tal, no había mirado para



la puerta de la derecha, como parecía más natural... Estaba sin duda enojado...

Y ~~[illegible]~~ mismo impulso ~~[illegible]~~ corrió al balcón de la sala y abrió quedamente la madera... En efecto, le vió atravesar la calle y doblar la esquina de la de Don Juan de Austria. Tampoco había mirado para los balcones de la casa, como es natural mire el chasqueado expugnador de una plaza al retirarse de sus muros.

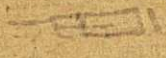
Patricia se permitió la confianza de poner su mano en el hombro de su ama, diciéndole: "Ahora sí que nos podemos acostar. ¡Qué susto hemos pasado!„ Fortunata le respondió: "~~No ha pasado nada.~~„ Todo esto se decía en un cuchicheo cauteloso, y lo mismo lo habrían dicho, aunque no hubiera allí un enfermo cuyo sueño había que respetar. ~~[illegible]~~ se deslizó por los oscuros pasillos y ~~Fortunata~~ entró en la alcoba. Al ver á su marido, sintió como si lo que está á cien mil leguas de nosotros se nos ~~[illegible]~~ al lado de repente. Maxi había dado vueltas en el lecho y dormía como los pájaros, con la cabeza bajo el ala. ~~Sus brazos parecían los pali-llos de un tambor.~~ El mezquino cuerpo se perdía en la anchura de aquella cama tan grande, y allí podía pasearse en sueños el esposo como en los inconmensurables espacios del Limbo.

La esposa no se acostó, y acercando una butaca á la cama ~~se~~ sentóse en ella, cerró los ojos. Y allá de madrugada fué vencida del sueño ~~[illegible]~~ cerrojos que se descorrían, de puertas que se franqueaban ~~[illegible]~~ de tabiques transparentes y de hombres que se colaban en su casa filtrándose por las paredes.

V

A la mañana siguiente, Maxi estaba mejor, pero rendidísimo. Daba lástima verle. Su palidéz era como la de un muerto; tenía la lengua blanca, mucha debilidad y ningún apetito. Diéronle algo de comer, y Fortunata opinó que debía quedarse en la cama hasta la tarde. Esto no le disgustaba á Maxi, porque sentía cierto alborozo infantil de verse en aquel lecho tan grande y rodar por él. ~~Fortunata~~ le cuidaba como se cuida á un niño, y se había borrado de su mente la idea de que era un hombre.

Vino doña Lupe muy temprano, y enterada de que Maxi estaba bien, empezó á dar órdenes y más órdenes, y á incomodarse porque



M.C.D.2020

ciertas cosas no se habían hecho como ella mandara. Iba de la sala á la cocina y de la cocina á la sala, dictando reglas y pragmáticas de buen gobierno, con secreto descontento de Fortunata. Maxi se quejaba de que su mujer estaba más tiempo en la cocina que en la alcoba, y la llamaba á cada instante.

"Gracias á Dios, hija, que pareces por aquí. Ni siquiera me has dado un beso. ¡Qué día de boda, hija, y qué noche! Esta maldita jaqueca, pero ya pasó, y ahora lo menos en quince días no me volverá á dar... Ya estás otra vez queriendo marcharte á la cocina. ¿No está ahí Patria?

—Ha ido á la compra. La que está es tu tía, por cierto dando tantas órdenes, que no sabe una á cuál atender primero.

—Pues déjala tú, á todo dí que sí, y luégo haces lo que quieras, pichona. Ven acá... Que trabaje Patria, para eso está. Qué bien sirve, ¿verdad? Es una mujer muy lista.

—Ya lo creo...

—¿Te vas de veras?

—Sí, porque si no, tu tía me echará los tiempos.

M.C.D.2020

—¡Pues me gusta!... Entonces me levanto, y me voy también á la cocina. Yo quiero estarte mirando hasta que me harte bien. Ahora eres mía; soy tu dueño único... y mando en tí.

—Vuelvo al momentito, rico...

—Estos momentitos me cargan—dijo él nadando en las sábanas como si fueran olas.

Toda la mañana tuvo Fortunata el pensamiento fijo en la casa vecina. Mientras almorzaba sola, miraba por la ventana del patio, pero no veía á nadie. Parecía una casa deshabitada. Todo cerrado á piedra y barro. Siempre que pasaba por la sala Fortunata, echaba miradas furtivas á la calle por si veía á alguien. Ni un alma. Sin duda la trampa se armaba sólo por las noches.

A la tarde, hallándose sola con Patricia en la cocina, tuvo ya las palabras en la boca para preguntarle: "¿y los de al lado?„ Pero no desplegó los labios. Debió la criada penetrar en su pensamiento, pues como si contestara á una pregunta, le dijo de buenas á primeras:

"Pues ahora cuando bajé á la carnicería, encontré á la señorita Cirila. Nada, estaba comprando. Me preguntó por el señorito, y dijo que pasaría á verla á usted sin decir cuándo ni cuándo no.

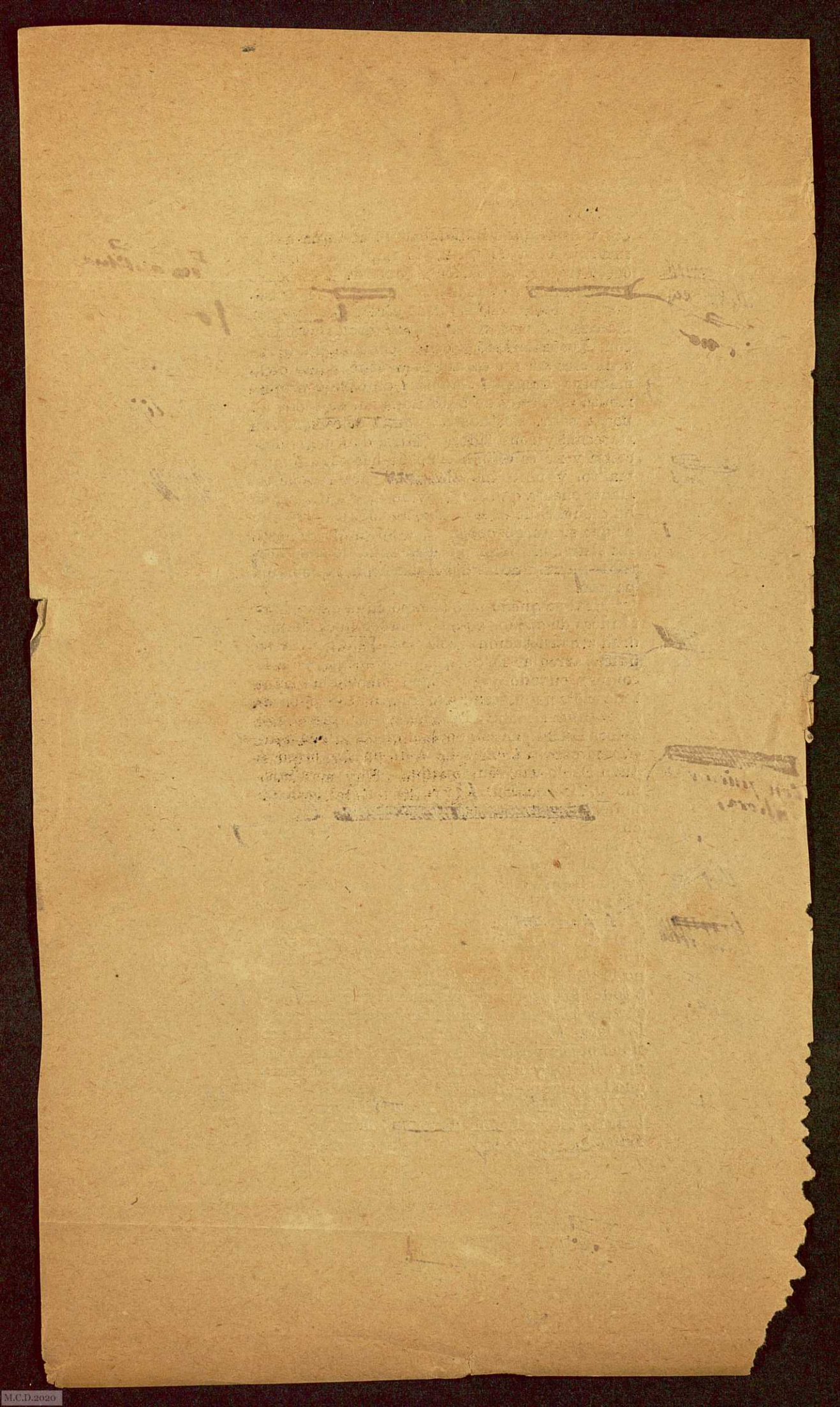
—No me venga usted con cuentos de... esa familia—dijo Fortunata, cuyo ánimo estaba bastante aplacado para poder tomar aquella correcta actitud.—Ni qué me importa á mí... ¿me entiende usted?

Maximiliano se levantó, dió algunas vueltas; pero estaba tan débil, que volvió á acostarse. Fortunata, en tanto, seguía observando. No se oía en la casa vecina ningún rumor. Por la noche igual fenómeno. Parecía que ella doña Cirila, su marido el de la gorra con galones y los amigos que les visitaban, se habían muerto. Llegada la noche, sintió Fortunata tristeza y un desasosiego tan grandes, que no sabía lo que le pasaba. Se habría podido creer que la contrariaba el no ver á nadie de la casa vecina, el no sentir pisadas, ni ruído de puertas, ni nada. Maximiliano, que desde media tarde había vuelto á nadar entre las agitadas sábanas del lecho, y estaba muy impertinente como un niño enfermo que ha entrado en la convalecencia, le dijo á su mujer, ya cerca de las diez, que se acostase, y ésta obedeció; mas la repugnan-

cia y hastío que inundaban su alma en aquel instante eran de tal modo imperiosos, que le costó trabajo no darlos á conocer. Y el pobre Maximiliano se encontraba incapaz de expresarle su desmedido amor de otro modo que por manifestaciones relacionadas exclusivamente con el pensamiento y con el corazón. Palabras ardientes sin eco en ninguna concavidad de la máquina humana, impulsos de cariño propiamente ideales, y de aquí no salía, es decir, no podía salir. Fortunata le decía con expresión fraternal y consoladora: "Mira, duérmete, descansa y no te quejes. Anoche has estado muy malito, y necesitas descansar para reponerte. Hazte cuenta que no estoy aquí, y á dormir se ha dicho." Si le tranquilizó, no se sabe; pero ello es que se quedó dormida, y no despertó hasta las siete de la mañana. Tan falta de sueño estaba á causa de las dos malas noches que había pasado.

Maxi se quedó más tiempo en la cama, hartándose de sueño, aquel reparo que su desmedrada constitución reclamaba. Fortunata se fué á arreglar la casa, mandó á Patricia á la compra, cuando hé aquí que entra doña Lupe toda descompuesta: "¿No sabes lo que pasa? Pues una friolera. Déjame sentar que vengo sofocadísima. Vaya que dan que hacer mis dichosos sobrinos. Anoche han puesto preso á Juan Pablo. Ha venido á decírmelo ahora mismo D. Basilio. Entró la policía en la casa de la mujer [illegible]. Te vas enterando, y después de registrar toda la casa y de coger los papeles, trincaron á mi sobrino, y en el Saladero me le tienes... Vamos á ver, ¿y qué hago yo ahora? Francamente, se ha portado muy mal conmigo; es un mal agradecido y un [illegible]. Si sólo se tratara de tenerle unos días en la cárcel, hasta me alegraría, para que escarmiente y no vuelva á meterse donde no le llaman. Pero me ha dicho D. Basilio que á todos los presos de anoche... han cogido mucha gente... les van á mandar nada menos que á las islas Marianas; y aunque Juan Pablo se tiene bien merecido este paseo, francamente, es mi sobrino, y he de hacer cuanto pueda para que le pongan en libertad.

Maxi, que desde la alcoba oyó alguna palabras de esta relación de su tía, llamó; y doña Lupe lo repitió todo en su presencia, aña-



diendo:

—"Es preciso que te levantes ahora mismo y vayas á ver á todas las personas que puedan interesarse por tu hermano, que bien merecido se tiene lo que le pasa, pero no hay más remedio. Tú verás á D. León Pintado, para que te presente al Doctor Sedeño, el cual te presentará á D. Juan de Lantigua, que aunque es un señor muy *neo*, tiene influencia por su respetabilidad; y yo voy á ver á Castor Moreno para que interceda con D. Manuel Moreno Isla, y éste le hable á Zalamero, que está casado con la chica de Ruiz Ochoa. Cada uno por un lado, beberemos los vientos para impedir que le plantifiquen en las islas Marianas.» Vistióse el joven á toda prisa, y doña Lupe en tanto dispuso que no se hiciese almuerzo en la cocina de Fortunata, y que ésta y su marido almorzarían con ella, para estar de este modo reunidos en día de tanto trajín. Maxi salió después de desayunarse, y Fortunata y la Mau se fueron á la otra casa. Por el camino, doña Lupe decía: "Es contrariedad que Nicolás se haya ido á Toledo hace dos días; que si estuviera aquí, él daría pasos por su hermano, y con seguridad le sacaría hoy mismo de la cárcel, porque los curas son los que más conspiran y los que más pueden con el Gobierno... Ellos la arman, y luégo se dan buena maña para atarle las manos al Gobierno cuando tocan á castigar. Así está el país que es un dolor... todo tan perdido... Hay más miseria... y las patatas á X reales cuartal, cosa que no se ha visto nunca."

M.C.D.2020

61 (hay 61 1/2)

Lust.º

Púsose la viuda

~~Doña Lupe se puso~~ en movimiento con aquella actividad ~~ardiente~~ que le había proporcionado tantos éxitos en su vida, y Fortunata y Papitos quedaron encargadas de hacer el almuerzo. A la hora de éste, volvió doña Lupe ~~muy~~ sofocada, diciendo que Samaniego, el marido de Casta Moreno, ~~estaba enfermo~~ de muerte y que por aquel lado no podía hacerse nada; Casta no estaba en disposición de acompañarla á ninguna parte. Tocaría, pues, á otra puerta, ~~y se iría~~ derechita á ver al Sr. de Feijóo, que era amigo suyo y había sido su pretendiente, y tenía gran amistad con D. Jacinto Villalonga, íntimo del Ministro de la Gobernación. A poco llegó D. Basilio diciendo que Maxi no venía á almorzar. ~~Había~~ ido con D. León Pintado á ver á no sé qué personaje y ~~tenían~~ para un rato, quizás para todo el día.

valerosa

se hallaba en peligro

yéndose

"Ha

tienen

Fortunata determinó volverse á su casa, pues tenía algo que hacer en ella, y repitiéndose á Papitos las últimas disposiciones dictadas ~~por doña Lupe~~ en el momento de su segunda salida, se puso el mantón y cogió calle. No tenía prisa y se fué á dar un paseito, recreándose en la hermosura del día, y dando vueltas á su pensamiento. Iba despacio por la calle de Santa Engracia, y se detuvo un instante en una tienda á comprar dátiles que le gustaban mucho. Siguiendo luégo su vagabundo camino, saboreaba el placer íntimo de la libertad de estar sola y suelta siquiera ~~fuese un rato~~. La idea de poder ir á donde ~~quisiese~~ la excitaba haciendo circular su sangre con más viveza. Tradújose esta disposición de ánimo en un sentimiento filantrópico, pues toda la calderilla que tenía la iba dando á los pobres que encontraba, que no eran pocos... Y ~~andando andando~~, vino á hacerse la consideración de que no sentía malditas ganas de meterse en su casa. ¿Qué iba ella á hacer en su casa? Nada. Conveníale ~~espaciarse~~, tomar el aire; bastante esclavitud había tenido dentro de las Micaelas. ¡Qué gusto poder coger de punta á punta una calle tan larga como la de Santa Engracia! ~~Y que no estaba poco asoleadita la tal calle.~~ El principal ~~gusto~~ del paseo era ir sola, ¡libre! Ni ~~su marido~~ ni doña Lupe ni Patricia ni nadie podían con-

la autócrata

que estaba como el Tío Vivo, dale que le darás, y torna y vira...

gustase,

poco tiempo.

anda que andarás,

sacudirse

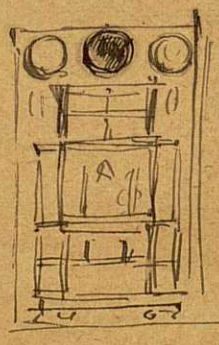
B

goce

ita

Maxi

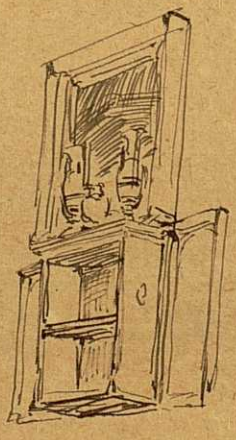
ojo



tarle los pasos, ni vigilarla ni detenerla. Se hubiera ido así... sabe Dios hasta dónde. Miraba todo con la curiosidad [illegible] que las cosas más insignificantes. Su pensamiento se gallardeaba en aquella dulce libertad, [illegible] ideas [illegible]. Qué [illegible] *verbi gracia*, era la vida sin cuidados, al lado de personas que la quieren á una y á quien una quiere. Fijóse en las casas [illegible] del barrio de las Virtudes. Las habitaciones de los pobres le inspiraban siempre interés. Las mujeres mal vestidas que salían á las puertas, los chicos derrotados y sucios que jugaban en la calle, atraían sus miradas, porque la [illegible] tranquila y decorosa, aunque fuese oscura y con estrecheces, le causaba envidia. Semejante vida no podía ser para ella, porque [illegible] de su centro natural. Había nacido para menestrala; [illegible] no le importaba trabajar como [illegible] con tal de poseer lo que por suyo tenía. Pero alguien la sacó de aquel su primer molde para lanzarla á vida distinta; después la trajeron y la llevaron diferentes manos. Y por fin, otras manos se empeñaron en convertirla en señora. La ponían en un convento para moldearla de nuevo, después la [illegible] fuerzas extrañas la gobernaban de un modo fatal. Figurábase ser una muñeca viva, con la cual jugaba una entidad invisible y desconocida.

Ocurrióle si no tendría ella iniciativa alguna vez, si no haría alguna vez lo que saliera de dentro... Embebecida en este pensamiento llegó al Campo de Guardias, junto al Depósito. Había allí muchos sillares, y sentándose en uno de ellos, empezó á comer dátiles. Siempre que arrojaba un hueso, parecía que lanzaba á la inmensidad del pensar general una idea suya, calentita, [illegible] del cerebro.

"Todo va al revés para mí... Dios no me hace caso. Cuidado que me pone las cosas mal... El hombre que quise, ¿por qué no era un triste albañil? Pues no; había de ser señorito rico, para que me engañara y no se pudiera casar conmigo... Luego lo natural era que yo le abo-



Inst.º 62

rreciera... pues no señor, sale siempre la mala, sale que le quiero más... Luego lo natural era que me dejara en paz, y así se me pasaría esto; pues no señor, la mala otra vez; me anda rondando y me tiene armada una trampa... También era natural que ninguna persona decente se quisiera casar conmigo pues no señor sale Maxi y... ¡trás! me pone en el disparadero de casarme, y nada, cuando apenas lo pienso, ~~ya estoy casado~~... ¿Pero es verdad que ~~[illegible]~~ casado yo?...

bendición al canto.

estoy

VI

Miraba el hueso del dátil que se acababa de comer, y como si el hueso le dijera que sí, hizo ella un signo afirmativo y algo desconsolado... "¡Vaya si lo estoy! ~~[illegible]~~ tan profundamente ensimismada, que olvidó dónde estaba. ~~[illegible]~~ repente ~~se levantó y echó~~ á andar hacia abajo, como ~~impulsada de una idea fija~~. Había subido la luenga calle con aires de paseante, distraída, alegre, vago el mirar; bajábala como los monomaniacos ~~el espíritu profundamente concentrado~~. Al llegar frente á la iglesia, sacóla de este embebecimiento un ruído de pasos que sintió tras sí. "Estos pasos son los suyos—pensó—pues lo que es yo no miro para atrás. ¿Qué haré? ~~[illegible]~~ apris~~[illegible]~~

Quedóse

Pero levantándose

echó

ita, aprisita

La curiosidad pudo más que nada y Fortunata miró; no era. Más adelante sintió otra vez pasos persistentes y vió una sombra que se extendía por la calle, paralela á su sombra. Aquel si era... ¿Miraría? No; más valía no darse por entendida... Por fin, la pícara curiosidad... Miró y tampoco era. Al llegar á su casa estaba más tranquila. ~~Subió y miró al piso de la izquierda. Ni el más leve ruído se oía en ninguno de los dos cuartos.~~ Cuando Patria abrió la puerta, ~~su ama~~ le dijo: "¿Ha venido alguien? ¿El señorito está?...

los que llevan en el cerebro ese cascabel que se llama idea fija.

preguntó:

—El señorito no viene hasta la noche. Mandó un recado para que no le esperase usted.

Y la taimada se sonreía de un modo tan , que Fortunata no pudo menos de preguntarle: "¿Quién está ahí?„

Volvió á sonreir Patricia con infernal malicia, y... "¿Qué... pero qué...? — balbució acercándose de puntillas á la puerta de la sala. Empujóla suavemente hasta abrir un poquito. No veía nada. Abrió más, más... Estaba pálida como si se hubiera quedado sin sangre... Abrió más... acabáramos. En el sofá de la sala estaba tranquilamente sentado Juanito Santa Cruz. Fortunata estuvo á punto de perder el conocimiento. Le pasó un no sé qué por delante de los ojos, algo como un velo que baja ó un velo que sube. No dijo nada. Él, pálido también, se levantó y dijo claramente: "*nena.*„

Fortunata no daba un paso. De repente (el demonio explicara aquello), sintió una alegría insensata, un de infinitas ansias que en su alma estaban contenidas. Y se precipitó en los brazos del Delfín, lanzando este grito salvaje:

—"¡Nene! ¡bendito Dios!

—Olvidados de todo, los amantes estuvieron abrazados largo rato. fué quien primero habló, diciendo: "*Nene*, me muero por tí...

"Ven acá—dijo Santa Cruz cogiéndola por un brazo. Dejábase ella llevar, como la cosa más natural del mundo. Franquearon la puerta de la casa, que estaba abierta. Y la de enfrente, ¡qué casualidad! abierta también. Luégo que pasaron el cuarto de la izquierda, alguien cerró. En aquella reinaba una discreción. Juan la llevó á una salita muy bien puesta, junto á la cual había una alcoba perfectamente arreglada. Se sentaron en un sofá y se volvieron á abrazar. Fortunata estaba como embriagada, con cierto en el alma, perdida la memoria de todo lo reciente. Toda idea moral había desaparecido como un sueño borrado del al despertar; su casamiento, su marido, las Micaelas, todo esto se había alejado y puéstose á millones de leguas, en punto donde ni aun el pensamiento lo podía seguir. Su amante le dijo con voz "¡cuánto tenemos que hablar!„ y á ella le entró una risa convulsiva, que difícilmente se

podría expresar "Jí, jí, jí... ¡tres años!... no, más años, más, porque jí, jí, jí... ¿Ves cómo tiemblo? No sé lo que me pasa... pues sí, más tiempo, porque cuando estuve aquí con jí, jí, jí... *Juárez el Negro*, te ví y no te ví... y siempre él delante, y un día que le dije que te quería, sacó un cuchillo muy grande, jí, jí, jí... y me quiso matar... Yo muriéndome por hablarte y él que no... que no... Nuestro *nenín* muerto, y yo más muerta, jí, jí, jí... Se extremecía con horrible calofrío y no hablaba como las personas que conservan la razón.

"Jí, jí, jí... y en Barcelona me acordaba de tí y te mandaba besos por el aire, y en Zaragoza... besos por el aire... jí, jí, jí... y en Madrid lo mismo. Y cuando me metieron en el convento, también... jí, jí, jí... te mandaba besos por el aire... y tú sin acordarte de mí, malo...

—¡Sin acordarme! Desde que volví de Valencia te estoy persiguiendo... Esto no era vivir. Ya te contaré. Y al fin te he cogido... ¡ah! buena pieza. Ahora me las pagarás todas juntas... ¡Cuánto me has hecho sufrir!... Más maldiciones le he echado á ese dichoso convento... Pero qué guapa estás, nena.

—*Chi*.

—Estás hermosísima.

—*Chi*... para tí.

El frío aquel de fiebre se trocó de improviso en calor violentísimo, y la risa convulsiva en explosión de llanto.

"No es día de llorar, sino de estar alegre.

—¿Sabes de qué me acuerdo? De mi *nenín* tan gracioso... Si hubiera vivido, le habrías querido tú, ¿verdad? Ahora me acuerdo de cuando se le llevaron en la cajita azul... Aquella misma noche fué cuando Juárez el Negro me sacó aquel cuchillo tan grande, y me dijo: "Son las ocho; reza lo que tengas que rezar, porque antes de las nueve te mato." Estaba furioso de celos... ¡Qué miedo tan grande!

—¡Cuánto tenemos qué contar!... Yo á tí, tú á mí. Ya sé que te has casado. Has hecho bien.

Este *has hecho bien* le cayó á Fortunata como una gota fría en el corazón, trayéndola bruscamente á la realidad. Secaba sus lágrimas y se acordó de Maxi, de su boda y su casa, que se había alejado cien millones de leguas, se puso allí, á cuatro pasos, muda y antipática. El rechazo de su alma ante este fenómeno le secó en un instante todas las lágrimas.

Enrique

65

"¿Y por qué ~~he hecho~~ bien?

—Porque así eres más libre y tienes un nombre. Puedes hacer lo que quieras, siempre que lo hagas con discreción. He oído que tu marido es un ~~pobre~~ chico, que ve visiones...

Al oir esto, vió Fortunata levantarse en su espíritu la imagen ideal, ó más bien el espectro de su perversidad. Lo que acababa de hacer era de lo que apenas tiene nombre, por lo muy extraordinario y anormal en ~~el largo cantón~~ de las maldades humanas. El lugar, la ocasión, daban á su acto mayor ~~grav~~dad, y así lo comprendió en un rápido examen de ~~[illegible]~~; pero tenía la antigua y ~~[illegible]~~ pasión tanto empuje y lozanía, que el espectro huyó sin dejar rastro de sí. Se consideraba Fortunata en aquel caso como ciego mecanismo que recibe ~~su~~ impulso de sobrenatural mano. Lo que había hecho, hacíalo, á ~~[illegible]~~, por disposición de las misteriosas energías que ordenan las cosas más grandes del universo, la salida del Sol y la caída de los cuerpos graves. Y ni podía dejar de hacerlo, ni discutía lo inevitable, ni ~~[illegible]~~ ~~dibujos para~~ atenuar su responsabilidad, porque ésta no la veía muy clara, y aunque la vie~~ra~~, era persona tan firme en su dirección, que no se detenía ante ninguna consecuencia, y se *conformaba*, tal era su ~~pensamiento~~, *con ir al infierno*.

hice

buen

registro

feal

conciencia;

siempre nueva

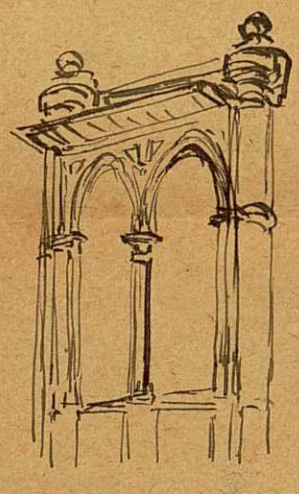
juicio suyo,

intentaba

se

idea

gánese



"Esto de alquilar la casa próxima á la tuya —dijo Santa Cruz,—es una calaverada que no puede disculparse sino por la demencia en que yo estaba, niña mía, y por mi furor de verte y hablarte. Cuando supe que habías venido á Madrid, me entró un delirio. Yo tenía contigo una deuda del corazón, y el cariño que te debía me pesaba en la conciencia. Me volví loco, te busqué como se busca lo que más queremos en el mundo. No te encontré; á la vuelta de una esquina me acechaba una pulmonía para darme el estacazo... caí.

—¡Pobrecito mío!... Lo supe, [redacted]. También [redacted] que me busc[redacted] hubiera [redacted], me habrías encontrado.

Esparció sus miradas por la sala; pero la relativa elegancia con que estaba puesta no la afectó. En miserable bodegón, en un sótano lleno de telarañas, en cualquier lugar subterráneo y fétido habría estado contenta con tal de tener al lado á quien entonces tenía. No se hartaba de mirarle.

"¡Qué guapo estás!

—¿Pues y tú? ¡Estás [redacted]sísima!... Estás ahora mucho mejor.

—¡Ah! no—[redacted] ella con cierta coquetería.—¿Lo dices porque me he civilizado algo? ¡Quiá! no lo creas: yo no me civilizo ni quiero; soy siempre pueblo; quiero ser como antes, como cuando tú me [redacted] lazo.

—¡Pueblo! eso es—observó Juan con [redacted] pedantería;—en otros términos: lo esencial de la humanidad, [redacted]; porque cuando la civilización deja perder los grandes sentimientos, [redacted] matrices hay que ir á buscarlos al pueblo [redacted]

Fortunata no entendía bien los conceptos; pero alguna idea vaga tenía de aquello.

"Me parece mentira—dijo él,—que te tenga aquí, cogida otra vez con lazo, fierecita mía, y que puedo pedirte perdón por todo el mal que te he hecho...

—Quita allá... ¡perdón!—exclamó [redacted] generosidad.—Si me quieres, ¿qué importa lo pasado?

[redacted] alzó la frente y con satánica convicción, que tenía cierta hermosura por ser convicción y por ser satánica, se dejó decir estas arrogantes palabras:

"Mi marido eres tú... todo lo demás... ¡papas!

Elástica era la conciencia de Santa Cruz,

más no tanto que no sintiera cierto terror al oir expresión tan atrevida. Por corresponder, iba él á decir *mi mujer eres tú;* pero envainó su mentira, como el hombre prudente que ~~no quiere~~ reserva para los casos graves el uso de las armas herir sin necesidad.

VII

Ya de noche pasó Fortunata á su casa. Su marido no había llegado aún. Mientras le esperaba, la ~~criminal~~ pecadora volvió á ver el espectro aquel de su perversidad; pero entonces le vió más claro, y no pudo tan fácilmente hacerle huir de su espíritu. "Me han engañado—pensaba,—me han llevado al casorio, como llevan una res al matadero, y cuando quise ~~pensarlo~~ recordar, ya estaba degollada... ¿Qué culpa tengo yo?" La casa estaba á oscuras y encendió luz. Al arrojar la cerilla en el suelo, ésta cayó encendida, y Fortunata la miró con vivo interés, recordando una de las supersticiones que le habían enseñado en su juventud. "Cuando la cerilla cae encendida—se dijo—y con la llama vuelta para una, buena suerte."

Maxi entró cansado y meditabundo; pero al ver á su mujer ~~entróle~~ alegría. ¡Todo un día sin verla! Le había traído un paquete de rosquillas. ¿Y Juan Pablo? Al fin se arreglaría todo. Seguramente no iría á las islas Marianas; pero quizás le tendrían en el Saladero ~~un par de semanas~~ quince ó veinte días. "Y merecido, hija. ¿Para que se mete á buscarle el pelo al huevo?"

Mientras comieron, Fortunata contemplaba á su marido, más que en la realidad, en sí misma, y de este examen surgía un ~~[illegible]~~ tedio abrumador, vivísimo y la antipatía de marras, pero tan agrandada, tanto, que ya no cabía más. Y la perversa no trataba de combatir aquel sentimiento, se recreaba en él como en una monstruosidad que tiene algo de seductora. ~~Después~~ se dió á hacer comparaciones.

"Alma mía—le dijo su marido cuando acababan de comer.—Veo con gusto que no te falta apetito. ¿Quieres que nos vayamos ahora á un café?

—No—replicó ella secamente.—Estoy rendidísima. ¿No ves que se cierran los párpados? Lo que quiero es dormir.

—Bueno, mejor; yo también deseo acostarme.

Siguió Fortunata en el tiempo que aún estuvo despierta, haciendo comparaciones. El cuerpo lacido y desmedrado de Maxi le producía, al tocar el suyo, crispamientos nerviosos.

Y también se dió á pensar en lo molesto y difícil que era para ella tener que vivir dos vidas diferentes, una verdadera, otra falsa, como las vidas de los que trabajan en el teatro. A ella le era muy difícil representar y fingir, por lo que su tormento se acrecía considerablemente. "No podré, no podré—pensaba al dormirse,—hacer esta comedia mucho tiempo." A la madrugada despertó después de un profundísimo y reparador sueño, y entonces le dió por llorar, haciendo cálculos, representándose con gran poder de la mente escenas probables, condoliéndose de no poder ver á su amante á menudo como quisiera.

En los días siguientes, las escapadas al cuarto vecino tenían lugar á horas varias, cuando Maxi salía. Iba á estudiar con un amigo para tomar el grado, y además solía ir á la farmacia de Samaniego, que se estaba muriendo, y al paso que hacía la visita al enfermo se pasaba un rato en la botica enterándose del practicaje. Ya estaba acordado que tendría plaza en el establecimiento. Aunque las ausencias de Maxi eran *seguras*, ambos criminales determinaron poner el nido más lejos. En tanto, Patricia hacía lo que le daba la gana. Las disposiciones de Fortunata y aun de la misma doña Lupe eran letra muerta. Robaba descaradamente, y su ama no se atrevía á reprenderla. Santa Cruz, que era el autor de todo aquel fregado, no sabía cómo arreglarlo, cuando le consultaba. El plan más prudente era tomar otro cuarto, despedir luégo á Patricia, dándole cualquier colocación para que se callara.

Algunos días Santa Cruz ofrecía á su amante regalos y dinero; pero ella no quería tomar nada. Se le había encajado en la cabeza una manía estrambótica, de que ambos se reían mucho, cuando ella la contaba. Pues la manía era que Juanito *no debía* ser rico. Para que las cosas fueran en regla, *debía* ser pobre, y entonces ella trabajaría *como una negra* para mantenerle. "Si tú hubieras sido albañil ó carpintero, otro gallo nos cantara."—"Vaya por dónde te ha dado ahora."—"Y nada más." No había medio de quitarle de la cabeza aquella corrección hecha á las obras de la Providencia.

"En fin—le decía Santa Cruz,—eres una inocentona. Pero dí, ¿no te gusta el dujo?

—Cuando no estoy contigo, me gusta algo, no mucho. Me entusiasman poco los trapos. Pero cuando estoy contigo, lo mismo me da oro que cobre.

¡Pobrecilla! Siempre en estado primitivo...

"Háblame con franqueza. ¿No necesitas nada?

—"Nada, me lo puedes creer."—"¿Ese [illegible] te da todo lo que necesitas?"—"Todo, me lo puedes creer."—"Quiero regalarte un vestido."—"No me lo pondré."—"Y un sombrero."—"Lo convertiré en espuerta."—"¿Has hecho voto de pobreza?"—"Yo no he hecho voto de nada. Te quiero porque te quiero, y no sé más.

"Nada, enteramente primitiva—pensaba el Delfín, el bloque del pueblo, al cual se han de ir á buscar los sentimientos que la civilización deja perder por refinarlos demasiado.

Un día hablaban de Maximiliano. "Infeliz chico—decía Fortunata,—el odio que le he tomado, no es odio verdadero, sino lástima. Siempre me fué muy antipático. Me dejé meter en las Micaelas y me dejé casar... ¿Sabes tú cómo fué todo eso? pues como lo que cuentan de que *manetizan* á una persona y hacen de ella lo que quieren, lo mismito. Yo, cuando no se trata de querer, no tengo voluntad. Recuerdo todo aquello como un sueño. Cuando te ví en mi sala, desperté. Créetelo, es lo mismo que te lo cuento... Y á veces me entran remordimientos de engañar así á ese pobre chico. Es un angelón sin pena ni gloria. Dánme ganas á veces de hablarle claro, desengañarle y decirle la verdad... Porque lo que es acariciarte, no puedo, se me resiste, no está en mi natutal. Le pido á la Virgen que me dé fuerzas para cantar claro.

—¡A la Virgen!... ¿pero tú crees?... —dijo Santa Cruz pasmado, pues tenía á Fortunata por incrédula.

—¿Pues no he de creer? La Virgen, lo que me aconseja siempre que le rezo con los ojos cerrados, es que te quiera mucho y me deje querer de tí... La tienes de tu parte, chiquillo... ¿De qué te espantas? Pues digo; yo le rezo á la Virgen y ella me protege, aunque yo sea mala. Quién sabe lo que resultará de aquí, y si las cosas se volverán algún día lo que *deben* ser. Y si te hablo con franqueza, á veces dudo que yo sea mala... sí, tengo mis dudas. Puede que no no lo sea. La conciencia se me vuelve ahora para aquí, después para allí; estoy dudando siempre, y al fin [illegible] todas las cosas que una tiene para sí."

—Oye una cosa—dijo el Delfín, que se recrea-

M.C.D.2020

ba en las singularísimas nociones de aquel espíritu.—¿Y si tu marido descubriera esto y me quisiera matar?

—¡Ay! no me lo digas... ni en broma me lo digas. Me tiraba á él como una leona y le destrozaba... ¿Ves cómo se coge un langostino y se le arrancan las patas, y se le retuerce el corpacho y se le saca lo que tiene dentro? pues así. Nena mía, descuida, que aquí estoy yo. Con un dedo tengo yo más fuerza que mi marido con las dos manos.

—Pero vamos á ver, tu conciencia...

—Mi conciencia, ya te lo he dicho, á veces se mueve algo como las veletas; pero el más del viento está marcando para ti.

—Y no me guardas rencor por haberte abandonado, dejándote en la miseria, y en poder de *Juárez el Negro*?

—Ningún rencor te guardo. Entonces estaba rabiosa. La rabia y la miseria me llevaron con *Juárez el Negro*. ¿Creerás lo que te voy á decir? Pues me fuí con él por lo mucho que le aborrecía. Cosa rara, ¿verdad?... Y como no tenía un pedazo de pan que llevar á la boca, y él me lo ofrecía, ahí tienes... Yo decía "me vengaré yéndome con este animal. Cuando tuve á mi niño, me consolaba con él; pero cuando se me murió, y cuando reventó Juárez, como yo me pensé que ya no me querías, dije: "pues ahora me vengaré haciéndome todo lo mala que pueda.

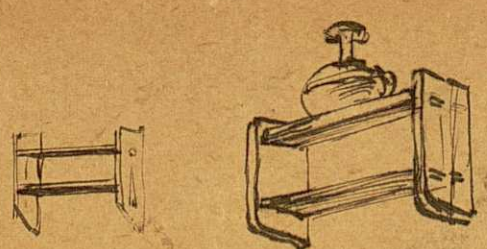
—¿Pero qué ideas tienes tú de las maneras de tomar venganza?

—No me preguntes nada... no sé... Vengarse es hacer lo que no se debe... lo más feo, lo más...

—¿Pero de quién te vengas así, criatura?

—Pues de Dios; de... de que sé yo... no me preguntes, porque para explicártelo, necesitaría ser sabia como tú, y yo no sé nada, ni aprendo nada, aunque el marido y las monjas me hayan dado un bautismo... enseñándome á no decir tanto disparate.

Santa Cruz estuvo un gran rato pensativo. Un día habló también de Jacinta... No gustaba Juan que la conversación fuese llevada á este terreno; pero Fortunata, siempre que tenía ocasión, íbase á él derecha. Hacía las preguntas á que el otro contestaba evasivamente.



"Mirá—le dijo,—dejá á mi mujer en su casa.

—Pues que no la quieres.

—La quiero, sí... ¿á qué engañarte?... pero de una manera muy distinta. Le guardo todas las consideraciones que ella se merece, porque... no puedes figurarte lo buena que es.

Fortunata siguió inquiriendo con curiosidad todo lo que quería saber respecto á la intimidad de los esposos; pero el se escurría gallardamente, cuidando de respetar hasta donde era posible en aquellas criminales confidencias, la personalidad sagrada de su mujer.

"La pobrecilla—dijo al fin,—tiene una pasión que la domina, mejor dicho, una manía que la trae trastornada.

—¿Qué es?

—La manía de hijos. Dios no quiere y ella se empeña en que sí. El disgusto que le causa su esterilidad se ha desmerojado, ha enflaquecido, y hace algún tiempo que se está llenando de canas. Es ya pasión de ánimo. ¿Sabes lo que pasó? Pues le dieron el gran timo. Tu tío José Izquierdo, de compinche con otro loco, le hizo creer que un chiquillo de tres años que consigo tenía, era nuestro Juanín. Mi mujer lo chifló, quiso adoptarlo y nada menos que llevárnoslo á casa. Por pronto que se descubrió el enredo, no se pudo evitar que tu tío le extorsionase á mi mujer seis mil reales.

—Qué tunante. Ya sabía yo esa historia. El

niño ese debe ser el de Nicolasa la enterada de tu tío. Nació seis días después que el mío, y era hijo de uno que enciende los faroles del gas... Pero no comprendo una cosa. A mí me parece que tu mujer debía de querer á ese niño por creerlo tuyo y aborrecerlo por ser de otra madre.

—Calla, tonta, mi mujer se vuelve loca por todos los niños nacidos y por nacer. Y al supuesto Juanín, bastara que lo tuviera por mío, para que lo adorara. Ella es así; si no tienes tú idea de lo buena que es. ¡Pues si la pariera!... Santo Dios, no quiero pensarlo. Se volvería loca de contento. Querría á mi hijo más que á mí y más que al mundo entero.

Quedóse Fortunata al oir esto, risueña y pensativa. ¿Qué estaba tramando aquella cabeza llena de extravagancias? Pues esto:

"Escucha, *nenito*, lo que se me ha ocurrido. Una gran idea; verás. Le voy á proponer un trato á tu mujer. ¿Dirá que sí?

—Veamos lo que es.

—Muy sencillo. ¿A ver qué te parece? Yo le cedo á ella un hijo tuyo y ella me cede á mí su marido. Total, cambiar un nene chico por el Nene grande.

El Delfín no pudo menos de reirse de aquel singular convenio, expresado en términos que no carecían de donaire.

—¿Dirá que sí?... ¿Qué crees tú?—preguntó Fortunata con la mayor buena fé, pasando luégo de la candidéz al entusiasmo para decir: —Pues mira, tú te reirás todo lo que quieras; pero esto es una gran idea.

Quedóse se zambulló en un mar de meditaciones.

VIII

Las visitas á la casa de Cirila prosiguieron durante dos semanas; pero bien se demostró en la práctica que aquello no podía seguir y tomaron otro cuarto. Patricia se había hecho insoportable, y doña Lupe, plantándose en la casa á horas intempestivas, llevada de su afán de mangonear, dificultaba las escapatorias de su sobrina. En tanto, el pobre Maxi veía pasar días y días y apenas lograba saciar su sed de amores más que en la corriente cristalina sí pero desabrida, de la fuente espiritual Fortunata no le trataba desconsideradamente; pero su frialdad sería capáz de helar el fuego mismo.

Habría preferido él mil veces que su mujer le tirase los trastos á la cabeza, á la indiferencia con que le miraba. Ni una sola vez se daba el caso de que ella le hiciese una caricia; para obtenerla, tenía Maxi que echarle memoriales, y aun así lo que obtenía era una miseria. Es que Fortunata no servía para cortesana, y sus fingimientos eran tan torpes que daba lástima verla fingir. Como que todas sus desgracias, en la época en que anduvo suelta por el mundo, provenían de su sinceridad.

El joven farmacéutico tenía momentos de horrible tristeza y padecía mucho. De este estado pasó á la observación, desarrollándosele esta facultad de un modo pasmoso. Siempre que estaba en casa, no quitaba los ojos de encima de su mujer, fijándose en todos sus movimientos, en sus miradas, en sus pasos y hasta en el respirar. Cuando comían, le observaba la manera de comer; cuando estaban en el lecho, la manera de dormir.

Fortunata no le miraba nunca. Este hecho, cuidadosamente observado, produjo en el infeliz muchacho indecible [illegible]. ¡Haber comprado aquellos ojos con su mano, su honra y su nombre para que se empleasen en mirar á una silla antes que en mirarle á él! Esto era tremendo, pero tremendo. Esto afligía extraordinariamente al pobre muchacho, y cierto día entró un furor insano que agitó su alma; mas no [illegible] manifestarlo, y lo desahogó á solas mordiéndose las manos.

"¿Por qué no me miras?—le preguntó una noche, con semblante ceñudo.

—Porque...

No dijo más; se comió el resto de la frase. Dios sabe lo que iba á decir.

Bebía los vientos el desgraciado chico por hacerse querer, inventando cuantas sutilezas [illegible] Indagaba con febril examen las causas recónditas del agradar, y no pudiendo conseguir cosa de provecho en el terreno físico, escudri-

M.C.D.2020

ñaba el mundo moral para pedirle su remedio. Imaginó enamorar á su mujer por medios espirituales, llegando en esto hasta el misticismo si preciso fuera. Hallábase dispuesto, él que ya era bueno, á ser santo, y hacia estudio de lo que á su mujer le era grato en el orden para realizarlo como pudiera. Gustaba ella de dar limosnas á cuantos pobres encontrase; pues él daría más, mucho más. Ella solía admirar los casos de abnegación; pues él se buscaría una coyuntura de ser heróico. A ella le agradaba el trabajo; pues él se mataría á trabajar. De este modo robaba el infeliz en su alma cuanto en ella existía de bueno, noble y hermoso para ofrecérselo á la ingrata, como se ofrece un ramo de flores.

"Ya no me quieres—le dijo un día, con inmensa tristeza,—ya tu corazón no me pertenece."

Y ella le respondía que sí; ¡pero de qué manera! Más valía que dijese terminantemente que no. "¿Por qué te vas tan lejos de mí? Parece que te causo horror. Cuando entro, te pones seria; cuando crees que no me fijo en tí, estás ensimismada y te sonríes como si en espíritu hablaras con alguien."

Otra cosa mortificaba á Maxi. Cuando salían juntos á paseo, todo el mundo se fijaba en Fortunata, admirando su hermosura; luégo le miraban á él como observando su figura mezquina. Suponía Maxi que todos hacían la observación de que no era él hombre para tal hembra. Algunos se permitían mirarle de una manera insolente y provocativa. Rubín tragaba mucha bilis. Si iban al café, estaban poco tiempo, porque los amigos se enracimaban alrededor de Fortunata sin hacer maldito caso de su marido, y éste se ponía de muy mal humor. Lo que desorientaba más á Maxi era que Fortunata no *tomaba varas* con nadie, y siempre que él decía *vámonos*, estaba dispuesta á retirarse.

Buscaba el farmacéutico algo en qué fundar las ~~sospechas celosas~~ que empezaban á devorarle, y no lo encontraba. Ideó consultar el caso con su tía; pero no quiso dar su brazo á torcer, y temblaba que doña Lupe le dijese: "¿Ves? ¡por no hacer caso de mí!„ ¡Celos! ¿Y de quién? Fortunata mostrábase con todos tan fría como con él. Solía esparcir melancólicamente sus miradas por la calle, entre el gentío, sin fijarse en nadie, cual si buscaran á alguien que no quería dejarse ver. Y después las miradas volvían á sí misma, ~~como si dijese: "No está..."~~

También ~~mortificaban~~ al joven los elogios que sus amigos le hacían de ella. "¡Qué mujer te tienes!—le decía *Pseudo-Narcissus odoripherus*. Y *Quercus gigantea* le silbaba en el oído estas fúnebres palabras: "Es mucha ~~mujer~~ para tí. Andate con mucho ojo.„

Pero doña Lupe le infundía ideas optimistas. ¡Parecía mentira! La perspicáz señora de Jáuregui dijo ~~en~~ más de una ~~ocasión~~ á su sobrino: "¡Qué trabajadora es tu mujer! Siempre que vengo aquí me la encuentro planchando ó lavando. Francamente, no ~~eres~~... Te ayudará, ~~te ayudará~~. Y luégo tan calladita... Hay días que no le oigo el metal de voz.

Con unas y otras cosas, el pobre chico apenas podía estudiar, y con mucho trabajo se preparaba para la licenciatura. El asunto de su colocación se había resuelto ya, porque habiendo fallecido Samaniego á ~~mediados~~ de Octubre, su viuda organizó el personal de la botica, dando una plaza á Maximiliano. Se convino entre doña Casta y doña Lupe que cuando el chico tomara el grado, se le fijaría ~~un~~ sueldo en la botica, y que pasado un año de práctica, tendría participación en las ganancias. Por el lado económico todo iba ~~bien~~, porque mientras llegaba el día de ganar con su profesión, podía vivir ~~muy~~ bien con la corta renta de la herencia. Lo malo era que ~~desde que~~ ingresara en la botica, ~~tenía que estar~~ ausente de su casa ~~casi todo el día~~, y esto le ponía en áscuas. Ocurriósele entonces lo que se le ocurre á cualquier celoso. Salir un día, diciendo que iba á la ~~botica~~, y volver en seguida. Hízolo una vez, y no sorprendió nada. Fortunata estaba ~~[illegible]~~. Repitió la treta, y lo mismo: estaba cosiendo. A la tercera, Fortunata había salido. Dos ho-

ras después entró, trayendo un paquete en la mano. "¿Que de dónde vengo? Pues de comprar unas cosillas. ¿No me dijiste que querías una corbata? Mírala."

Una noche entró Maximiliano bastante excitado. Le tomó la mano á su mujer, y haciéndola sentar á su lado, le dijo á boca de jarro: "Hoy he conocido á ese pillo que te deshonró."

Fortunata se quedó como muerta.

"Pues qué... ¿no está enfermo?

Se le escapó esta espontaneidad, y cuando quiso contenerla ya era tarde. Hacía una semana que Santa Cruz no iba á las citas, y le había enviado, por medio de Cirila, un recadito ~~excusándose~~. Se había caído del caballo ~~paseándose por~~ la Casa de Campo, estropeándose ligeramente un brazo.

"¿Enfermo?—dijo Maxi, clavando en ella los ojos—En efecto, tenía un brazo en cabestrillo. ¿Pero tú por dónde sabes?

—No, no, yo no sabía nada—dijo Fortunata enteramente aturdida.

—¡Tú lo has dicho!—exclamó Maxi con la mirada terrorífica.—¿Por dónde sabes?

~~Fortunata~~ se puso como la grana; después volvió á palidecer. Buscaba una salida de aquel compromiso, y al fin la encontró: ——

—"¡Ah!

—¿Qué?

—¡Dices que cómo lo sé!... Pues muy sencillo. Si lo traía el periódico... Tu tía lo leyó anoche. Mira, aquí está que se cayó del caballo paseando por la Casa de Campo.

Y recobrando su serenidad, revolvió en la mesa y cogió *El Imparcial* que en efecto, traía la noticia: "Mira... lo ves. ~~para que te con-~~"

Maxi lo leyó; después siguió diciendo: "Le vi en el Saladero; allí debiera estar ese canalla toda su vida. ~~Fuí á ver á mi hermano, y~~ Olmedo, que iba conmigo, me le enseñó. ~~Había ido á ver~~ á un tal Moreno Vallejo que también está preso por ~~cosa~~. ¡Y el tal Santa Cruz es de lo más cargante!...

Fortunata se tapaba la cara con el periódico, fingiendo que leía. Maxi le arrebató el papel de un manotazo.

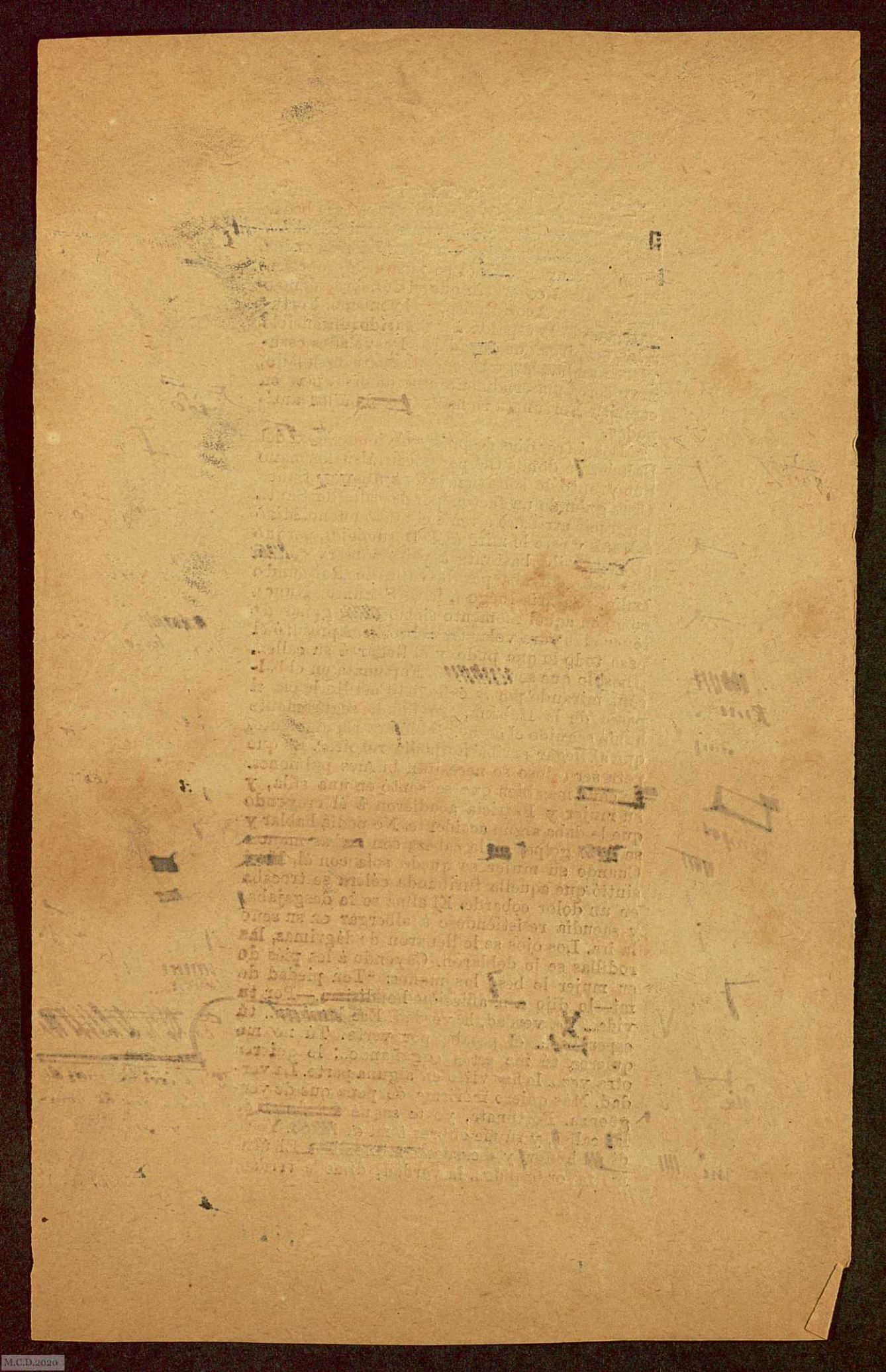
"Te has quedado así como... estupefacta.

—Déjame en paz—replicó ella con un despego que á Maxi le llegó al alma.

—Qué modales, hija. Ya ni consideración.

Fortunata parecía que tenía sellada la boca. Se pusieron á comer, y aunque Maxi charlaba con locuacidad nerviosa, no logró despegar los labios de su mujer. Y él se puso luégo á estudiar y ella á coser, sin que el fúnebre silencio se rompiera. Acostáronse, y lo mismo. Fortunata volvió la espalda á su marido, insensible á los suspiros que éste daba. Desvelados estuvieron ambos largo rato, cada cual por su lado, muy cerca materialmente uno de otro, pero en espíritu Fortunata se había pasado á los antípodas.

Dos ó tres días después, volviendo Maxi del Saladero á donde fué para decir á su hermano que pronto le soltarían, vió á Juanito Santa Cruz guiando un faetón por la calle de Santa Engracia arriba. Ya tenía el brazo bueno. Miró á Maxi, y éste le miró á él. Desde lejos, porque el faetón iba bastante á prisa, observó Maxi que éste entraba por la calle de Raimundo Lulio. ¿Pasaría luégo á la de Sagunto? Nunca como en aquel momento sintió ganas de tener alas para volar tras el coche. Apresuró el paso todo lo que pudo, y al llegar á su calle... ¡Dios! lo que se temía... Fortunata en el balcón, mirando por la calle del Castillo hacia el paseo de la Habana, por donde seguramente había seguido el coche. Subió tan rápidamente que al llegar arriba no podía respirar. Es que para ser celoso se necesitan buenos pulmones. Se cayó más bien que se sentó en una silla, y su mujer y Patricia acudieron á él creyendo que le daba algún accidente. No podía hablar y se daba golpes en la cabeza con ambas manos. Cuando su mujer se quedó sola con él, Maxi sintió que aquella furibunda cólera se trocaba en un dolor cobarde. El alma se le desgajaba y sacudía resistiéndose á albergar en su seno la ira. Los ojos se le llenaron de lágrimas, las rodillas se le doblaron. Cayendo á los piés de su mujer le besó las manos: "Ten piedad de mí—le dijo con aflicción hondísima.—Por tu vida... La verdad, la verdad. Ese hombre... tú esperabas... él pasaba por verte. Tú no me quieres, tú me estás engañando... le quieres otra vez... le has visto en alguna parte. La verdad. Más quiero morirme de pena que de vergüenza. Fortunata, yo te saqué del fango de las calles, y tú me cubres á mí de fango. Yo te dí mi honor, y escarneces mi nombre. El último favor te pido... la verdad, dime la verdad.



IX

Fortunata movió la lengua dentro de la boca. En la punta de aquélla tenía la verdad, y por instantes dudó si soltarla ó meterla para adentro. La verdad quería salir. Las palabras se alinearon y decían: "Si es verdad que te aborrezco. Vivir contigo es la muerte. Y á él le quiero más que á mi vida." La batalla fué breve, y Fortunata volvió la terrible verdad á los senos de su espíritu. La aflicción de Maxi exigía la mentira, y Fortunata tuvo que decírsela... mentiras de esas que inspiran viva compasión al que las dice y consuelan poco al que las oye. Fortunata las echaba de sí como enfermera que administra la inútil medicina al agonizante. Dijo varias expresiones falaces, mal ideadas y peor compuestas.

"Dímelo de otra manera y te creeré—manifestó Rubín.—Dílo con un poquito de calor, siquiera como me lo decías antes. Tú no sabes el daño que me estás haciendo. Me estás haciendo creer que no hay Dios, que de nada vale el portarse bien.

La compasión venció á Fortunata, y se mostró tan amable aquella tarde y noche, que Maximiliano hubo de tranquilizarse. El pobrecito estaba destinado á no tener rato bueno, pues á punto que su espíritu recibió algún alivio, se le inició la jaqueca. La noche fué cruel, y Fortunata esmeróse en cuidarle. En medio de sus dolores cefalálgicos, el infortunado joven acaloraba mentalmente combinaciones de conducta, arbitrando remedios ó paliativos de la ansiedad que le dominaba. Acabado de vomitar, dijo á su mujer: "Se me ocurre una idea que resolverá las dificultades... una idea felicísima. Nos iremos á Molina de Aragón, donde tengo mis fincas. Abandono la carrera y me dedico á labrador... Quieres, ¿sí ó no? Allí viviré con tranquilidad." Fortunata se mostraba conforme, si bien recordaba lo que Mauricia le había dicho de la vida de los pueblos. Sólo descuartizada iría Fortunata á vivir á un pueblo; pero aquella noche no tenía más remedio que decir que sí, que su mayor gusto sería convertirse en paleta.

En los subsiguientes días notaba el pobre Maxi que su descaecimiento aumentaba de una manera alarmante. Observaba que se le iban las fuerzas como si le sangraran, y asus-

M.C.D.2020

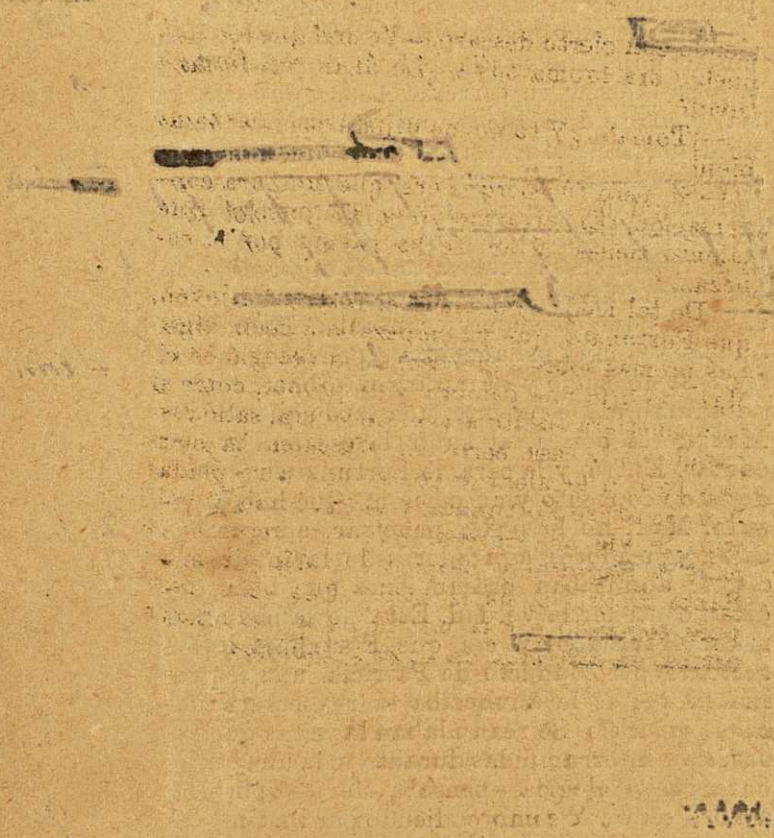
tadísimo fué á consultar con Augusto Miquis, el cual le dijo que hubiera sido mejor consultase antes de casarse, pues en tal caso le habría aconsejado terminantemente el celibato. Esto redobló sus tristezas; mas cuando Miquis le recomendara como único remedio de su mal la rusticación, cobró esperanzas, confirmándose en la idea de abandonar la corte y sepultarse para siempre en sus estados de [illegible]. La segunda vez que habló de esto á su mujer, no la encontró tan bien dispuesta. "¿Y tus estudios, y tu carrera? Aconséjate con tu tía, y ella te dirá que lo que estás pensando es un disparate." Maxi estaba todo aquel día dando vueltas; salía y entraba sin tardanza; no estudiaba; daba suspiros, y tan pronto se relajaban los propósitos del viaje al pueblo, como se revivían en su mente con el vigor de toda resolución firme. Le hacían cavilar mucho ciertas cosas que en su mujer notaba. Hacía días que estaba muy melancólica. Apenas levantaba los ojos del suelo y su mirar revelaba una gran pesadumbre. De repente, una tarde que volvía Maxi de la botica, al subir la escalera la oyó cantar. Entró, y la cara de Fortunata resplandecía de contento y animación. ¿Qué había pasado? Maxi no lo podía penetrar, aunque sus celos, aguzadores, aguzadores de la inteligencia, le apuntaban presunciones que bien podrían contener la verdad. Esta no la podía conocer Maximiliano, y era que Fortunata había recibido, por conducto de Patricia, una esquelita en que se le anunciaba la reapertura del curso amoroso. Se reanudaban las citas que estuvieron interrumpidas durante toda una quincena. "Esta alegría—pensaba Maxi,—¿por qué [illegible] será?" Y comprendiendo por instinto de celoso que echaba un jarro de agua fría sobre aquel contento, dijo á Fortunata: "Ya está decidido que nos iremos al pueblo. Lo he consultado con mi tía y me aconseja que me vaya."

No era verdad que había consultado con doña Lupe, mas lo decía para dar á su proposición autoridad indiscutible.

"[illegible]... — dijo Fortunata sonriendo. —Quiere decirse que te vas tú solo.

—No —expresó él conteniendo la amargura que de su alma se desbordaba. —Los dos, los dos.

—Tú te has vuelto loco —observó Fortunata.

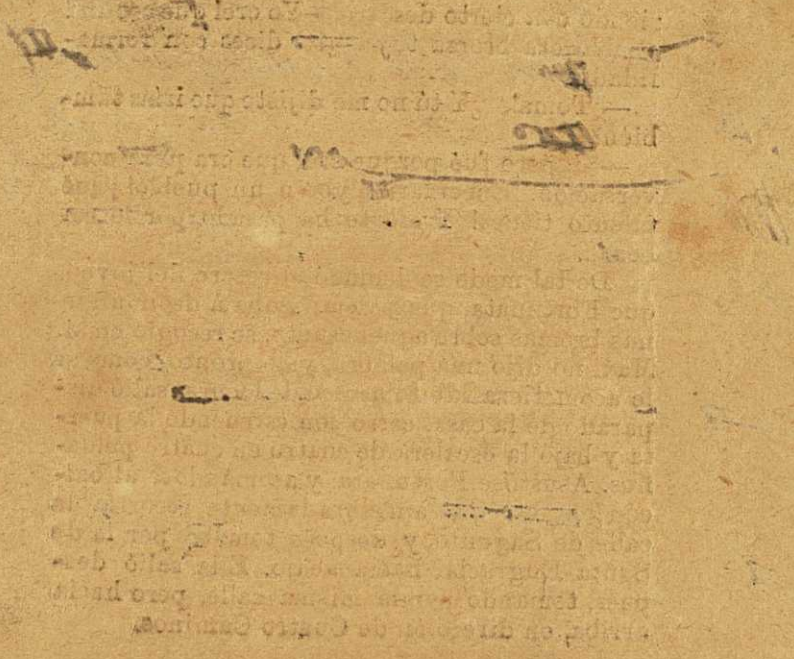


riendo con cierto descaro.—Yo creí que eso del pueblo era broma tuya. ¿Lo dices con formalidad?

—¡Toma!... ¿Y tú no me dijiste que irías también?

—Sí; pero fué porque creí que era para conversación. ¡Encerrarme yo en un pueblo! ¡Qué talento tienes! Y eso te ha pasado por la cabeza...

De tal modo se demudó el rostro del joven, que Fortunata, que ya empezaba á decir algunas bromas sobre aquel asunto, se recogió en sí. Maxi no dijo una palabra, y de pronto, como si le acometiera súbito acceso de locura, salió disparado de la casa, cerró con estruendo la puerta y bajó la escalera de cuatro en cuatro peldaños. Asustóse Fortunata, y asomándose al balcón, le vió que apresuradamente recorría la calle de Sagunto y después tomaba por la de Santa Engracia, hacia abajo. Ella salió después, tomando por la misma calle, pero hacia arriba, en dirección de Cuatro Caminos.



Las seis de la tarde serían cuando Rubín volvió á su casa. Estaba lívido, y de lívido pasó á verde, cuando Patricia le dijo que la señorita había salido á comprar algunas cosillas. Dejándose llevar de su indiscreto recelo, interrogó á la criada, tratando de averiguar por ella... Pero á buena parte iba. Patria tenía la discreción del traidor, y cuanto dijo fué encaminado á introducir en el cerebro de Maxi el convencimiento de que estaba casado con una mujer canonizable. Cuando la criminal entró, el marido había mandado encender luz y estaba sentado junto á la mesa de la sala.

"¿De dónde vienes?—preguntó á su mujer.—

"Me parece—replicó ella,—haberte dicho que iba á comprar este retor/ Mostró un envoltorio, después un paquetito, y otro. ¿Ves?... la sopa Juliana que tanto te gusta... ¿Sabes?

"Yo también—dijo Maximilino de una manera siniestra,—te he comprado á tí esta tarde un regalito?.. Mira.

Alargó el brazo para sacar de debajo de la mesa algo que ocultó al entrar. Era un objeto envuelto en papeles, que descubrió lentamente, cuando Fortunata se inclinaba risueña para verlo.

"¿A ver... qué es?... ¡Ay! un revólver...

—Sí, para matarte y matarme...—dijo Maxi en un tono que no pudo ser tan lúgubre como él deseaba, pues el arma empezó á causarle miedo, á causa de que en su vida había tenido en las manos un chisme de aquella faz...

—¡Qué cosas tienes!—dijo ella palideciendo.

—Tú no sabes lo que te pescas... Pareces tonto... Matarme á mí, ¿y por qué?...

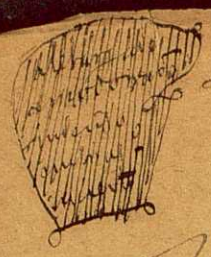
Le echó una mirada dulce y penetrante, aquella mirada con que le había cautivado y hecho su esclavo. El pobre chico se sintió vencer.

"Vaya que se te ocurren unas cosas, hijo... Soy muy miedosa, y de sólo ver eso me pongo á temblar. Bonita manera tienes de hacer que yo te quiera, sí señor, bonita manera.

Acercó tímidamente su mano al mango del arma.

"Puedes cogerlo, está descargado — dijo Maxi, que rápidamente se había dejado caer del furor á la piedad.

—Eres un niño—declaró ella, cogiendo el arma,—y como niño hay que tratarte. Venga.



82

4683, 55

acá ese chisme: lo guardaré para el caso de que entren ladrones en casa.

Y se lo llevó sin que él hiciese resistencia. Después de guardarlo con llave en un baul viejo y lleno de cosas viejas, volvió al lado de su marido, que se le había quedado absorto, midiendo sin duda con [illegible] pensamiento la enorme diferencia que en su sér había entre los arranques fanfarrones de la voluntad y la ineficacia de su desmayada acción.

Aquella noche no ocurrió nada; pero á la tarde siguiente *Pseudo Narcissus Odoripherum*, fué á buscarle á la botica de Samaniego, y le dijo que Fortunata tenía citas con un señor en una casa del paseo de Santa Engracia, un poquito más arriba de los almacenes de la Villa.

VIII

La tremenda

Tomó Maxi el tranvía del Norte y subió á Chamberí. Después de entrar en su casa é informarse de que Fortunata no estaba, subió lentamente hacia la iglesia, y al pasar por delante de ella y ver una cruz de hierro que hay en el atrio, vínole al pensamiento la idea de que debía haberse traído el revólver. Retrocedió, y á mitad del camino acordóse de que su mujer había guardado el arma. Qué tonto estuvo él en permitírselo. Volvió á tomar la dirección Norte, sintiendo en su alma el trastorno indecible que producían dos sentimientos tan extraños como el anhelo de la verdad y el terror de ella. Al distinguir el disco de noria que se destacaba sobre los árboles de la huerta de las Micaelas, no pudo reprimir un ahogo de pena que le hizo sollozar. El disco no se movía, la atmósfera estaba quieta y fría.

Pasó el joven más allá de los Almacenes de la Villa y examinó las casas de un solo piso alto que allí existen. Como ignoraba cuál era la que servía de abrigo á los criminales, resolvió vigilarlas todas. La noche se venía encima y Maxi deseaba que viniese más aprisa para dejar de ver el disco, que le parecía el ojo de un testigo burlado expresando todo el sarcasmo del mundo. Maldición sacrílega se escapó de los labios del joven, que blasfemando renegaba de que hubieran venido á estar tan cerca su deshonra y el asilo religioso donde le habían criado su ilusión para dársela bien doradita.

él había llevado allí una hostia, y le habían devuelto una rueda de molino... y lo peor era que se la había tragado.

Después de mucho pasear vió el faetón de Santa Cruz, guiado por el cochero, despacio, como para que no se enfriaran los caballos. Ya no quedaba duda. El coche le esperaba. Viólo subir hasta Cuatro Caminos, donde se detuvo para encender las luces. Después bajó [illegible] y al llegar á los Almacenes de la Villa, otra vez para arriba. Maxi no le perdía de vista, y clavaba en él sus ojos con tal intensidad, que el cochero debía ver los dos ojos de Maxi, como ésta veía las dos luces del coche. El cochero daba á conocer su aburrimiento ó impaciencia. En una de las vueltas del vehículo, Rubín sorprendió en el cochero una mirada dirigida á una de las casas. "Aquí es... aquí está.„ Fijóse cerca de allí, reduciendo el espacio de su paseo vigilante. Eran las [illegible].

Por fin, en un momento en que Maxi iba de Sur á Norte, vió á bastante distancia un hombre que salía de la casa. Era él, Santa Cruz, el mismo, vestido de americana y hongo. Detúvose en la puerta buscando con la vista su coche, y las dos luces [illegible] arriba. Dirigióse hacia Cuatro Caminos, detrás, acelerando el paso, el odio personificado en Maximiliano.

La vía estaba solitaria. Pasaba muy poca gente, y hacía bastante frío. El Delfín sintió aquellos pasos detrás de sí, y una misteriosa aprensión, la conciencia tal vez, le dijo que eran pasos de justicia. Volvióse á punto que la temblorosa voz del otro decía: "Oiga usted.„ Paróse en firme Santa Cruz, y aunque no conocía bien [illegible], le tuvo por quien era sin dudar un momento.

"¿Qué se le ofrece á usted?

—¡Canalla!... ¡indecente! — exclamó Rubín con más fiereza en el tono que en la actitud.

No esperó Santa Cruz á oir más, ni su amor propio le permitía dar explicaciones, y con un movimiento vigoroso de su brazo derecho, rechazó á su antagonista. No fué bofetada, no fué [illegible] un empujón; pero el endeble esqueleto de Rubín no pudo resistirlo; puso un pié en falso al retroceder y se cayó al suelo, diciendo: "Te voy á matar... y á ella también.„ Revolcóse en la tierra; se le vió un momento

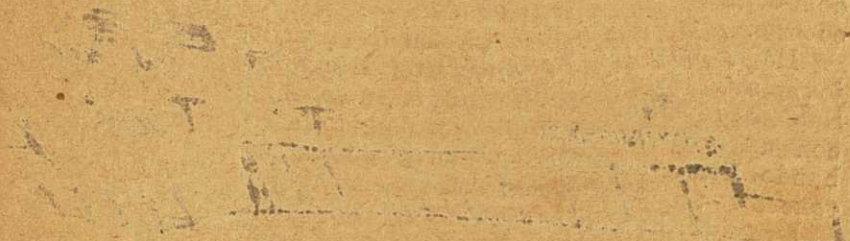
M.C.D.2020

M.C.D.2020

pataleando á gatas, diciendo entre mujidos... "¡ladrón, ... verás!...„ Santa Cruz estuvo un rato contemplándole con ... del ... asesino, y cuando vió que al fin conseguía levantarse, se fué hacia él y le cogió por el pescuezo, apretándole ... cual si quisiera ahogarle de veras... Reteniéndole contra el suelo, gritaba: "Estúpido... escuerzo... ¿quieres que te patee...?

De la oprimida garganta del desdichado joven salía un gemido, ... estertor de agonía. Sus ojos reventones se clavaban en su verdugo con un ... de ojos de gato moribundo. ... esas miradas que, por el odio que concentran parecen mortal veneno, emicidio por la luz, y que han de destruir á quien la recibe. La única defensa del que estaba debajo era clavar ... uñas, afilándolas con el pensamiento, en los brazos, en las piernas, en todo lo que alcanzaba de Santa Cruz, y logrando alzarse un poco con nervioso coraje, trató de hacerle molinete para derribarle. Derribados los dos, lucharían quizás más proporcionadamente. ¡Pobre ... aplastada por el hombre! ¿Dónde está la justicia? ¿dónde está la vindicta del débil? En ninguna parte.

El furor del Delfín no fué tanto que se le ocultara el peligro de llegar á un homicidio, abusando de su superioridad. "Este al fin es un hombre, aunque parece un insecto—pensó. Y con desdén que tenía algo de lástima, soltó su presa, que cayó inerte á un lado del camino, en una especie de hoyo ó surco. Al verle como un bulto, Juan Santa Cruz sintió algo de miedo. "Si le habré matado sin querer... Pero que diablos... ha sido en defensa propia. Pero la víctima exhaló un mujido, y revolcándose como un epiléptico, repitió: "Ladrón... asesino.„ El Delfín se acercó y poniéndole un pié sobre el pecho, cuidando de no apretar, dijo: "Si no te callas, cucaracha, te aplasto.„



M.C.D.2020

Levantóse Rubín de un salto. Era todo uñas y todo dientes; sacaba las armas del débil; pero con tanta fiereza, que si coje al otro lo hace trizas... Pero Santa Cruz acudió pronto á la defensa. "Te digo que te pateo... si vuelves...„ Le levantó como una pluma y le lanzó violentamente más allá de donde antes había caído. Era un solar ó campo mal labrado, más allá de la última casa. La víctima no daba acuerdo de sí, y aprovechando aquel momento el bárbaro señorito que vió pasar su coche, le detuvo, se subió á él y ¡hala! partieron los caballos á escape.

Un hombre se había detenido ante los combatientes en el último instante de la reyerta; acercóse á Maxi y le miró con recelo. Creía que estaba mortalmente herido y no quería meterse en líos con la justicia. Cuando le oyó hablar, acercóse más. "Buen hombre, ¿qué es eso?... ¡Pobre chico! ¡Vaya, que pegar así á un pobre chico!„ Luégo llegó otro hombre, que se destacó de un grupo de obreros que subían. Auxiliado por éste, Maxi logró levantarse y corrió un buen trecho por el camino abajo, gritando: "¡Ladrón!... ¡á ese!... ¡al asesino!...„ Pero el coche estaba ya más allá de la iglesia. Formóse en torno á Maxi un corro de cuatro, seis, diez personas de ambos sexos. Mirábales como si fueran personas conocidas, amigos que habían de darle la razón y reconocer en él á la justicia ultrajada. Parecía un insensato. Su desencajado rostro daba miedo, y su ahilada voz excitaba la mayor extrañeza.

Porque el ardor de la lucha había determinado como un desquiciamiento ó relajación de la laringe, en términos que se le había quedado

enteramente de falsete. Salían de su garganta las palabras como de un impuber. "¿En dónde se ha metido?... ¿en dónde?... ¿No es verdad que es un miserable?... un miserable ladrón... Me ha quitado lo mío, me ha robado... El la arrojó... yo la recogí y la limpié... él me la quitó y la... volvió á arrojar... la volvió á arrojar. Repetía el último concepto hasta cuatro ó cinco veces.) "Pero yo tengo que hacer dos muertes. Iré al patíbulo... no me importa ir al patíbulo... digo que quiero ir al patíbulo... pero ellos por delante, ellos por delante... al otro mundo...„

Los que le rodeaban le tenían lástima. No no sabían el motivo de la zaragata, cada cual decía lo que le parecía. "*Sobre vino* una pendencia.„ — "No, cuestión de faldas; ¿verdad, caballerito?„ — "¡Quita allá! pero no ves que es marica„

Las mujeres le miraban con más interés. "Tiene usted sangre en la frente„ —le dijo una. Era una rozadura de que el joven no se había dado cuenta. Llevóse la mano á la cabeza y la retiró manchada de sangre. En el mismo instante notó que el brazo derecho se le paralizaba y le dolía horriblemente.

"Vamos, vamos—le dijo uno,—véngase usted á la casa de Socorro.

—Ladrón!... miserable...

—Vamos; ya eso se acabó... ¿En dónde tiene usted el sombrero?

Maxi no dijo nada ni se cuidó del sombrero. De repente rompió en aullidos, pues no parecían otra cosa los esfuerzos de su voz para hablar á gritos, y los circunstantes podían oirle difícilmente estos conceptos: "Partirle el corazón es poco; es menester... machacárselo.„

87

Dos hombres le llevaban calle abajo, cada cual agarrándole de un brazo, y él, mirando alternativa y estúpidamente á sus conductores, repetía: —¡machacárselo!—A ratos se paraba, prorrumpiendo en risas de [redacted]. Por fin andaba tan torpemente, que la gente aquella tenía que llevarle casi en volandas. Ya cerca de la iglesia aparecieron dos individuos de Orden Público, que viendo á Maxi en aquel estado, lo recibieron muy mal. Creyeron que era un pillete, y que los golpes que había recibido le estaban muy bien merecidos... le cogieron por el cuello de la americana con esa paternal zarpa de la justicia callejera. "¿Qué tiene usted?—le preguntó uno de ellos, mal humorado. Maxi contestó con la misma risa demente y estúpida. Viendo lo cual el polizonte, apretó las zarpas como una expresión de los rigores que la justicia humana debía emplear con los criminales. El otro polizonte creía que Maxi pertenecía al extendido gremio de tomadores.

"¿Y el agresor?

—¡Machacárselo!...

Llegó á la Casa de Socorro, ya con una procesión de gente tras sí. El médico de guardia conocía á Maxi, y después de curarle la contusión de la cabeza, que no tenía importancia, le mandó á su casa al cuidado de los guardias de Orden Público.

Cuando entró el infortunado joven en su casa, Fortunata no había parecido aún. Lo mismo fué verle Patricia en aquel lastimoso estado, que correr á dar aviso á doña Lupe, la cual no tardó en presentarse en la casa toda alborotada y con las mayores ínfulas de autoridad que hasta entonces se habían conocido en ella. Lo primero que hizo, conforme á su gran ca-

ráeter, fué sobreponerse á los sucesos, no amilanarse por la vista de la sangre y dictar las órdenes más atinadas para acostar á Maximiliano, vendar sus heridas, traer provisión de árnica, reconocerle bien todas las contusiones que tenía y llamar un médico.

"¿Pero y Fortunata?

—Salió á hacer unas compras—dijo Patricia.

—¡Es particular! Las siete de la noche.

En vano intentó doña Lupe saber lo que había ocurrido de los propios labios del joven. Este no decía más que... "¡machacárselo!„ con aquella voz de falsete, que era otra novedad para su tía. Acostáronle con no poco trabajo, y le llenaron de bizmas. El médico de la Casa de Socorro vino y ordenó el reposo. Temía que hubiese algo de conmoción cerebral; pero probablemente concluiría todo con una fuerte jaqueca. También propinó el bromuro potásico á fuertes dósis; y á la primera toma se adormeció el herido, pronunciando palabras sueltas, de las cuales nada podía sacar en claro la señora de Jáuregui. Y á todas estas Fortunata sin parecer.

Por fin, á eso de las ocho, cuando el médico acababa de salir, sintió doña Lupe un rebullicio, cuchicheos en el pasillo. Fortunata había entrado, y ella y Patricia hablaban muy bajito. La mente de doña Lupe, en la cual hasta entonces todo era confusión y vaguedades, empezó á dar de sí las ideas más extrañas, ideas de atrevido alcance y de un pesimismo aterrador. Salió paso á paso á la sala, deseosa de sorprender aquel cuchicheo. Fortunata entró, pálida como un cirio y con ojos aterrados; mas doña Lupe no le dijo nada. La vió que avanzaba hacia el gabinete, que daba algunos pasos hacia la alcoba deteniéndose en la puerta y que desde allí alargaba el cuerpo para mirar á su marido. ¿Por qué no entraba? ¿Qué temor la detenía? La alcoba estaba medio á oscuras,

35

– Pues nada estos otra vez
comerado

M.C.D.2020

alumbrada sólo por la claridad de la sala. Doña Lupe volvió al gabinete, y llevó allí la lámpara encendida en la mano. Quería observar lo que hacía su sobrina, y por de pronto le llamó la atención su actitud extraña, no muy conforme con los sentimientos naturales en una esposa que ve tan mal parado al predilecto de su corazón. Una vez que le miró bien, Fortunata, sin hacer maldito caso de persona tan respetable como su tía política, volvió á la sala, que ya estaba á oscuras, y se sentó en una silla. Todavía no se había quitado la mantilla, y parecía que iba á volver á la calle. Apoyada la mejilla en la mano, permaneció inmóvil como una media hora. El silencio que en las tres piezas reinaba sólo se cortaba con tal cual palabra estropajosa pronunciada por Maxi, y con el paso cauteloso de la criada que atravesaba la sala para ir á recibir órdenes de la única persona que aquella noche mandaba en la casa. Si el estado del enfermo permitiera alzar la voz, ¡ay! doña Lupe haría retemblar la casa con el estruendo de la palabra autoritaria y fiscalizadora; pero no podía ser. ¡Qué cosas había de oir la insolente! Resolvió la tía dejar la discusión para el día siguiente; mas tanto la apremiaron la curiosidad y el enojo, que no pudo menos de personarse, pasito á paso, en la sala, y decir á Fortunata, con voz oprimida: "Explíqueme usted esto.

—¿Eso?...—murmuró Fortunata, alzando la cara, como quien despierta.

—Esto... Maximiliano maltratado... Usted entrando en casa tan tarde, y con esos modos de traidora de melodrama.

Fortunata, después de mirar de hito en hito á doña Lupe por espacio como de un minuto, volvió á poyar la mejilla en el puño sin decir una palabra.

"Pues me he enterado... Me gusta...

Y fué á la alcoba, porque se oyó la voz de Maxi llamando. Poco después se le sintió vomitar. Fortunata prestó atención á lo que allí pasaba; pero sin abandonar su postura de esfinge.

Cuando doña Lupe volvió á la sala, ya eran las diez.

"¡Las diez ya!—dijo con aquella voz tan severa que habría hecho extremecer á una piedra. —Y usted no se ha quitado la mantilla. ¿Es que piensa usted volver... de compras? El pobre Maxi, al despertar hace un rato, me pregun-

tó si había venido, y le dije que no. Me dió vergüenza de decirle que sí, porque habría sido preciso añadir que usted sólo con la manera de entrar, se declaró culpable... Él dijo: "Más vale que no venga...„ ¿Y usted no conoce que así no se puede seguir? ¿Que es preciso que usted me explique esto? Hable usted, hija, hable usted ó yo veré lo que tengo que hacer.

Fortunata, después de mirarla con una emoción que doña Lupe no podría definir, volvió á apoyar la cara en la mejilla, y dando un gran suspiro, se acorazó dentro de aquel silencio lúgubre, que desesperaría á la misma paciencia.

"¡Esto es para volverse loca!...—expresó doña Lupe con un gesto iracundo.—No creerá usted que conmigo valen marrullerías. Sepa usted que...

La ira se le desbordaba, y para contenerla doña Lupe volvió á la alcoba. Su mente acalorada revolvía estas ideas: "Salió lo que yo me temía... Si lo dije, si esta mujer nos había de dar al fin un disgusto... ¡Ay! qué ojo tengo. Ahí verás, tonto, lo que valen mis consejos. Si hubieras hecho caso de mí... A mí no me entraba, no me entraba; y siempre lo dije, ni con Micaelas, ni sin Micaelas, podemos hacer de una mujer mala una esposa decente. Ahí está, ahí está, ahí la tienen. Vean si acerté; vean si eran preocupaciones mías...

No pudo contener su arranque, y volvió á la sala. "Pero se explica usted, ¿sí ó no?...

Reparó entonces que hablaba con una sombra. Fortunata no estaba allí. Salió al pasillo, y vió luz en un cuartito interior, donde guardaba su ropa. Empujó la puerta. Allí estaba la otra, ya sin mantilla, sacando ropa de un armario y metiéndola en un mundo.

"¿Pero querrá usted al fin sacarme de dudas?—dijo sin recatarse ya de alzar la voz.—Esto es una comedia. Si usted se obstina en callarse, creeré que la culpa de toda esta tragedia es usted y nada más que usted.

Fortunata se volvió hacia ella. Su palidéz era como la de un muerto.

"Vamos á ver—añadió la de Jáuregui manoteando.—Si mi sobrino me vuelve á preguntar si ha entrado usted, ¿qué le digo?

—Dígale usted—replicó Fortunata en voz más baja y expresándose con mucha dificultad;

—dígale usted que no he venido, porque me marcharé en cuanto sea de día.

—Yo no entiendo una palabra... ¡qué ha pasado, Santo Dios!... ¿Quién ~~ha maltratado á mi~~ sobrino?

Alzándose de hombros, Fortunata dió un gran suspiro.

"¡Qué farsa! Voy á dar parte á la justicia. Verémos si al juez le contesta usted de esa manera. Que usted es culpable, bien ~~claro se ve~~. Si no, ¿por qué se marcha usted?

—Porque me debo ~~marchar~~—replicó la otra mirando al suelo.

—¿Pero qué ha hecho usted? ¿Quién ha maltratado á mi sobrino?

No ~~hubo respuesta~~. Fuera de sí, doña Lupe le echó la zarpa á un brazo y sacudiéndola fuertemente, le soltó esta imprecación:

"¡Ah! maldita... bien claro se ve ~~ahora~~ que es usted una bribona... una bribona en toda la extensión de la palabra... Que lo ha sido siempre y lo será mientras viva... A todos ~~le~~ engañó usted menos á mí... A mí no... ~~Yo veo más claro~~.

Abrumada por su conciencia, Fortunata no pudo contestar nada. Si doña Lupe se hubiera abalanzado á ella para pegarle, se habría dejado castigar.

"Hace usted bien en ~~marcharse~~—añadió la otra ya en la puerta.—No seré yo quien la detenga... Viento fresco. ¡Qué casa esta y qué matrimonio! Nada me coge de nuevo... porque, lo repito, á todos engañó usted menos á mí.

era mentira, porque la primera engañada fué ella! ¡Valiente fiasco habían tenido tus facultades educativas! La idea de este proceso encendió su furor más que el ~~crimen~~ delito mismo que en su sobrina sospechaba.

Volviendo á la sala, amparóse de la señora de Jáuregui el furor de dar disposiciones. La primera fué que se quedaría allí aquella noche. Después de ordenar muchas cosas á Patricia, la mandó á su casa con un recado, llamando á Nicolás, que aquel día había venido de Toledo. Que venga mi sobrino inmediatamente, y si está durmiendo, encargue usted á Papitos que lo despierte.

Fortunata fué en el cuarto de la ropa; mas adelantaba muy poco en el arreglo de su equipaje, porque á lo mejor se quedaba inmóvil, sentada sobre un baul, mirando al suelo ó á la vela, que ardía con pábilo muy negro y largo chorreando goterones de grasa. Desde que empezó á faltar, no había sentido remordimientos como los de aquella noche. El espectro de su perversidad no había hecho antes más que presentarse como en broma, y érale á ella muy fácil espantarlo; pero ya no acontecía lo mismo. El espectro venía y se sentaba con ella y con ella se levantaba, y cuando se ponía á guardar ropa, la ayudaba, y al suspirar suspiraba, y en fin los ojos de ella eran los de él, y la persona de ambos parecía una misma persona. Y la atormentaban, juntamente con los revuelcos de la conciencia, ansias de amor, deseos vivísimos de normalizar su vida dentro de la pasión que la dominaba. Acordóse de que su amante le había ofrecido ponerle casa, y establecer entre ambos regularidad dentro de la la regularidad. ¿Pero esto podría ser? Las ansias amorosas se agitaban en su espíritu con temores vagos, y al fin venía á considerarse la persona más desgraciada del mundo, no por culpa suya, sino por disposición superior, por aquella fuerza espiritual que la empujaba como á una máquina. No pensó en dormir aquella noche, y anhelaba que viniese el día para marcharse, porque el sentir la voz dolorida de su marido produciale atróz martirio. Habría dado diez años de su vida porque lo que pasó no hubiera pasado. Pero ya que no lo podía remediar, no tenía que hacer más que desear que las heridas de Maxi fuesen de poca importancia, y deseando esto coger la puerta y huir para siempre de su marido y de la casa aquella. Antes morir que continuar aquella farsa de matrimonio imposible.

De estas meditaciones la sacó doña Lupe,

que después de media noche volvió á entrar en el cuarto. Envolvíase toda en una manta, lo que le daba cierto aspecto temeroso y lúgubre como de alma del otro mundo.

"El pobre Maxi—dijo,—le da ahora por llorar... No cesa de preguntar si ha venido usted... Francamente, no sé qué responderle.

—Dígale usted que me he muerto—replicó Fortunata.

—Y positivamente sería lo mejor... ¿Ha arreglado usted ya sus baules?

—Me falta poco... Mire usted. No me llevo nada que no sea mío.

—¿Y sus alhajas?—preguntó doña Lupe que custodiaba en su casa las de más valor.

—¿Mis alhajas?—observó Fortunata vacilando primero y asegurándose al fin.—No son mías. Son de él, de Maxi que las desempeñó. Se las dejo todas.

—¿De modo que no se lleva usted más que su ropa?

—Nada más. Hasta el portamonedas, con el último dinero que me dió, lo dejo aquí sobre la cómoda. Véalo usted.

Fortunata cogió el portamonedas que estaba aún bien repleto y se lo guardó.

Hay motivos para creer que cuando Papitos entró á media noche en el cuarto de Nicolás Rubín y le dijo sacudiéndole fuertemente: "Señor, señor, su tía que vaya allá ahora mismo,, el santo varón soltó un bramido, dió media vuelta volviendo á caer en profundo sueño. A la segunda acometida de Papitos, el clérigo dió desperezarse, quizás ahuyentar á la muchacha con otro fuerte bramido, y agasajó en su empañado cerebro la idea de que más valía que su tía hasta la mañana siguiente. Y el fundamento de estas apreciaciones es que Nicolás no se se presentó en la casa de su hermano Maxi hasta las siete dadas. Tanta pachorra sacaba de quicio á doña Lupe, que poniendo el grito en el Cielo, decía: "Estoy destinada á ser la víctima de estos tres idiotas... Cada uno por su me consume la vida, y entre los tres juntos van á acabar conmigo... ¡Qué familia, Señor, qué familia! Si me viviera mi Jáuregui, otro gallo me cantara. Pero hombre de Dios, vaya que tiones una calma. No sé cómo con ella y lo que comes no estás más gordo... Te llamo á las

once de la noche y esta es la hora en que te descuelgas por aquí... ¿Tú sabes lo que pasa?

Esto lo decía en la sala, al ver entrar á Nicolás, cuyos ojos tenían aún señales evidentes de lo bien que había dormido. [illegible] oyó el coloquio, salió de su escondite, y acercándose á la puerta de la sala trató de escuchar. Pero tía y sobrino siguieron hablando [illegible], y nada pudo percibir. [illegible] Después el clérigo, á instancias de su tía, salió al pasillo, y Fortunata metióse rápidamente en su escondite, á esperarlo allí, [illegible].

El cuarto aquel estaba casi completamente á oscuras en las primeras horas del día. Los que entraban no veían á quien dentro estuviera. La vela que ardió gran parte de la noche, se había consumido. Fortunata, desde dentro, vió al cura, sombra negra en el cuadro luminoso de la puerta, y esperó á que entrase ó á que dijese algo. Como el que recela entrar en la madriguera de una bestia feróz, Nicolás permaneció en la puerta, y desde ella lanzó en medio de la oscuridad estas palabras: "Fortunata, ¿está usted aquí?... No veo nada.

Enrique

95

—Aquí estoy, sí señor—[redacted] ella.

—Mi tía—añadió el clérigo,—me ha contado los horrores de esta noche... Mi hermano maltratado, herido; usted entrando en casa á deshora, y entrando para recoger su ropa y marcharse, rompiendo la armonía conyugal y dejándonos á todos en la mayor confusión. ¿Me querrá usted explicar á mí ~~lo que ha pasado?~~

—Sí señor—replicó la voz ~~pues el cura no veía á la persona, y la voz indicaba~~ miedo y turbación indecibles.

~~—Y quién ha sido el agresor de mi hermano.~~

~~—Sí, señor.~~

—Y si ha tenido usted parte en esta infamia.

—Yo... en lo de los golpes no he tenido parte—[redacted] con ~~cortada y~~ rápida frase la voz.

—Vamos [redacted] — dijo el clérigo avanzando un poco, precedido de sus manos palpa[redacted] en las tinieblas.—Hace algunos días... lo he sabido ayer por casualidad... [redacted] mi hermano sospechaba que usted no le era fiel. ¿Tenía fundamento esta sospecha?

La voz no dijo nada, y [redacted] un ratito [redacted] temerosa espectativa.

"¿Pero no contesta usted?—interrogó [redacted] con acento airado. — ~~¿Cómo se entiende?~~ Hágase usted cargo de que está en el confesonario. No hago la pregunta como persona de la familia ni como juez, sino como sacerdote. ¿Tenía fundamento la sospecha?

Después de otro ratito, que al cura se le hizo más largo que el primero, la voz [redacted] ténuemente:

"Sí señor.

—Ya veo—afirmó [redacted] con ira,—que nos ha engañado usted á todos, á mí el primero, á las señoras Micaelas, á mi amigo Pintado y á toda mi familia después. Es usted indigna de ser nuestra hermana. Vea usted qué bonito papel hemos hecho. [redacted] que respondí.. En mi vida me ha pasado otra. La tuve á usted por extraviada, no por corrompida, y ahora veo que es usted un mónstruo.

Dió entonces un paso más, cerrando un poco la puerta, y tentó la pared ~~á ver si encontraba~~ silla ó banco en qué sentarse.

"[redacted] Usted no quiere á mi hermano.

—No señor—dijo la voz prontamente y sin hacer ningún esfuerzo.

Murmuró

este turris-burris?

con

que

ban

esta es la cosa.

apuntó

á cuentas

hubo

de Nicolás

¿Por quién me toma?

respondió

Seguido

Rubín

¡Yo

lo que se llama

por si hallaba

Hablando en plata,

u

...Abrete, conciencia.

—¿No le ha querido nunca?

—No, señor.

—Pero usted me dijo que esperaba ~~quererla~~ conforme le fuera tratando.

—Sí, ~~señor~~.

—Pero no ha resultado... no ha resultado. Se dan casos... De modo que nada.

—Nada.

—¡Desgraciada...! Pero usted olvida que es casada y que Dios le manda querer á su marido, y si no le quiere, serle fiel de cuerpo y de pensamiento. ~~Buena la hemos hecha~~ En mi vida me ha pasado otra. Y usted ~~olvidando~~ el honor y la ley de Dios, se ha prendado de cualquier pelagatos... ya se ve: su pasado licencioso la ~~arrastra todavía~~, y la purificación fué una pamema. ¡No haber visto esto, Señor, no haberlo visto!

Estaba tan furioso el cura por lo mal que le había salido aquella comp~~rend~~a, y su amor propio de arreglador padecía tanto, que no pudo menos de desahogar su despecho con estas razones:

—"Pues sépase usted que está condenada, y no le dé vueltas, condenada.

No se sabe si este procedimiento del terror hizo su efecto, porque Fortunata no contestó nada. La expresión de sus sentimientos acerca del tremendo anatema, perdiéronse en la oscuridad de aquella caverna.

"Al menos, desdichada, confiese usted su delito—dijo Rubín, que deslizándose en las tinieblas había encontrado un cajón en qué sentarse.—No me oculte usted nada. ¿Cuántas veces, cuántas veces ha faltado usted á su marido?

La contestación tardaba. Nicolás repitió la pregunta hasta tres veces suavizando el tono, y al fin oyó un susurro que decía: "Muchas."

Cuenta el padre Rubín que aquel *muchas* le dió escalofríos, y que le pareció el rumorcillo que hacen las correderas cuando en tropel se escurren por las paredes.

—¿Con cuántos hombres?

—Con uno solo...

—¡Con uno solo!... ¿De verás? ¿Le conoció usted después de casada?

—No, señor. Le conozco hace mucho tiempo... le he querido siempre.

—¡Ah! ya... la historia vieja... ~~el primero~~, dijo el cura, cuyo amor propio se irguió

Enrique

97

~~El primero~~

al encontrar

~~un poco, porque encontraba~~ un medio de aparecer previsor. —Eso ya me lo temía yo. El amor primero... lo dije, se lo dije á usted. Por ahí está el peligro. He visto muchos casos. Bueno. ¿Y ese ~~caballerito~~ es el de marras?

Fortunata contestó que sí, sin comprender lo que quería decir *de marras*.

"Y ese ha sido el miserable que abusando de su fuerza maltrató al pobre Maxi, débil y enfermizo..."

—El fué... pero ~~el otro~~ le provocó...—dijo la voz.—Esas cosas ~~no se pueden evitar~~. Yo lo presencié desde la ventana.

—Desde qué ventana.

—De la casa aquella.

—¿Casita tenemos?... Sí... sí, lo de siempre. Lo había previsto yo. No crea usted que me coge de nuevo. ¡Cuánta infamia! ¿Y no siente usted remordientos? Cualquier persona que tuviera alma estaría en tal caso llena de tribulación... pero usted ~~[illegible]~~

—Sí, señor... lo siento... Quisiera que eso no hubiera pasado.

no

¿No

?

rcito

pelafustan

Maxi

¡Ay, mundo amargo!

vienen sin saber como....

¿

¿

¡Casita y todo!...

tan fresca

—Eso, que no hubiera pasado el lance, para seguir faltando á la calladita... También esta clase de perversidad me ~~es conocida~~.

Fortunata se calló. Fuera que los ojos del clérigo se acostumbraran á la oscuridad, fuera que entrase en el cuarto más luz, ello es que Nicolás empezó á distinguir ~~la figura de~~ Fortunata, sentada sobre el baul, con un pañuelo en la mano. A ratos se lo llevaba ~~[illegible]~~ como para secar ~~[illegible]~~ lágrimas. Cierto es que Fortunata lloraba; pero algunas veces ~~la~~ aproximación del pañuelo á la cara ~~traía por causa~~ la necesidad en que ~~[illegible]~~ se veía de resguardar su olfato del olor ~~poco grato~~ que las ropas negras y muy usadas del clérigo despedían.

"Esas lágrimas que usted derrama, ¿son de arrepentimiento sincero? ~~[illegible]~~ Si usted se arrepintiera de verdad, pero de verdad, con contrición ardiente, todavía esto podría arreglarse. Pero sería preciso que ~~usted~~ se sometiera á pruebas rudas y concluyentes. ¿Volvería usted á las Micaelas?

—¡Oh! no señor—replicó la pecadora con prontitud.

—Pues entonces, que se la lleve á usted el demonio—~~[illegible]~~ el clérigo con ~~gesto de~~ menosprecio.

—Le diré á usted... yo me arrepiento; pero...

—Qué peros ni qué manzanas...—manifestó Rubín, manoteando con ~~modales groseros~~—reniegue usted de su infame adulterio; reniegue ~~usted~~ también del hombre ~~[illegible]~~ que la ~~ha~~ arrastrado al crimen.

—Eso...

—¿Eso qué?.. Y me lo dice así, con ese cinismo.

Fortunata no sabía lo que quiere decir cinismo, y se calló.

"Todo induce á creer ~~[illegible]~~ que usted se prepara á reincidir, y que no hay quien le quite de la cabeza esa maldita ilusión.

El gran suspiro que dió la otra confirmó esta suposición mejor que las palabras.

"De modo que, aun viéndose perdida y deshonrada por ese miserable, todavía le quiere usted.

99

187

no puedo vencerlo.

—No lo puedo remediar. Ello está *entre* mí y ~~aunque quisiera...~~

—Ya... la historia de siempre. Si me la sé de memoria... Que quieren sólo á aquél y no pueden desterrarlo del [redacted] y que patatín y que patatán... En fin, todo ello no es más que falta de conciencia, subterfugios del pecado. [redacted] vencer y desarraigar las pasiones, ~~y el que no lo hace, está perdido~~. En resumidas cuentas, que usted no quiere salvarse. La pusimos ~~á usted~~ en el camino de la regeneración, y le ha faltado tiempo para salirse de él. Bueno; allá se entenderá usted con Dios. Ya me estoy riendo del chasco que se va usted á llevar. Porque ahora, como si lo viera, ~~la verémos lanzada~~ otra vez á la vida libre. Por de pronto habrá un arreglito, y ese tunante le dará alguna protección; tendrá usted casa en que vivir... Y ahora que me acuerdo, ¿ese hombre es casado?

—Sí, señor—dijo Fortunata con ~~timidez~~.

—¡Ave María Purísima!—exclamó el cura llevándose ambas manos á la cabeza.—¡Qué horror y qué sociedad! Otra víctima; la esposa de ese señor... Y usted tan fresca, sembrando muertes y esterminios por ~~todas partes~~.

pensamiento,

podredumbre del corazon,

¡Ay que mujeres estas! ¡Saben que es preciso

se lanzará

echarse por los senderos de la cabra. ¡Al monte, hija, al monte!

Divertirse...ea!

pena

donde quiera que va.....

pues no señor, siempre a[illegible] á la ilusioncita... Tijeretas han de ser....

Esta frase de sermón aterró un poco á Fortunata.

"Tendrá usted su castigo y pronto. La historia de siempre. Váyase usted á correr aventuras, deshonre á su marido, perturbe dos matrimonios; ya vendrá, ya vendrá luego el desquiciamiento. No le arriendo á usted la ganancia. El amancebamiento ahora, después la prostitución, el abismo. Sí, ahí lo tiene usted, mírelo abierto ya, con su boca negra, más fea que la boca de un dragón. Y no hay remedio, á él va usted de cabeza... porque ese hombre la abandonará á usted. Indudable. Hay Providencia.

Fortunata tenía la cabeza próxima á las rodillas. Estaba hecha un ovillo, y sus sollozos declaraban la agitación de su alma.

"¡Ah, mujer infeliz!—el clérigo con solemnidad levantándose,—no sólo es usted una bribona, sino una idiota. Todas las lo son por no tener ni pizca de entendimiento. Las saca uno del purgatorio del y allá se van otra vez. Tú te lo quieres, pues tú te lo ten. En el Infierno le ajustarán á usted las cuentas. Váyase usted luego allá con y con reuniones de amor... Esto es cosa hecha. Ni yo tengo que hacer nada con usted, ni usted tiene nada que hacer en esta casa. Cuenta concluída. Al hija, usted sale de aquí, y cuando se vaya, zahumarémos, sí, zahumarémos."

Esto lo dijo en la puerta y luego se retiró sin añadir una palabra más. Doña Lupe le aguardaba en la sala para saber si había sido más afortunado que ella en la averiguación de la verdad, y allí se estuvieron picoteando un buen rato. Después oyeron ruido, sintieron la voz de Fortunata que hablaba quedito con Patricia, diciéndole quizás cómo y cuándo mandaría á buscar su ropa. Tía y sobrino asomáronse luego á los cristales del balcón y la vieron atravesar la calle presurosa y doblar la esquina sin dirigir una mirada á la casa que abandonaba para siempre.

Nicolás repetía una figura de que estaba satisfecho: "Zahumar, zahumar y zahumar.„ Y á propósito de espliego, á él, físicamente, tampoco le vendría mal... esto sin ofender á nadie.

Madrid.—Mayo, de 1886.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

de la segunda parte

683
54
738
14
92

M.C.D.2020